

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES II

ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN ROMA

Iglesia Cristiana Evangélica
C/ San Isidro nº 55
21710. Bollullos Par del Condado
Huelva (España)
www.icebollullos.org

ORACIONES DE LOS APÓSTOLES II
ORACIONES POR LOS CRISTIANOS EN ROMA

Asociación Gracia Soberana



Oraciones de los apóstoles II.
Oraciones por los cristianos en Roma

Publicado por Asociación Gracia Soberana
C/ San Isidro, nº 55
21710 Bollullos Par del Condado (Huelva)
España
www.icebollullos.org
bollullosice@gmail.com

Primera edición de esta versión en español: 2022
El texto de este libro se puede copiar y divulgar por cualquier medio, siempre que se cite su procedencia.

Diseño de la cubierta: Daniel Abad
Imagen de la portada por cortesía de Wikimedia Commons

Las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960
© Sociedades Bíblicas Unidas, excepto cuando se cite otra
LBLA = La Biblia de las Américas © 1986, 1995, 1997 The
Lockman Foundation. Usada con permiso
RVR 1909 = Versión Reina-Valera 1909
RVR 1995 = Versión Reina-Valera 1995
BT = Biblia Textual

ISBN: 978-84-124092-5-3
Depósito legal: H 277-2022

Impreso en España
Printed in Spain

ÍNDICE

Introducción	7
1. Oración por un mismo sentir I. Necesidades perentorias....	26
2. Oración por un mismo sentir II. Principios fundamentales	38
3. Oración por un mismo sentir III. La unidad.....	49
4. Oración por un mismo sentir IV. Principios fundamentales ...	61
5. Oración por un mismo sentir V. La gloria de Dios	72
6. Oración por gozo, paz y esperanza I. Principios fundamentales.....	84
7. Oración por gozo, paz y esperanza II. Responsabilidad humana y soberanía de Dios	96
8. Oración por el Dios de paz I. Dios y su pacto	109
9. Oración por el Dios de paz II. Responsabilidad humana y soberanía de Dios	121
10. Oración de adoración a Dios I. Responsabilidad humana y soberanía de Dios	135
11. Oración de adoración a Dios II. El misterio.....	147
12. Oración de adoración a Dios III. Gloria al único sabio Dios	159
Tabla con motivos de oración.....	173

INTRODUCCIÓN

Antes de nada, quiero dejar constancia que la base para estos estudios fue el de una antigua publicación de Arthur W. Pink, *Gleanings from Paul* (aunque se podrá comprobar que se han consultado otras muchas fuentes), que llegó a manos del que escribe de una forma un tanto extraña, como un regalo, desde una librería de antigüedades, y con el sello de haber pertenecido a un pastor del país de Gales en el Reino Unido. Sin saber mucho inglés, fui movido a curiosidad, la cual, tras comenzar a leer, se transformó en gozo y gratitud a Dios, así como en un sentido de deuda hacia la iglesia en la que ministro y, en general, hacia todo el pueblo de habla hispana. De esos sentimientos y convencimiento surgieron unas trescientas predicaciones que se fueron haciendo en un período de casi siete años cuando la iglesia del Señor en Bollullos Par del Condado (Huelva, España) se reunía en los cultos de oración, y que son las que han servido para realizar esta serie de estudios sobre las Oraciones de los apóstoles.

Uno de los pilares fundamentales de la vida cristiana y que nadie cuestiona es el de la oración. El Señor habló *una parábola* a sus discípulos *sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar* (Lc 18:1), el apóstol Pablo, en una de sus exhortaciones a una iglesia que podía llamarse ejemplar (véase 1 Tesalonicenses 1:6-10), escribió: *Orad sin cesar* (1 Ts 5:17), y hay otros muchos pasajes que podían citarse y que confirman esta necesidad.

Ahora bien, cuando se conocen las vidas de los cristianos y de las iglesias como tales, es decir, cuando se examinan las conductas respecto a este asunto, tanto individual como colectivamente en

los llamados «Cultos de oración», se puede sacar fácilmente la conclusión de que la oración no se considera una necesidad tan grande y que, para muchos cristianos e iglesias, no es un pilar tan esencial en sus vidas y existencias. La frase que dice que «una iglesia que no ora se muere» —y la iglesia la componen cada uno de sus miembros— ha quedado relegada a un segundo plano (o se desprecia), como también el pan de cada día de la Palabra de Dios, dando como resultado un cristianismo lánguido, si es que existe, que poco glorifica a Dios.

Esa comunicación en ambos sentidos, mediante la Palabra y la oración, entre Dios y su pueblo, es esencial, es uno de los grandes privilegios que se nos han concedido, pero, en general, el moderno cristianismo actual (como si pudiera hablarse de un cristianismo que cambia con los tiempos) no le da mucho valor ni considera su importancia. En esto, Satanás también usa sus artimañas y sabe tener entretenidos a muchos que dedican a otras cosas el poco tiempo de que disponen —redes sociales incluidas—, más atractivas para la carne. Y a estos solo quiero decir que presten atención a la Palabra que dicen creer, y la obedezcan en cuanto a su lectura y en cuanto a la oración.

Pero también hay otros cristianos e iglesias que oran, y que quieren que se les enseñe *a orar* (Lc 11:1), y esta enseñanza se encuentra de manera amplia en las que podemos llamar *Oraciones de los apóstoles*, esto es, en aquellas que pronunciaron o escribieron los apóstoles y en aquellas otras que enseñaron y solicitaron de sus primeros lectores. No es que estas sean más importantes que la oración del Padrenuestro que nos enseñó el Señor Jesucristo, ni que la que tenemos de sus propios labios en el capítulo 17 del Evangelio de S. Juan: no es cuestión de importancia, sino de conocimiento; y puesto que se dispone de muchos comentarios acerca de dichas oraciones, y que son bastante conocidas por los cristianos, no nos vamos a detener en ellas.

Introducción

Por tanto, vamos a considerar las *Oraciones de los apóstoles*, aquellas que encontramos en las cartas del Nuevo Testamento (en el libro de Hechos de los Apóstoles no tenemos ninguna), y que tomamos como oraciones para aprender a orar y cambiar aquellas cosas que necesiten ser cambiadas en este aspecto. Si nuestras vidas de oración son deficientes, es necesario que sepamos qué y cómo hemos de pedir, y de esa manera obtener mayores bendiciones y más respuestas de Dios, porque estaremos haciendo las cosas conforme a su voluntad.

Estamos llamados a crecer ***en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*** (2 P 3:18), y es obvio que la oración formó parte esencial de su vida. Él mismo nos dijo que debíamos escudriñar ***las Escrituras*** (Jn 5:39), y eso es lo que pretendemos hacer en este asunto de la oración; pero repito: no solo para tener un mayor conocimiento intelectual, pues también dijo él en otra ocasión: ***Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la obedecen*** (Lc 11:28 BT)

Evidentemente, no quiero decir que la forma y el contenido de nuestras oraciones garanticen la concesión de lo que pedimos. Si estas no van acompañadas de una vida de santidad y esfuerzo por vivir para la gloria de Dios, tampoco tendremos resultados, y solamente por la gracia de Dios podremos ver alguna que otra vez su respuesta a nuestras súplicas.

Así que creo que es necesario que aprendamos, y que aprendamos mucho, pero a medida que lo hagamos y nos vayamos dando cuenta de nuestros errores, la consecuencia no debe ser que dejemos de orar, sino que lo sigamos haciendo, pero haciéndolo bien. Hay hermanos que, por una falsa humildad o timidez, no oran, y hay otros que dejan de orar cuando se les enseña a hacerlo correctamente porque prefieren seguir orando mal antes que ajustarse a lo que Dios enseña en su Palabra, y esto es orgullo. Ambas conductas están equivocadas y deben corregirse, pues son análogas a

las del niño caprichoso que quiere salirse con la suya, se enfada, y dice: «Ya no juego». La oración no es un juego, y todos entendemos que sería muy triste que, al pasar los años, un hijo se dirigiera a sus padres con el mismo balbuceo con que lo hacía cuando tenía pocos meses.

A modo de ejemplo cito varias cosas que se observan en las oraciones públicas en las iglesias, y quizá también en las privadas, y que muestran lo deficientes que son; y no solo me refiero al tiempo que se dedica a ellas, sino a lo que se hace en ese tiempo, que puede estar muy equivocado.

DEFICIENCIAS EN CUANTO A LA ORACIÓN

1. En ocasiones, se entra en la presencia de Dios precipitadamente, como el muelle que salta de un resorte, aunque Dios nos dice en su Palabra: *«Cuando fueres a la casa de Dios, guarda tu pie; y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no saben que hacen mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras»* (Ecl 5:1-2).

Muchas veces el que ora no se para a pensar ante quién va a orar, ni en cuál es su propia condición espiritual para hacerlo, ni en las palabras que va a decir o dice, y parece más bien que solo intenta rellenar un espacio de tiempo en el culto; o no se tiene en cuenta la falta de comunión habitual con Dios en la oración privada, que luego queda reflejada en la oración pública. Se olvida muchas veces que aunque Dios es nuestro Padre, él *está en el cielo*, como hemos leído que dice Salomón, y que al orar nos acercamos a su trono; ciertamente *al trono de la gracia* (He 4:16), pero que también es el del infinito y santo Dios.

Introducción

Si tuviéramos que comparecer ante la presencia de un rey, seguro que lo haríamos con un traje y unos modales distintos a los que utilizamos entre nosotros como compañeros, amigos o hermanos, y seguro que nos prepararíamos para ello con antelación; ¿no es cierto? Pero estas cosas se olvidan fácilmente cuando entramos en la presencia de Dios: cómo está nuestra justicia y santidad, y cómo son nuestras palabras.

Repito, el **Padre nuestro**, el de los cristianos y solo de los cristianos (cf. Ro 8:15-16), está **en los cielos** (Mt 6:9), y puede tenerse familiaridad con él, pero familiaridad que nace de la gracia y es obra del Espíritu Santo; no debe haber falta de reverencia ni el atrevimiento de un rebelde que no quiere someterse a su rey. Hemos de acercarnos con la confianza de un niño que se acerca a su padre, y lo teme porque lo ama, y lo ama porque lo teme.

2. En otras ocasiones, las oraciones, por así decirlo, se arrastran por la tierra. No interesan, ni se encuentran en ellas, las cosas celestiales, la gracia o la gloria; no interesan las almas de las personas (véase Efesios 3:14-19), y se centran en las cosas de aquí abajo. En este sentido, algunos oran en público y se olvidan de que están ante Dios, de modo que dirigen sus oraciones hacia el resto de los que están presentes: unas veces para enseñarlos, otras para que se enteren de algo que ha sucedido, otras para buscar los aplausos, y otras incluso para amonestar a alguien en público cuando falta valor para hacerlo en privado. Y no debe ser así, porque cuando oramos, entramos en un terreno santo donde debemos quitarnos el calzado.

También nos arrastramos por la tierra cuando empleamos palabras vulgares, y no quiero decir con esto que hayamos de ser académicos o tener un gran vocabulario, sino que hemos de pensar en nuestras palabras. A veces incluso se cae en la crítica hacia otras personas, olvidándose de nuevo que estamos ante el trono del

Altísimo. Puede parecer gracioso, pero no podemos pedir por un hermano como aquel que dijo: «Señor, te pido para que hagas el corazón del hermano tan blando como su cabeza».

3. También es muy frecuente el uso repetitivo y constante de la palabra «Señor», lo cual puede ser admisible cuando nos convertimos, pero no debe ser el modo normal cuando ha pasado un cierto tiempo. ¿No es cierto que no hacemos esto cuando estamos hablando con otra persona? No decimos al hablar: «Oye, Manolo, mañana, Manolo, te llamaré, Manolo, porque tengo un problema, Manolo, a ver si me ayudas, Manolo...».

La repetición constante de la palabra «Señor», además de ser innecesaria, carga los oídos y denota que se está usando como un recurso del que se echa mano cuando faltan las palabras. Hay un mandamiento que dice: “*No tomarás el nombre del SEÑOR tu Dios en vano*” (Éx 20:7 LBLA) y, aunque no estamos *bajo la ley* (Ro 6:14), o aunque podamos dejar de cumplirla sin darnos cuenta, cualquier transgresión de esta es pecado, pecado grave.

Hemos, pues, de usar con la mayor reverencia el nombre de Dios, el del Señor, o cualquiera de sus otros nombres. Los judíos habían llegado a tal grado de reverencia que no pronunciaban la palabra «Jehová» porque la consideraban demasiado santa para ser nombrada. No necesitamos llegar a este grado de superstición, pero es bueno que seamos más reverentes.

4. En otras ocasiones puede observarse en las iglesias que hermanos con muy poca espiritualidad son los encargados de hacer la oración inicial o final de los cultos. Y esto no debe ser: por el propio bien del hermano —que se pone, por su condición y atrevimiento al hacerlo, bajo la ira de Dios—, y por el propio bien de la congregación, que oye la oración como una simple formalidad. Cuando la condición espiritual no es buena, y se sabe que falta co-

Introducción

muni6n con Dios o con los hermanos, hay que tener cuidado de dirigirse a Dios en nombre de todos si no es para hacer en primer lugar una confesi6n de pecado. Por tanto, nadie debe pensar mal para sus adentros cuando los ancianos o responsables de las iglesias no le conceden este servicio, porque no es solo un privilegio o un derecho, sino un deber santo, ante el cual quizá el único deseo de hacerlo est motivado por el orgullo.

Creo que esto es fácil de entender, y del mismo modo que nos parecería intolerable que cualquiera fuese predicador de la Palabra, también debe parecernoslo el que cualquiera pueda dirigir la oraci6n. La oraci6n es también una parte del culto muy importante y provechosa, y no debe ofrecerse por un hermano desprevenido o cuya condici6n espiritual deje mucho que desear. Y es triste que con demasiada frecuencia los cultos de las iglesias comiencen con tan poca devoci6n que parece que va a iniciarse cualquier tipo de espectáculo: se repiten las palabras, no se piensa en el significado de estas, no salen del coraz6n, no llevan al resto de la congregaci6n ante el trono de Dios, no tienen un prop6sito definido para la ocasi6n (se pide por cosas que no tienen nada que ver con el culto que comienza o con el que acaba de terminar), etc.

En algunas ocasiones, esto lleva a otros hermanos a estar con los ojos abiertos, mirando hacia cualquier parte, distraídos, porque sienten que esa oraci6n es una simple formalidad. Esto no quita que también, aunque la oraci6n sea la más elevada y sublime, haya otros hermanos que no presten atenci6n y que se dedican a buscar canciones, a mirar para otro lado, o a cualquier otra cosa, como si la ocasi6n no tuviera que ver con ellos, aunque al final digan «amn» a algo que ni siquiera han oído.

Y en relaci6n con esto, hemos de considerar que las oraciones públicas han de ser audibles para que el resto de la congregaci6n pueda decir amén. Hay miembros de las iglesias que tienen una voz normal, e incluso un torrente grande, pero que en las oracio-

nes públicas fingen una voz afectada de modo que es difícil oírlos a corta distancia. Hay que corregir esto también.

5. Y podríamos decir muchas otras cosas, pero, puesto que estaremos aprendiendo acerca de la oración, Dios mediante, durante mucho tiempo, en esta introducción indico solamente otro de los errores que se observan.

Todos los cristianos creen en la Santísima Trinidad, y aunque ese Dios infinito, trino y uno no puede concebirse en la mente, todos diferencian entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, a menos hasta donde se nos ha revelado. Y puesto que nos ha sido revelado, también se sabe que cada una de las personas divinas tiene una parte en la obra de redención. Todos los cristianos saben que no fue el Padre ni el Espíritu Santo quien murió en la cruz, sino el Hijo encarnado, aunque nos encontramos con el misterio indicado en la Palabra de que *Dios* [el Padre] *estaba en Cristo* (2 Co 5:19). Y todos saben también que, normalmente, la palabra «Señor» en el Nuevo Testamento se usa en referencia al Hijo. Y que el Hijo no engendró ni envió al Padre, ni el Hijo ni el Padre proceden del Espíritu Santo.

También pienso que se sabe —como el propio Señor Jesucristo nos indicó— que nuestras oraciones han de dirigirse al Padre. Es lo que él dijo a sus discípulos cuando estos le pidieron que les enseñase a orar: que se dirigieran al *Padre nuestro que está en los cielos* (Mt 6:9), y es el mismo ejemplo suyo que tenemos en el capítulo 17 del Evangelio de Juan.

Así que nuestras oraciones deben ir dirigidas al Padre (aunque es cierto que también aparecen en el Nuevo Testamento oraciones en las que se invoca al Hijo, y podemos hacerlas), y deben hacerse en el nombre del Mediador, el Señor Jesucristo, en el sentir y la comunión del Espíritu Santo.

Pues bien, aunque se saben estas cosas, no es difícil oír que se den gracias al Padre porque murió en la cruz, o gracias al Señor

porque envió al Señor o a su Hijo a la cruz, o gracias a Dios (este nombre generalmente hace referencia al Padre) porque derramó su sangre en la cruz; no es inusual oír que se comience una oración dirigida al Padre en la cual, en pocos segundos, se cambia el destinatario y pase a ser el Señor.

Y si todas estas cosas (no pensar ante quién estamos ni en la propia condición espiritual, no pensar sino en las cosas de aquí abajo, no pensar en Dios mismo sino en los oyentes por cualquier motivo no santo, no pensar en las vanas repeticiones del nombre «Señor» ni en la importancia de la propia oración, no pensar que la oración pública no es un derecho que puedo exigir, no pensar en que los demás han de oír, no pensar en aquello a lo que decimos «amén», ni en lo que decimos de cada una de las personas divinas, etc.), y muchas otras, las mezclamos, ¿nos parece extraño que diga que debemos aprender, y aprender mucho, en nuestras vidas de oración?

Y con este objetivo —aprender, cambiar, y crecer en gracia y en santidad con el fin de glorificar a Dios y tener mayores bendiciones para nosotros y los que nos rodean—, hacemos este estudio de las oraciones de los apóstoles.

EL EJEMPLO APOSTÓLICO

Es siempre una bendición escuchar a un cristiano entrado en años, que hace mucho que camina con Dios y que disfruta de su comunión íntima, derramar su corazón ante Dios. ¿Pero no nos habríamos sentido más bendecidos si hubiésemos tenido el privilegio de escuchar las alabanzas y peticiones dirigidas a Dios por aquellos que anduvieron con Cristo durante los días de su ministerio? Y si alguno de los apóstoles estuviese aún sobre la tierra, ¿no sería un gran privilegio escucharlo en oración? Sería un privilegio tan grande que, seguro que estaríamos dispuestos a todo tipo de in-

convenientes y a viajar largas distancias para ser bendecidos. Y si llegáramos a escucharlo orando, ¿no prestaríamos atención a sus palabras y diligentemente las guardaríamos en nuestra memoria y corazón?

Pues bien, no es necesario que pasemos ningún inconveniente ni que hagamos un largo viaje, pues, a fin de instruirnos y satisfacernos, al Espíritu Santo le pareció bien dejar constancia de algunas de estas oraciones. Y hemos de valorar este don tan grande, y hemos de estudiarlas, y hemos de meditar en ellas, y hemos de cambiar en nuestras oraciones todo aquello que es deficiente y que deba ser cambiado. Ese va a ser nuestro objetivo.

La pregunta que ahora podíamos plantear es: ¿Por dónde empezar? Y podría parecernos lógico comenzar con el libro de Hechos para después continuar con las cartas en el orden en que las tenemos en el Nuevo Testamento. Ahora bien, aunque parezca extraño, el libro de Hechos, que nos da la mayor parte de la información que tenemos acerca de los apóstoles, no contiene en sus veintiocho capítulos ni una sola oración apostólica. No obstante, si pensamos un poco, veremos que esta omisión está en armonía con el carácter especial de este libro; porque el libro de Hechos es mucho más histórico que devocional, y es más una crónica de lo que el Espíritu obró por medio de los apóstoles que de la obra que hizo en ellos.

El libro destaca los hechos públicos de los embajadores de Cristo, y no tanto sus ejercicios privados. Es cierto que en él vemos a los apóstoles dados a la oración, tal como sus propias palabras lo muestran: ***Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra*** (Hch 6:4). Una y otra vez los vemos dedicados a este santo ejercicio (cf. Hch. 9:40; 10:9; 20:36; 21:5; 28:8). Sin embargo, no se nos dice cuáles fueron sus oraciones, el contenido de estas. Lo que más se parece a una constatación de palabras claramente atribuibles a los apóstoles es lo que Lucas nos

ofrece en Hechos 8:14-15, pero allí solo nos da la esencia de lo que Pedro y Juan oraron. La oración de Hechos 1:24 pertenece a todos los discípulos, y la de Hechos 4:24-30 también pertenece a toda la compañía y no solo a Pedro y a Juan, como podemos comprobar en el versículo 23.

ASPECTOS DE LAS ORACIONES APOSTÓLICAS

Finalmente, destacamos en esta introducción otros aspectos de las oraciones apostólicas que también se consideran importantes.

En primer lugar, hay que resaltar que la mayoría de ellas que han llegado hasta nosotros provienen del corazón de Pablo y, hasta cierto punto, podría esperarse que esto fuera así. Pablo fue el apóstol de los gentiles, los cuales habían salido del paganismo, y lo más lógico era que su padre espiritual fuese también su padre devocional (Pedro, Santiago y Juan ministraron principalmente a los creyentes judíos —*cf.* Gá 2:9—, quienes aun en sus días de inconversos estaban acostumbrados a orar y a doblar las rodillas delante del Señor). Además, Pablo escribió el doble de epístolas inspiradas que todos los otros apóstoles juntos, y en ellas hay ocho veces más oraciones que en el conjunto de las demás.

Pero, aparte de estos números, debemos recordar lo primero que el Señor dijo de Pablo después de su conversión: ***He aquí, él ora*** (Hch 9:11), lo cual da la nota clave de lo que sería su vida. Pablo se distinguiría primordialmente como hombre de oración, a pesar de su mucha actividad que también vemos en los escritos del Nuevo Testamento.

Esto no quiere decir que el resto de los apóstoles no tuviesen este espíritu. Dios no utiliza a ministros que no oran, y el propio Señor afirmó que la marca distintiva de los cristianos, ***escogidos*** por ***Dios***, es ***que claman a él día y noche*** (Lc 18:7). Pero Dios permite que algunos de sus siervos disfruten de un compañerismo

más estrecho y constante con él, y así le ocurrió al hombre que en una ocasión **fue arrebatado** incluso **al paraíso** (2 Co 12:1-4). A Pablo se le otorgó una medida extraordinaria de **espíritu de gracia y de oración** (Zac 12:10), de modo que parece haber sido ungido con mayor espíritu de oración que el resto de los apóstoles.

En segundo lugar, quiero indicar que, en estos estudios, no vamos a limitarnos a las oraciones de los apóstoles que expresan peticiones, sino que abarcaremos un espectro más amplio. La oración debe incluir mucho más que las peticiones y, en una época como la nuestra caracterizada por la superficialidad y la ignorancia de la Escritura, los creyentes tenemos necesidad de que se nos instruya en todos los aspectos de esta. En Filipenses 4:6 (donde la segunda parte del versículo **en toda oración y ruego, con acción de gracias** se encuentra en el original griego antes que la primera con las peticiones), tenemos unos de esos aspectos, cual es la acción de gracias. Si no expresamos nuestra gratitud a Dios por las misericordias ya recibidas, y damos gracias a nuestro Padre por concedernos poder presentarle nuestras peticiones, ¿cómo podemos esperar que nos atienda para recibir respuestas?

Pero hay más aspectos, porque la oración, en su sentido más sublime y pleno, trasciende la gratitud por los dones recibidos y eleva el corazón a contemplar al Dador mismo, de modo que el alma se postra ante él en adoración. Además, debe preceder a la gratitud y a las peticiones el autoaborrecimiento y la confesión de nuestra indignidad y pecaminosidad. Debemos recordar que nos acercamos en oración al Altísimo, ante quien los **serafines** mismos cubren **sus rostros** (Is 6:2), y aunque la gracia divina nos haya hecho hijos, todavía estamos a una distancia infinita e inconcebible del Creador. Debemos recordar que, por naturaleza, somos criaturas pecadoras, y debemos tener conciencia de esto al inclinarnos delante del Santo, porque solo así podremos invocar, con algún sentido y realismo, la mediación y los méritos de Cristo co-

mo fundamento de nuestro acercamiento. Solo así, «en el nombre de Jesús» será algo más que una simple coletilla final.

Es por esto por lo que, hablando en términos generales, la oración debe incluir confesión de pecado, peticiones para que nuestras necesidades sean suplidas, y adoración de nuestros corazones al Dador mismo. En otras palabras, podemos decir que los principales elementos de la oración son la humillación, la súplica y la adoración (véase el Salmo 100). *El incienso* ofrecido en el tabernáculo y en el Templo era un compuesto de diversas *especies* (Éx 30:34-35), cuya mezcla hacía que aquel perfume fuese muy fragante. Dicho incienso era un tipo de la intercesión que efectuaría nuestro gran Sumo Sacerdote y de *las oraciones de todos los santos* (Ap 8:3-4; cf. Mal 1:11). Por ello, al acercarnos al trono de la gracia debe haber una mezcla proporcionada de humillación, súplica y adoración; sin exclusión de ninguna, sino una mezcla de todas ellas.

Finalmente, en tercer lugar, concluimos estas observaciones generales y preliminares señalando otros aspectos de las oraciones apostólicas.

OTROS ASPECTOS

El primero que debemos destacar, por su importancia, es que la forma más frecuente en que se invoca a la Deidad es usando el nombre de *Padre*, como en 2 Corintios 1:3; Efesios 1:3,17; 3:14; 1 Pedro 1:3; etc. Muchas personas han usado y usan el apelativo Padre para dirigirse a Dios de manera ilícita y superficial. Pero el abuso no justifica nuestra negligencia para reconocer esta relación. Nada ha sido mejor calculado para producir calidez en nuestro corazón, y darnos libertad de expresión, que el reconocimiento de que nos estamos acercando a nuestro Padre. Si en verdad hemos recibido el verdadero *Espíritu de adopción* (Ro 8:15 RVR

1995), no lo apaguemos, sino más bien sigamos su impulso y clamemos: **Abba, Padre** (Mr 14:36; Gá 4:6).

El segundo que debemos resaltar es la brevedad de las oraciones apostólicas. Son oraciones cortas. No solo algunas, o la mayoría, sino todas son extremadamente breves, y la mayoría de ellas se encuentran en no más de uno o dos versículos; la más prolongada, en solo siete versículos. Martín Lutero dice en sus comentarios sobre el Padrenuestro, dirigidos a hombres sencillos del pueblo: «Cuando ores, que tus palabras sean pocas, pero tus pensamientos y afectos, muchos; y, sobre todo, que sean profundos. Cuanto menos hables, mejor orarás...».

El tercero es que debemos prestar también atención al hecho de que estas oraciones eran muy específicas. Aunque muy breves, las oraciones apostólicas eran muy explícitas. No había en ellas vanas divagaciones ni meras generalizaciones, sino peticiones específicas de cosas concretas. También existe mucho error en este sentido. Hay muchas oraciones incoherentes y sin propósito, carentes de precisión y de unidad, que cuando llegan al amén final, difícilmente podemos recordar una sola cosa por la que se haya dado gracias o alguna petición que se haya hecho. Solamente queda una impresión borrosa en la mente.

El cuarto aspecto que destacamos es la esencia y contenido de estas oraciones. Casi sin excepción no encontramos súplicas que pidan a Dios que provea para las necesidades temporales. Tampoco se pide que Dios intervenga providencialmente en favor de quienes oran (aunque las peticiones de este tipo son legítimas cuando conservan la adecuada proporción respecto de los intereses espirituales). Las cosas que se piden son de naturaleza totalmente espiritual, y que pertenecen a la gracia.

Así, por ejemplo, se pide al Padre que dé *espíritu de sabiduría y revelación* para conocerlo, que alumbré *los ojos* del *entendimiento*, de modo que pueda conocerse cuál es *la esperanza a que*

él [...] ha llamado, las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos (Ef 1:17-19). Se le pide que conceda, *conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en nuestros corazones*, que se conozca *el amor de Cristo que excede a todo conocimiento*, y que seamos *llenos de toda la plenitud de Dios* (Ef 3:16-19). Se pide que *nuestro amor abunde más y más en ciencia y en todo conocimiento*, que *seamos sinceros e irreprochables*, y que estemos *llenos de frutos de justicia* (Fil 1:9-11); que andemos *como es digno del Señor, agradándole en todo* (Col 1:10); que seamos santificados *por completo* (1 Ts 5:23); etc.

El quinto que también debemos resaltar es la universalidad de estas oraciones. No está mal ni es poco espiritual orar por nosotros mismos, y tampoco es incorrecto que supliquemos por misericordias temporales y providenciales. Pero si prestamos atención a lo que los apóstoles hacían, veremos una sola vez a Pablo orando por sí mismo, y muy pocas veces por individuos en particular. Esto es lógico y era de esperar, pues se trata de oraciones dirigidas en su mayor parte a iglesias y no a individuos.

Tengo la seguridad de que, en privado, los apóstoles oraron mucho por casos y cosas individuales, pero las oraciones constatadas, que podemos considerar como públicas, nos muestran que, en general, acostumbraban a orar por toda la iglesia a la cual se dirigían. En esto siguieron el ejemplo dado por Cristo: *Padre nuestro [...] danos...*, etc. (primera persona del plural). Así, encontramos pasajes tales como los de Efesios 3:18 o 6:18 que son un gran correctivo para el egocentrismo, porque al orar *por todos los santos*, por todos los hermanos de la Iglesia, ya me estoy incluyendo a mí mismo.

Ahora bien, en este punto, como en todos, hemos de ser cuidadosos, pues orar «por todos tus hijos en el mundo», o «por los cris-

tianos de tal ciudad», a los cuales no conozco ni me interesan, no sirve para nada. Podemos y debemos orar por hermanos desconocidos, y también por los conocidos, pero solo cuando nuestra oración es más que una simple petición que forma parte de una lista que vamos presentando. Si es una simple lista con la cual esperamos, casi de forma mágica, la respuesta, tampoco sirve para nada.

Hoy es frecuente que nos lleguen listas de oración desde muchas partes, pero no sirve de nada utilizarlas si no sentimos una carga por las cosas que en ellas aparecen. Muchas veces da la sensación de que incluso los que las hacen y distribuyen no pretenden que sean más que eso: una simple lista. Se nos dice: «El lunes orad por tal tema, el martes por este otro...». O: «La primera semana por tal cosa, la segunda por tal otra...». Y las cosas son tan generales como «que la alabanza sea mejor en los cultos», cuando cada uno puede tener una idea distinta de ella y estar pidiendo cosas distintas. Esto es absurdo y, como en tantas otras cosas, la oración en nuestras iglesias se está convirtiendo en la misma clase de *vanas repeticiones* (Mt 6:7) que encontramos en todas las religiones, perdiéndose el sentido que tiene.

No puedo dejar de señalar lo que sucede incluso en organismos y asociaciones evangélicas que tienen sus propias comisiones o grupos de oración, y que se encargan de difundir los motivos que creen más pertinentes. Uno de ellos por el que se animó a orar a las iglesias no hace mucho tiempo es el siguiente: «Oremos a Dios para que nadie se pierda y que tengan vida eterna». Parece muy escritural, pero al pensar en él vemos que es todo lo contrario. Si por «nadie» y por «todos» entendemos a todas las personas, la petición es antibíblica, pues el Señor nos ha dicho que muchos van por *el camino espacioso [...] a la perdición* (Mt 7:13). Si, por el contrario, entendemos que se habla solo de los creyentes, estaríamos pidiendo a Dios algo que no tiene sentido, pues el Señor también ha dicho que todas sus ovejas tienen *vida eterna* (Jn 10:27-30).

Y así, nos encontramos con oraciones para que «nadie esté en paro» (independientemente de su diligencia o negligencia, de su fe o incredulidad, del objetivo fundamental que debe haber si se consigue trabajo, etc.), para que algún hijo o nieto «apruebe un examen» (sin tener en cuenta su esfuerzo, aprovechamiento del tiempo, responsabilidad, etc.), para quienes «sufren los efectos de la crisis», para que «los gobiernos prioricen en sus presupuestos la solución del problema del hambre», para que «disminuya el tiempo de padecimiento», para el «crecimiento de las ofertas de empleo», para que «desaparezca la avaricia y la desidia en las relaciones laborales», y un largo etcétera que casi da vergüenza nombrar.

Muestro otro ejemplo antes de dejar este asunto. En alguna ocasión se ha pedido que se ore «por quienes buscan la verdad», como si hubiera personas que estén buscando al Señor Jesucristo o al propio Dios, y Dios no quisiera revelarse a ellas, como si no fuera cierta la Palabra que dice: ***No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios*** (Ro 3:10-11). ¿No estará sucediendo con este asunto de la oración que hay verdaderos ciegos (no dudo de sus buenas intenciones) intentando guiar a otros?

Así que oremos por nosotros mismos, oremos por los hermanos de la iglesia con los que nos relacionamos más directamente, oremos por aquellos que no están por diversos motivos, oremos por otras iglesias y por hermanos de otras iglesias, oremos por hermanos en otras partes del mundo... pero que, en cada caso, sus asuntos nos preocupen casi, o sin el «casi», tanto como los nuestros. ***No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros***, dice Pablo (Fil 2:4), porque al buscar cada uno ***lo suyo propio*** no se considera lo ***que es de Cristo Jesús*** (Fil 2:21; véase Isaías 56:11). ¿De qué sirve pedir a Dios trabajo para un hermano si no me preocupa mucho su situación, si no le

ayudo en sus carencias económicas si las tiene, ni voy a hacer lo que pueda por conseguirlo para él?; ¿o de qué sirve pedir que Dios ayude a un hermano en su soledad, si no voy a ir nunca a visitarlo? Y así un largo etcétera.

Finalmente, hay que señalar también una omisión, algo que no aparece, y es que en ninguna de las oraciones apostólicas vemos que se pida a Dios que salve al mundo en general, o que derrame su Espíritu sobre toda carne sin excepción. Ni una sola vez los apóstoles oraron por la conversión de toda una ciudad en donde estuviera localizada una determinada iglesia, y en esto nuevamente se conformaron al ejemplo de Cristo (*cf.* Juan 17:9,20-21).

De nuevo creo que este punto necesita explicación. No es bíblico orar por una ciudad, por el mundo, o por personas en general cuando sabemos que el propio Señor no lo hizo, y cuando sabemos que no todas las personas son elegidas por Dios *desde el principio para salvación* (2 Ts 2:13). Debemos orar por aquellos que algún día creerán en él. Pero como nosotros no sabemos quiénes son, también es lícito orar por personas concretas que no son creyentes, para que Dios tenga misericordia de ellas y derrame en ellas su gracia, pero siempre siendo conscientes de que él es el Soberano a cuya voluntad hemos de someternos y cuya voluntad pedimos que se cumpla.

Por cierto, Pablo enseña que se hagan *oraciones*, súplicas y *acciones de gracias por todos los hombres*, por *los reyes* y por todas las autoridades (1 Ti 2:1-2), tarea en la que muchos son deplorablemente remisos; pero esto que se pide no es para la salvación de todos ellos, sino para que tengamos paz y tranquilidad y llevemos una vida piadosa y digna.

Hemos de aprender, pues, mucho, y hay mucho que aprender de las oraciones de los apóstoles, y todos los cristianos debemos aprender, puesto que la oración es algo que se nos encomienda a todos. Si leemos Hechos 6:4, vemos el orden de prioridades esta-

Introducción

blecido por los propios apóstoles, pero esto no indica que la oración sea una tarea exclusiva de los predicadores. Los pastores y ancianos de las iglesias hemos de orar mucho por el bien de la propia iglesia local y por el de la Iglesia universal, y por el nuestro propio, pero las epístolas van dirigidas no solo a los pastores sino a todos los creyentes, y todos necesitamos practicar lo que en ellas se indica.

Y puesto que debemos orar mucho no solo por nosotros mismos sino también por los hermanos y hermanas en Cristo, debemos hacerlo de acuerdo con estos modelos escriturales, y pedir las bendiciones concretas que en ellos se especifican. Indudablemente, una buena manera, valiosa, y eficaz, de expresar nuestra solicitud y amor por los santos, es presentarlos en oración delante de Dios, pero hacerlo conforme a su voluntad.

Esta es también la oración del que escribe para todos sus lectores, y es la petición que les hace para sí mismo: que Dios derrame su gracia en nuestras vidas, en general, y en nuestras vidas particulares de oración, para que también en ellas sea glorificado. Si todos los cristianos somos indignos, más todavía es aquel que enseña, como pretendo hacer, cuando el conocimiento intelectual supera a la aplicación espiritual. Pero ***cuando el pecado abundó, y donde el pecado abundó, sobreabundó la gracia*** (Ro 5:20), de modo que, con el apóstol, nos quedamos extasiados ante ***la sabiduría y la ciencia de Dios*** y, sabiendo que ***de él, y por él, y para él, son todas las cosas***, también decimos: ***A él sea la gloria por los siglos. Amén*** (Ro 11:33-36).

1

ORACIÓN POR UN MISMO SENTIR I NECESIDADES PERENTORIAS

Romanos 15:5-6.

Lectura introductoria: Romanos 7:5-6

Porque mientras estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas que eran por la ley obraban en nuestros miembros llevando fruto para muerte. Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra.

En este segundo libro en el que nos proponemos, como se indica en su título general, estudiar las *Oraciones de los apóstoles*, se van a exponer cuatro pequeñas oraciones que se encuentran en la Carta de Pablo a los Romanos, y que han dado lugar al subtítulo de la presente obra: *Oraciones por los cristianos en Roma*.

En el primer libro de la serie se estudió la oración que aparece en el capítulo 1 de dicha carta, versículos del 8 al 12, y de la que puede decirse, en forma resumida, que recoge el sentir del apóstol y sus deseos más fervientes hacia sus hermanos en Roma.

En ella nos acercamos al corazón de Pablo, y vimos que allí no aparecía ninguna carencia o necesidad explícita de dichos creyentes por las que Pablo tuviera que orar. La fe de ellos —dice— se divulgaba *por todo el mundo*, y podría pensarse que todo funcionaba bien en ellos y entre ellos. Las únicas necesidades que encontramos en dicha oración fueron las de ser confirmados y conforta-

dos, aunque ambas solo podían satisfacerse con la visita del apóstol, y la última de ellas era también una necesidad del propio Pablo que, igualmente, solo se satisfaría cuando pudieran estar juntos, en comunión y en armonía.

Ahora bien, el hecho de que aquellos hermanos estuviesen firmes en la fe y de que su *obediencia* fuera *notoria a todos* (cap.16:19), no impedía la existencia de varios problemas que se daban y de necesidades que tenían, como ha continuado sucediendo en todas las iglesias cristianas a lo largo de la historia, y que convenía prevenir o resolver para evitar otros males mayores. Por eso, en la misma carta, encontramos otras cuatro oraciones del apóstol que tratan sobre estos aspectos, y en las que podremos observar cómo también los problemas y necesidades de los hermanos formaban parte de la carga del corazón de este hombre. Y en la primera de ellas vemos no solo la oración en sí misma, sino también la instrucción que da a los hermanos sobre cómo tienen que vivir y funcionar para evitar o resolver dichos problemas.

Si tuviéramos que dar un título un poco más amplio a estas oraciones en las que el apóstol pide cuatro cosas para aquellos hermanos, podrían ser los siguientes: *Oración por la unidad y el mismo sentir* (cap. 15:5-6), *Oración por el crecimiento de la paz, el gozo y la esperanza en ellos y entre ellos* (cap. 15:13), *Oración por la presencia entre ellos del Dios de paz* (cap. 15:33), y *Oración por una mayor visión espiritual en sus vidas* (cap. 16:25-27). Y con ello ya podemos darnos cuenta de la importancia de los temas que vamos a tratar.

Por tanto, debemos pensar que lo que vamos a empezar a considerar tiene un carácter muy práctico, aún más si cabe que lo que hemos visto en la oración del capítulo 1. Y la diferencia entre la primera oración de las cuatro —que vamos a llamar: *Oración por un mismo sentir*—, y la que hemos estado considerando, es que ahora aparece una necesidad, una carencia entre los creyentes, al-

go a lo que hemos de estar muy atentos en nuestras vidas cristianas. Y el apóstol, como es su costumbre y ya iremos viendo, mezcla la instrucción con la oración, de modo que la oración en sí misma puede pasar desapercibida si no atendemos convenientemente a la instrucción y al contexto que conduce hasta ella.

Pero antes de hacer eso, leamos la Palabra y dirijámonos a Dios en oración para que la bendiga.

Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ro 15:5-6).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Aquí vemos que el apóstol presenta una petición a Dios que espera que el propio Dios haga efectiva, pero la presenta después de dar una serie de instrucciones prácticas y antes de dar otras, es decir, la oración se encuentra en medio de un pasaje altamente instructivo o exhortativo. Por tanto, como se ha indicado, para entrar en el espíritu de esta oración es necesario prestar mucha atención al contexto, y tanto más cuanto hay muchos que lo confunden o que incluso lo ignoran en sus vidas diarias.

La sección en la que esta oración se encuentra comienza en Romanos 14:1: ***Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones***, y termina en Romanos 15:13, que es, en realidad, otra oración: ***Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo***. Por tanto, será conveniente, mientras que dura el estudio, leer este pasaje con frecuencia y tener a mano el bosquejo

preparado para el mismo, que se encuentra al final de este libro.

En toda esta sección, Pablo da instrucciones para el *mantenimiento de la comunión cristiana, para el respeto mutuo que debemos tenernos unos a otros, y para la estima mutua que debemos tenernos unos a otros*, aunque no estemos completamente de acuerdo en otras cuestiones que pertenecen a puntos menores de la fe, la doctrina, o la vida práctica. Hemos de tener presente que, aunque no veamos de la misma forma cada una de las cosas donde los grandes principios o doctrinas no estén implicados, estamos llamados a morar juntos en unidad, siendo indulgentes los unos con los otros, y mostrando un espíritu de sometimiento y de amor mutuos (*cf.* Ef 4:1-3; 5:21,1-2).

Así que comenzamos con la introducción al contexto.

En la comunidad cristiana en Roma, y en la mayor parte de las iglesias en aquel tiempo, había dos clases o grupos de personas claramente diferenciadas. El primero estaba compuesto por los gentiles convertidos y aquellos judíos convertidos que tenían, por así decirlo, más tolerancia, puntos de vista más amplios, o miras más amplias, los cuales entendían que los reglamentos del Antiguo Testamento habían sido anulados por el *nuevo y mejor pacto* (He 8:6,8). El otro grupo estaba formado por un gran conjunto de judíos convertidos que, aunque creían en el Señor Jesucristo como el Mesías prometido y el Salvador, aún seguían defendiendo ciertos aspectos de la ley de Moisés, continuaban siendo celosos por ella, observaban sus requisitos ceremoniales y, lo que es peor, estaban deseosos de imponer sus puntos de vista a los cristianos que constituían el otro grupo (*cf.* Hch 15:1-5).

Los puntos concretos de discusión tenían que ver con la abstinencia de ciertas carnes que se habían prohibido bajo el antiguo pacto, y con la observancia de ciertos días santos conectados con las fiestas del judaísmo. La Epístola a los Hebreos aún no había sido escrita y había pocas enseñanzas sobre estos temas, de modo

que, hasta el derrocamiento del judaísmo en el año 70 d. C., Dios toleró la lentitud para comprender estas cosas que tuvieron la mayor parte de los judíos convertidos al cristianismo.

Estos problemas pueden parecer nos lejanos y de poca importancia para nosotros, pero siendo la naturaleza humana como es, las mismas malas tendencias que amenazaban y hacían peligrar la unidad de las iglesias, y por las que el apóstol tuvo la necesidad de exhortar adecuadamente a cada una de las partes, siguen dándose en el día de hoy. Incluso se dan en cristianos cuya *fe se divulga* (cap. 1:8) y cuya *obediencia es notoria* (cap. 16:19), de modo que las diferencias de opiniones pueden llevar a un alejamiento de la hermandad entre unos y otros.

Quizá no tengamos problemas hoy con las carnes, pero puesto que en cualquier iglesia es normal encontrar personas de muy distintas culturas y trasfondos educacionales, no es difícil que se originen problemas y distanciamientos por cosas tales como celebrar la Navidad, poner el árbol de Navidad, terminar el año orando, comer ciertas cosas, beber vino, dar los hombres a las mujeres un *bese santo* (cap. 16:16; 1 Co 16:20; 2 Co 13:12; 1 Ts 5:26 LBLA), ir juntos a la playa, ver la televisión, el cine, hacer deporte, llevar o no alguna clase de vestimenta, y muchas otras cosas derivadas de nuestras costumbres o del modo en que hemos sido educados.

Y podíamos seguir enumerando otros factores de fricción interpersonales que cualquiera que lleve años en una iglesia puede haber vivido. Hay hermanos que creen que va en contra de la Escritura el que una mujer lleve anillo de boda, o que una mujer tenga pendientes, o que vaya a la peluquería, o que un hombre cristiano tenga barba, o problemas con la longitud del pelo tanto en hombres como en mujeres, etc. Por tanto, la enseñanza y la oración del apóstol son muy adecuadas para el día de hoy.

En aquel entonces, el primer grupo mencionado, podemos de-

cir, los *más liberales*, corrían el peligro de menospreciar y despreciar a los otros, mirándolos por encima del hombro y considerándolos como *estrechos* de mente, rígidos, o incluso fanáticos o supersticiosos. Los otros, por su parte, corrían el peligro de juzgar duramente a los primeros, considerándolos pecadores, negligentes o poco obedientes a Dios, siendo también así injustos y mostrando poco amor respecto a la libertad cristiana que aquellos tenían (*cf.* cap. 14:3-4).

Y en esta iglesia, el apóstol quiere dejar claro que donde hay una evidencia manifiesta de una fe verdadera, donde los grandes fundamentos de la fe se han tomado y aceptado, las diferencias de opinión en pequeñas materias no pueden servir, en ningún modo, como excusa para disminuir el amor fraternal o eliminar la comunión, no solo *espiritual*, sino también *social*. El apóstol quiere dejar claro que ambas posiciones están equivocadas, y que tanto el espíritu soberbio que se cree superior y menosprecia, como el fanático y censorador que juzga, son totalmente ajenos al cristianismo.

Allí había problemas a causa de las carnes y los días de fiesta (*cf.* cap. 14:5-6), pero los principios que están en nuestra propia naturaleza humana, y que fueron los causantes de aquellos problemas, son hoy tan poderosos como siempre. Y no solamente en cuestiones que tienen que ver con costumbres o educación, pues, aunque todos hubiésemos nacido en el mismo lugar y con condiciones similares, en las iglesias siempre hay diversidad de dones y talentos, siempre hay quienes tienen más luz y gracia que otros, y siempre habrá diferencias de opiniones y conductas.

Por tanto, repito, estas *cosas* también *se escribieron para nuestra enseñanza* (cap. 15:4), para que las comprendamos y apliquemos correctamente, pues muchos han errado en cuanto a este asunto y han enseñado que los cristianos que rehúsan andar por los caminos de otros son culpables de una actitud de falta de

amor hacia ellos y de poner obstáculos y tropiezos en dichos caminos. A veces será así, pero no siempre, porque si esta fuera la enseñanza y cada unouviésemos que andar en los caminos de los otros, al final el problema seguiría siendo el mismo ya que lo único que habríamos hecho sería intercambiar los papeles. Hace falta, pues, mucho discernimiento espiritual para saber cuándo doblegarse, cuándo ceder; pero mientras que eso llega a muchos —y ese debe ser nuestro deseo, oración y búsqueda—, vemos la oportunidad de la oración del apóstol, que debemos hacer nuestra, y que repito: *Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.*

2. NECESIDADES

Antes de comenzar a explicar los principios que encontramos en el contexto anterior a la oración, solo vamos a detenernos en un par de aspectos generales que atañen a toda persona que se considere cristiana: el de la necesidad de un conocimiento y comprensión de la Palabra de Dios cada vez mayores, así como de los hermanos y sus circunstancias particulares y concretas, para poder juzgar y juzgarlos.

En aquella iglesia en Roma había disparidad de opiniones, ¿pero qué indicaba la Palabra de Dios con respecto a los temas en disputa? Siempre ha de ser la Palabra la que dirima entre asuntos controversiales, y para ello necesitamos conocerla, y no solo en su letra, sino también en su espíritu, *porque la letra mata, mas el espíritu vivifica* (2 Co 3:6). En aquella iglesia, todos los judíos convertidos sabían que en la antigua dispensación ciertas carnes habían sido prohibidas por Dios y designadas como inmundas o no limpias (cf. Lv 11:4-8). Pero también debían

saber que estas prohibiciones habían sido ya eliminadas por el propio Dios (*cf.* Hch 10:9-16). Incluso el apóstol Pablo vuelve a considerar estos temas en otra de sus cartas (*cf.* 1 Co 8:4-13; 10:23-33), que fue escrita años antes que esta a los romanos y que podría ser conocida por algunos de estos cristianos, y más adelante en 1 Timoteo 4:4.

Por tanto, un conocimiento y comprensión de la Palabra son indispensables para evitar, eliminar, y resolver problemas de cualquier índole entre hermanos. En aquella situación y momento ya no había razón para abstenerse de cosas que Dios permitía. Si algunos creyentes deseaban hacerlo así, si algunos pensaban que era mejor privarse a sí mismos de algunas de las cosas que Dios nos ha dado para disfrutarlas (*cf.* 1 Ti 6:17), ese era su privilegio y esa su decisión. Pero cuando pedían que los demás actuaran de igual modo y compartieran sus ideas, se excedían en sus derechos atacando y juzgando la libertad cristiana dada por Dios a sus propios hermanos.

Pero todavía iban más lejos, pues, como se ha indicado, no solamente querían que los otros hicieran lo mismo que ellos (que aceptaran su interpretación particular de ciertas Escrituras en relación con las carnes), sino que consideraban sucias, pecadoras y carnales las conductas de aquellos otros que diferían de ellos mismos. Y, al hacer esto, mostraban un desconocimiento u omisión de lo que la Palabra de Dios indica, tanto en los pasajes citados anteriormente como por lo que se constata en esta misma carta (*cf.* cap. 14:3-4,10,13).

El Señor Jesucristo dijo: ***No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio*** (Jn 7:24), y muchas veces juzgamos y condenamos a los hermanos antes de conocer lo que la Palabra de Dios dice sobre su caso, o antes de conocer el caso en sí y al propio hermano.

Por cierto, ya es un pecado y una falta grave —según puede

verse en la oración de Romanos 1:8-12 comentada en el estudio anterior— el no preocuparnos por los hermanos, ignorarlos, o rechazarlos, pero este pecado se empeora cuando, con falta de conocimiento, ya hemos juzgado y condenado al hermano, y solo estamos esperando que surja cualquier cosa que nos reafirme en este juicio previo que hemos emitido. Hemos de tener mucho cuidado con esto, pues esta actitud produce raíces *de amargura* que estorban al que las tiene y que puede contaminar a *muchos*, sobre todo a los más cercanos (He 12:15).

Cuando se actúa así, no es difícil encontrar hermanos que se lanzan mutuamente pasajes de la Palabra de Dios con el fin de reafirmarse cada uno en sus posturas, olvidando, quizá, ambas partes la enseñanza completa de la misma. Por tanto, para juzgar con justo juicio hace falta conocimiento de la Palabra, comprensión de esta —que no se tiene sin un cierto grado de espiritualidad y comunión con Dios—, y conocimiento del hermano y de su causa que tan dispuestos estamos a juzgar. Es pecado la falta de interés por un hermano, pero el pecado se empeora cuando únicamente vemos lo que creemos malo en el hermano, y solo nos acercamos a él para amonestarlo, juzgándolo y condenándolo, sin tener conocimiento ni interés por sus problemas. En estos asuntos también Satanás nos tienta con astucia y, si Dios lo permite, hablaremos también de este aspecto que habremos de cuidar para no caer en la desunión, la división o el distanciamiento entre unos y otros.

Esta clase de juicios contra los hermanos es condenada por el propio Señor: *No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir [...] ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame*

sacar la paja que está en tu ojo, no mirando tú la viga que está en el ojo tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja que está en el ojo de tu hermano (Lc 6:37-38,41-42), y no hay otra porción en las Escrituras que con tanta fuerza y tan repetidamente los prohíba como aquí en Romanos 14, aunque muchos la sigan pasando por alto y continúen condenando a sus hermanos.

Debido al pecado que reina en nosotros, siempre esperamos que los demás se ajusten a nuestros moldes, pero eso es una tiranía espiritual a la que no debemos ceder ni debemos intentar imponer. Debemos ayudarnos unos a otros, pero debemos dejar el juicio al Señor (*cf.* 1 Co 4:3-5), pues solamente él tiene la capacidad y la autoridad para hacer eso. Y debemos prestar atención a lo que se constata en pasajes tales como los siguientes: ***Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud [...]. Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros*** (Gal. 5:1,13); o también: ***Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso? Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne*** (Col 2:20-23).

Y es en este ambiente de cristianos fuertes en fe y obedientes, pero con distintos puntos de vista, donde comienza Romanos capítulo 14: ***Recibid al débil en la fe.*** La referencia aquí no es a una persona con poca fe y llena de dudas, sino a una que ha sido instruida de modo imperfecto en la fe, a una que aún no tiene conocimiento de la libertad cristiana y se encuentra en la esclavitud de

las prohibiciones, las del judaísmo u otras en el día de hoy. A esta clase de personas, con falta de conocimiento, los santos deben recibir con cariño y tratarlas amablemente.

Cabe resaltar la fuerza de la palabra usada aquí: «recibir» (*proslambano*), que significa literalmente «tomad a vosotros mismos, acoged, aceptad, sobrellevad». Es la misma que usa el apóstol en el **versículo 3** para indicar lo que Dios ha hecho con nosotros, y que repite en el capítulo 15:7: ***Recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió*** [en la misma forma], ***para gloria de Dios***. Y la encontramos en otros muchos lugares siempre con el sentido de unidad y acogimiento (*cf.* Mt 16:22; Hch 17:5; 18:26; 28:2; etc.).

Nadie, pues —dice Pablo—, debe ser excluido por tener menos luz, ni ser perturbado contra su propia conciencia o contra sus prácticas, costumbres, o puntos de vista, por otros que intentaran imponerle los suyos propios. La lección es que debe haber una mutua paciencia y amistad entre los cristianos. Pero este versículo no indica que no deba realizarse ningún esfuerzo para aclarar aquellas cosas en que se falla y para procurar que otros entren también en los beneficios y la libertad que Cristo da a su propio pueblo. La ignorancia nunca es buena consejera (*cf.* Hch 18:26), de modo que es un deber y un gran privilegio llevar a otros hermanos a una mayor luz si nosotros ya la tenemos; pero las instrucciones, exhortaciones y amonestaciones deben hacerse humildemente y sin un espíritu censorador; con sumisión y sin espíritu de contención. Para ello debe ejercitarse la paciencia, y necesitaremos de ***la paciencia y la consolación de Dios***, y es este el asunto de la oración de Pablo, que quizá ahora veamos como más oportuna y necesaria.

Las Escrituras nos indican que una característica de la verdadera sabiduría es el ganar almas: ***El que gana almas es sabio*** (Pr 11:30), pero, con este objetivo, hemos de procurar alumbrar las

mentes, y no forzarlas, pues a menos que la conciencia sea convencida, el actuar con imposición no pasa de ser una simple hipocresía. Podemos tener mucho celo, pero un espíritu de moderación debe dominar el celo, y el derecho de cada uno al juicio privado debe respetarse cuidadosamente. Si *cada uno* está **plenamente convencido en su propia mente** (Ro 14:5), necesitamos mucha sabiduría, **paciencia, consolución**, amor y un largo etcétera, además de conocer nuestros propios pecados y prejuicios, para no romper la unidad que Dios desea en nosotros.

Y mientras que crecemos, y para crecer, hagamos nuestra la oración del apóstol: ***El Dios de la paciencia y de la consolución nos dé entre nosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.***

2

ORACIÓN POR UN MISMO SENTIR II PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Romanos 15:5-6.

Lectura introductoria: Mateo 13:44-46

El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.

Al continuar con el estudio de la que hemos llamado *Oración por un mismo sentir*, al igual que cada vez que nos acercamos a leer, meditar u oír la Palabra, debemos dar gracias a **Dios nuestro Padre** (Ro 1:7; Ef 1:2; Fil 1.2; etc.), al **Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo** (Ro 15:6; 2 Co 1:3; 11:31; etc.), al **Padre de gloria**, que nos permite hacerlo y al cual hemos de pedir *espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*, y que alumbre *los ojos de nuestro entendimiento* (Efe 1:17-18), para que nuestro *aprovechamiento* de ella *sea manifiesto a todos* (1 Ti 4:15), para la gloria de su nombre.

En el estudio anterior hicimos una introducción general y expusimos las condiciones en que se encontraban aquellos cristianos en Roma, entre los cuales, a pesar de tener una fe que se di-

vulgaba y una obediencia notoria, había problemas que dañaban *la comunión, el respeto y la estima* entre ellos, problemas de relaciones personales derivados de nuestra naturaleza y que siempre surgen en las iglesias. Allí había, en general, dos grupos de hermanos: los primeros menospreciaban a los segundos, y estos juzgaban a aquellos, aunque ninguna de ambas conductas es propia de cristianos.

Y también vimos la necesidad de conocer y comprender el espíritu de la Palabra, antes de discutir sobre opiniones o de enfrentarnos por opiniones, y la necesidad de conocer y comprender las circunstancias de los hermanos antes de juzgarlos o menospreciarlos, pues si ya es pecado desentendernos de ellos, mayor aún es caer en dichas posturas cuando nos faltan elementos de juicio. La *paja del ojo del hermano* solo puede sacarse cuando se está *cerca* de él y cuando se tienen las *manos limpias*, ya que esto forma parte de la *viga* que previamente hay que sacar del nuestro (Mt 7:3-5).

Hasta aquí fue donde llegamos, y ahora, al continuar, vamos a tratar brevemente los aspectos más relevantes que encontramos en el capítulo 14, y los principios que de ellos se derivan y que debemos tener presentes cuando abordemos la oración que nos ocupa. Pero esto será tras la lectura de la Palabra y nuestra oración a Dios.

Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ro 15:5-6).

Oración personal a Dios.

1. ASPECTOS ESENCIALES EN ROMANOS CAPÍTULO 14

En este capítulo, Pablo aborda ciertos aspectos de la vida cristiana que son muy conocidos por todos nosotros, pero que, al mismo tiempo, también pueden estar muy olvidados. Vamos a ver estos aspectos en forma general, para llegar a establecer unos principios fundamentales que debemos asumir y por los que debemos trabajar para evitar la falta de *comuni3n*, de *respeto* y/o de *estima* entre nosotros. Estos principios se encuentran recogidos en la tabla resumen que puede consultarse al final del libro.

El primero de estos aspectos ya lo hemos indicado en el estudio anterior, aunque no es superfluo que volvamos a recordarlo: estamos llamados a recibirnos los unos a los otros del mismo modo que **Dios** nos recibió y que **Cristo nos recibió** (caps. 14:1,3; 15:7). ¿Y qué significa esto?; ¿cómo ha sido nuestro recibimiento?; ¿qué ha supuesto?

En cuanto a Dios, y entre muchas otras cosas, puede decirse que nos ha recibido porque nos ha tomado a sí mismo (*cf.* Éx 19:4), porque nos ha hecho suyos (*cf.* Éx 6:7), porque hemos llegado a ser parte de —si podemos decirlo así— su problema; ***el que nos toca, toca a la niña de su ojo*** (Zac 2:8); ***en toda angustia de nosotros, él es angustiado*** (Jue 10:16; Isa 63:9), y tiene un firme compromiso expresado en su Palabra de conformarnos ***a la imagen de su Hijo*** (Ro 8:29). Por eso y para eso nos ha recibido Dios.

Y en cuanto a nuestro Señor Jesucristo, baste decir que, para poder recibirnos, voluntariamente ***llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores [...] herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*** (Is 53:4-5). O, de otro modo: para recibirnos, Cristo no miró ***por lo suyo pro-***

pio, sino por lo nuestro, por nuestra necesidad, y **no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz** (Fil 2:4-8).

Esto significa que Dios nos recibió y que Cristo nos recibió, y se nos ordena que, con ese sentir, así, **recibíos los unos a los otros** (cap. 15:7).

El *segundo* aspecto que no hemos de olvidar es el que aparece en Romanos 14:7-8: que **ninguno de nosotros vive para sí ni muere para sí, sino para el Señor**. Todos conocemos sus palabras que nos llaman a negarnos a nosotros mismos (lo cual significa también dejar de hacer ciertas cosas que nos gustan y a las que tenemos derecho), y a tomar nuestra cruz cada día (lo cual significa también sufrimiento en beneficio de otros), si queremos ser sus discípulos (cf. Mt 16:24; Mr 8:34; Lc 9:23).

Estas palabras son inequívocas, y no necesitan mayor explicación: no se puede ser cristiano si rechazamos este camino o este modo de vivir, *negación de uno mismo y la cruz por ser cristiano*, y muchos de los problemas y de la falta de unión en las iglesias suceden, una y otra vez, porque se olvida esto. No estamos llamados a hacer lo que queremos o lo que nos gusta, sino lo que quiere aquel que nos llamó y lo que le gusta a aquel a quien decimos seguir. Véase también lo que dice el propio Pablo en 1 Corintios 6:12 y 10:23-24.

Y el *tercer* aspecto, cuyo olvido trae también problemas en las iglesias, es el que aparece al final de Romanos 14:10, que **todos compareceremos ante el tribunal de Cristo**. Todos tendremos que dar cuenta de todo, nada hay oculto que no vaya a salir a la luz, todas las cosas van quedando constatadas, los libros serán abiertos. Muchas veces los cristianos vivimos como los paganos, sin pensar

en la muerte, sin pensar en el juicio, y únicamente pendientes de las cosas de aquí abajo.

Pues bien, estos tres aspectos no deben olvidarse cuando estamos hablando de las relaciones mutuas, de la comunión, del respeto, o de la estima que nos debemos los unos a los otros, pues, si tuviéramos estas cosas siempre presentes, se eliminarían muchos de nuestros problemas. Pero es que, además, el olvido de estas cosas hace que las oraciones no sean eficaces, que no sean oídas (cf. Mt 5:23-26).

Si leemos 1 Corintios 9:24-25, donde se hace la comparación del cristiano con el que *lucha* o corre en un *estadio*, se indica que el que lo hace *de todo se abstiene*, literalmente «*en todo ejercita dominio propio*», el cual nos ha sido dado por el Espíritu de Dios junto al *poder* y el *amor* (2 Ti 1:7). También en Filipenses 4:5 se nos exhorta a que nuestra *gentileza sea conocida de todos los hombres*, lo cual incluye también a los hermanos, aunque la traducción literal sea «*lo mesurado, la indulgencia*». En este último pasaje estamos frente a un mandamiento del Señor, frente a un precepto divino que se nos ordena y que no podemos olvidar, y en el tema que nos ocupa no es tanto la abstención completa de las cosas lo que se nos pide, sino la moderación y el dominio propio en el uso de estas.

Muchas veces no es el uso, sino el mal uso de muchas cosas lo que marca la diferencia entre la inocencia y el pecado, pero el mal uso o el abuso de algunos hermanos no es razón suficiente para que los esquivemos. Como decía Spurgeon: «*¿Dejaremos de usar cuchillos porque algunas personas se hieran con ellos?; o ¿diré a mi mujer que deje su anillo de boda porque ciertas personas digan que tropiezan al verlo en uno de sus dedos?*».

Estamos llamados a ser muy cuidadosos con estas cosas, porque no sirve de nada ir a una iglesia sin mostrar un espíritu cristiano y de humildad, cuando al mismo tiempo se está constante-

mente protestando contra la falta de humildad y espíritu cristiano de los demás.

Ahora bien, admitiendo que no olvidamos ninguno de los tres aspectos mencionados (recibirnos los unos a los otros, no vivir para uno mismo, y pensar en el juicio que nos espera), aun así nos encontramos con el problema de dónde poner el límite. ¿Amar a los demás nos exige ser fanáticos?; ¿es bueno para los hermanos, para su provecho y edificación, el que nos conformemos siempre a sus escrúpulos?; y, si hacemos esto, ¿no estamos animándolos a seguir equivocados?

Muchas veces hemos de decidir en cuestión de sentimientos, y muchas veces hemos de ceder. Sin embargo, estamos llamados a mostrar a los hermanos su error, y si algunos de ellos continúan diciendo que es necesario practicar tal error para la salvación, debemos enfrentarnos a ellos y a sus deseos, porque, en caso contrario, seríamos cómplices de sus fallos y de sus pecados (*cf.* 1 Ti 5:22). Y si nos dicen que estamos pecando cuando hacemos lo contrario de lo que ellos hacen, entonces, por amor y con amor cristiano hacia ellos, debemos mostrarles y procurar sacarlos de su error.

Evidentemente, hay un límite para la concesión. Si leemos 1 Corintios 10:32, al igual que otros muchos mandamientos, no podemos tomarlo literalmente de forma absoluta, porque el tropiezo de muchos puede ser ante la verdad. Por ejemplo, si yo fuera invitado a predicar en un púlpito arminiano, ¿debería callarme el tema de la soberanía de Dios o la elección incondicional?; ¿debería negarles lo que es necesario y provechoso para ellos?; ¿el amor cristiano pide esto de mí? Si leemos también 1 Corintios 9:20-22 (... ***a todos me he hecho de todo...***), comprobamos que nadie había más flexible y adaptable que el propio Pablo que escribió esto; pero, al mismo tiempo, se enfrentó al apóstol Pedro y lo condenó por su conducta con los gentiles cuando los judíos estaban presentes

(*cf.* Gá 2:11-14) y, de igual modo, se enfrentó a los falsos hermanos rehusando circuncidar a Tito cuando antes había circuncidado a Timoteo (*cf.* Gá 2:3-5; Hch 16:1-3).

Otro pasaje que puede aclarar este asunto puede verse en lo que sucedió en una ocasión en que el Señor estaba con sus discípulos, y los fariseos le preguntaron (*cf.* Mr 7:1-13). La tradición, la costumbre, llegó a ser una práctica religiosa y una observancia rigurosa para los judíos, pero no dijo el Señor a sus discípulos que respetaran los escrúpulos de aquellos y se conformaran a sus tradiciones. Evidentemente no, aunque los fariseos los condenaban. Lo mismo sucedió en otra ocasión en la casa de un fariseo con el propio Jesucristo (*cf.* Lc 11:37-39), donde el Señor, aun sabiendo que estaba ofendiéndole, no quiso someterse a una ley impuesta por los hombres.

Así que hemos de tener en cuenta los aspectos que hemos señalado, (recibirnos los unos a los otros, no vivir para uno mismo, y pensar en el juicio que nos espera), pero aun teniéndolos, no siempre es fácil saber dónde poner el límite para la concesión, lo cual nos ha de llevar indefectiblemente a ponernos a los pies del Señor si queremos en realidad agradarle en todo.

En este sentido, también quiero decir algo acerca de cuando nuestro argumento para hacer o dejar de hacer ciertas cosas, para ceder o no ceder, es simplemente las palabras: *No lo veo*. ¿No es cierto que a veces juzgamos o menospreciamos a los hermanos porque decimos: *No lo veo, no veo ni entiendo lo que hace?*; ¿no es cierto que a veces seguimos haciendo ciertas cosas porque *ve-mos* que hay que hacerlas así? Este argumento es muy pobre, y no puede servir para excusar nuestras conductas. Y, para demostrar lo que digo, simplemente pensemos en los siguientes casos que cito a continuación:

1. Los pecadores *no ven* que van al infierno, y siguen por el *camino espacioso* que los lleva hacia él (Mt 7:13).

2. Los fariseos creían que *veían*, pero el Señor los llamó **ciegos**, y seguían también por el camino de sus tradiciones (Jn 9:40-41).

3. Los propios apóstoles, antes de la venida del Espíritu Santo, *veían* muy poco y pedían, o hacían, equivocadamente, según lo poco que veían.

Para *ver* se necesita tener ojos que no sean malignos, porque, en este caso, **todo el cuerpo estará en tinieblas** (Mt 6:22-23), y se necesita estar cerca de la luz. Si estamos cerca del Señor, entonces veremos algo, pero si no lo estamos, no veremos las cosas tal como él las ve, veremos muy poco espiritualmente. En este mismo sentido, podríamos justificarnos diciendo: *No veo que tenga que vivir para la gloria de Dios, no veo que tenga que negarme a mí mismo, no veo que tenga que perder la vida*, etc. Y la pregunta que debemos hacernos es: ¿Queremos ver? Porque esa fue la de Jesús al ciego: **¿Qué quieres que te haga?** (Mr 10:51). Debemos querer ver, porque si no lo queremos, o dudamos en querer por lo que este ver implica, tendríamos que cuestionarnos si somos cristianos.

2. PRINCIPIOS ESENCIALES EN ROMANOS CAPÍTULO 14

Y con esto llegamos a los principios que se obtienen del capítulo 14, los cuales no deben olvidarse en relación con este tema de la unidad de la Iglesia, y de los cuales surgen los motivos de oración que ya mencionaremos.

El primero lo tenemos en 14:5: **Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente**. No podemos obligar ni forzar a los hermanos cuando están convencidos en sus propias conciencias. Si lo hacemos, estaremos llevándolos a incurrir en el pecado que se cita más adelante en el **versículo 23**. Es cierto que todos los cristianos, y solo los cristianos, **tenemos la mente** [el pensamien-

to] **de Cristo** (1 Co 2:16), pero, al igual que un niño cuando es pequeño no discurre ni piensa como un adulto y necesita renovar esa mente hasta llegar a la madurez, así también los cristianos necesitamos renovar nuestro **entendimiento** (cap. 12:2) hasta llegar **a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo**, dejando de ser **niños fluctuantes** (Ef 4:13-14). Por tanto, mientras que eso llega, habremos de ser pacientes y misericordiosos.

El segundo principio se deriva del anterior, y se encuentra en 14:13. Hemos de dejar el juicio, la censura, el menosprecio y la condena hacia aquellos hermanos que difieren de nosotros en cuestiones de menor importancia, o en aquellas otras en las que aún no tienen luz suficiente. El ejercicio del amor cristiano es un deber esencial, aunque, como se ha indicado, este ejercicio no requiere que abandonemos nuestros principios, los dictados de nuestra propia conciencia, o que lleguemos a ser esclavos de cualquier fanático que se ponga en nuestro camino. El amor ordena frenar los propios deseos buscando lo bueno, lo provechoso, y lo que edifica a los hermanos, pero esto no puede hacerse suscribiendo sus propios errores o privándonos a nosotros mismos del derecho al juicio personal. Hay aquí un fino equilibrio entre la abnegación de uno mismo y llegar a ser la víctima de la falta de abnegación de los otros; pero, mientras que andamos buscando ese equilibrio, hemos de dejar los juicios y las condenas.

El tercer principio lo encontramos en 14:17, el cual podemos enunciar con otras palabras: Como cristianos estamos llamados a ocuparnos de lo esencial, y a no estar pendientes de simples naderías. El Reino de Dios, el evangelio, no consiste en trivialidades comparativas que tienen que ver con las carnes, las bebidas u otras pequeñeces. El Reino de Dios es algo mucho más importante y no debemos ponernos tropiezo en esas pequeñeces. Debemos cuidar-nos mucho de no caer en el pecado de los fariseos, que diezmaron hasta lo más pequeño, pero se olvidaban de **lo más importante de**

la ley: la justicia, la misericordia y la fe (Mat 23:23).

El cristiano que desperdicia su tiempo libre no ocupándose de las cosas importantes del evangelio, es fácil que caiga en el mal uso de ese tiempo dedicándose a fomentar todo aquello que lleva a la desunión, dando así una mala imagen del cristianismo. El que no quiere andar **sabiamente redimiendo el tiempo** (Col. 4:5), el que no aprovecha **bien el tiempo** cuando **los días son tan malos** (Ef 5:16), está expuesto al peligro de aquel que barrió y limpió su casa, pero la dejó desocupada permitiendo que Satanás entrara (cf. Mt 12:43-45; Lc 11:24-26). La ociosidad no es propia del cristianismo, y conduce a olvidarnos de las cosas fundamentales para caer en los egoísmos, los malos juicios, las críticas, etc.

El disponer de tiempo libre para no usarlo conforme a la voluntad de Dios, no solo es un pecado del que tendremos que rendir cuentas, sino también una puerta abierta que dejamos para cometer otros pecados que repercuten, probablemente, en la unidad de la propia Iglesia.

El cuarto principio se encuentra en 14:19. Hemos de dejar las cosas sin importancia, pero hemos de ocuparnos de aquellas que contribuyen **a la paz y a la mutua edificación**. Y esto no es una alternativa, sino también un mandamiento. Es este otro modo de ejercitar el amor cristiano. Estamos diciendo que no es una cuestión fácil saber hasta dónde el amor cristiano me pide sacrificar mi propia libertad y negarme a mí mismo, aunque tenga libertad ante Dios para hacerlo. Pero si me ejercito (cf. He 5:13-14) y pienso más en lo que contribuye a la paz y a la edificación, probablemente tendré menos dudas, pues no solamente es una cuestión de gustos.

Y el último principio lo tenemos en 14:20-21, el cual podemos enunciar así: No hemos de hacer ostentación de la libertad personal que Dios nos ha dado, ni mucho menos usarla para injuriar a los demás. Si tenemos libertad, tengámosla para nosotros mismos

delante de Dios, pero no hagamos ostentación de ella ni mucho menos la usemos para hacer tropezar, ofender o debilitar al hermano.

El ejercicio del amor cristiano es un deber esencial para todos nosotros, pero no debe predominar sobre todas las cosas, pues el propio Dios no ha ejercido su amor a expensas de su justicia. El ejercicio del amor no es para que lleguemos a ser un cero la izquierda, como una paja fluctuante llevada por cualquier viento, de modo que es obvio que no debemos agradar al hermano si es a expensas del propio Dios o de nuestra propia conciencia. Este es el problema que se plantea en las iglesias, y aunque veremos otros principios que influyen sobre este y que, si no los olvidamos, ayudan a resolverlo, creo que es muy conveniente que vayamos haciendo nuestra la oración que nos ocupa y que ya hizo el apóstol. ¡Que así sea!

El Dios de la paciencia y de la consolación nos dé entre nosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

3

ORACIÓN POR UN MISMO SENTIR III LA UNIDAD

Romanos 15:5-6.

Lectura introductoria: 2 Corintios 2:5-8,11

Pero si alguno me ha causado tristeza, no me la ha causado a mí solo, sino en cierto modo (por no exagerar) a todos vosotros. Le basta a tal persona esta reprehensión hecha por muchos; así que, al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido de demasiada tristeza. Por lo cual os ruego que confirméis el amor para con él [...] para que Satanás no gane ventaja alguna sobre nosotros; pues no ignoramos sus maquinaciones.

Al continuar con la oración que nos ocupa, *Oración por un mismo sentir*, llegamos al capítulo 15 de la Carta de Pablo a los Romanos, donde esta se encuentra, aunque todavía no vamos a entrar en su contenido. Los primeros versículos de dicho capítulo también son muy importantes como contexto más cercano, y en ellos el apóstol continúa con el mismo asunto del capítulo 14 anterior, que no es otro sino el de la unidad en la Iglesia. De esos primeros versículos del capítulo 15 también habremos de obtener otros principios fundamentales para la vida cristiana, incluidas nuestras oraciones, de modo similar a lo que hicimos en el estudio anterior con el capítulo 14, pero hoy vamos a centrarnos en otros aspectos esenciales para la unidad de la Iglesia

y en relación con la obra de Satanás para destruirla, y que también repercuten directamente en nuestras oraciones a Dios.

Pero antes de seguir vamos a leer la Palabra, y quizá, al dirigiéndonos ahora a Dios en oración, tendríamos que comenzar pidiéndole perdón por cuantas veces no hemos actuado con *un mismo sentir*, ni lo hemos promovido (quizá al final de este estudio veamos más motivos para pedir dicho perdón), y pidiéndole lo que nos indica en su Palabra, a saber, que *el Señor* nos *haga crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos* [...] *para que sean afirmados* nuestros *corazones, irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos* (1 Ts 3:12-13).

Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ro 15:5-6).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Recuerdo que estamos ante una oración de Pablo por los cristianos en Roma porque entre ellos había disparidad de opiniones con respecto a diversos temas, existiendo el peligro de la desunión y la división en la Iglesia. Sus problemas eran distintos a los nuestros de hoy, pero las actitudes que llevan al menosprecio y/o a los juicios de unos hacia otros son las mismas siempre. Y debido a eso, el apóstol da instrucciones para el *mantenimiento de la comunión, el respeto y la estima* que debemos tener unos con otros. Pero como sabe que no es suficiente con que nos esfuerce-

mos por cumplirlas, se dirige a Dios pidiendo la unidad de la Iglesia porque, en última instancia, es su Iglesia. Así, nos indica también cómo hemos de actuar nosotros y cómo hemos de orar.

Y vimos que para mantener la unidad tenemos que esforzarnos por ocuparnos de lo esencial en el Reino de Dios, preocuparnos y seguir todo aquello que contribuye a la paz y a la edificación, trabajar para no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano, dejar el orgullo debido a nuestra libertad cristiana, y comprender que no podemos forzar las conciencias, sino intentar, con mucho amor, respeto y estima, que todos vayan creciendo **a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo** (Ef 4:13), que todos vayan desarrollando la **mente de Cristo** (1 Co 2:16).

Esta es la tarea por la que hemos de trabajar y orar como cristianos, pero puesto que la unidad en la Iglesia es algo tan esencial, hemos de tener presente —y en eso me voy a detener— que Satanás hace todo lo posible para romperla y para que no tengamos en cuenta estos aspectos y principios que hemos recordado. Así que no vamos a hablar de la oración en sí, sino que, teniendo en cuenta la obra de Satanás, lo haremos de las armas que debemos usar para que **no gane ventaja alguna sobre nosotros, pues no ignoramos sus maquinaciones** (2 Co 2:11). Y estas armas, si no se emplean, nos dejarán también en una muy mala condición para la eficacia de nuestras oraciones.

Es fácil que Satanás comience distanciando a los hermanos por pequeñas cosas, haciéndonos olvidar que hemos de preocuparnos los unos por los otros, insinuando que no es tan importante recibarnos unos a otros, ni negarnos a nosotros mismos, ni preocuparnos por hacer aquello que contribuye a la paz y a la unidad, distrayéndonos con multitud de cosas para que no pensemos en el juicio ante el tribunal de Cristo, etc., etc.

Si consigue esto, distanciarnos, y es algo fácil para él, intentará dar un paso más para —una vez que ya estemos distancia-

dos— dividirnos con celos y amarguras. Una cosa es la distancia y otra la división, pero la distancia y el mutuo desconocimiento dan lugar a malos pensamientos, y estos, a su vez, a celos, amarguras, resentimientos, falta de perdón, malos juicios, etc. En definitiva, la distancia prolongada conduce a la división.

Pero Satanás, si nos lleva hasta aquí, no va a quedarse contento con esto, sino que intentará también, como vemos en Gálatas 5:15, que *empecemos* a mordernos unos a otros, que *sigamos* devorándonos unos a otros, y, si es posible, que *terminemos* destruyéndonos unos a otros (NVI). La actitud que describe aquí el apóstol es la de miembros de la Iglesia actuando unos contra otros como bestias, y en esta iglesia de Galacia se daba el mismo problema que estamos considerando en la de Roma: había un grupo de judaizantes y otro de cristianos gentiles, y aunque no hemos de pensar que todos los creyentes estaban metidos en esta lucha destructiva, sí es cierto que algunos de ellos lo estaban. Y aún otra cosa más: esta actitud normalmente no es individual y particular sino que, tristemente, lleva a buscar la asociación con otros miembros del cuerpo, que se unen formando un partido contra otros hermanos. ¡Y qué tremendo es esto!

Podemos pensar que hasta este extremo no vamos a llegar (como lo pensaba el que escribe antes de que Dios le hiciera pasar por una experiencia de ese tipo), pero esto está constatado en la Palabra para nuestra instrucción y advertencia, y hemos de tener presente que Satanás y el pecado nunca dicen «*basta*». Sabemos que Satanás es muy astuto y listo, sabemos que nuestra lucha es contra él y sus huestes (*cf.* Ef 6:11-12), y hemos de estar preparados para enfrentarnos a todo aquello que, de un modo o de otro, pueda provocar la división y rotura de la Iglesia.

2. QUÉ HACER

Si hablamos de unidad en la Iglesia, necesaria y ordenada por Dios, y de los ataques a esta, por parte de Satanás y sus ministros, hemos de estar siempre como atalayas y siempre adiestrados y dispuestos para la lucha. Y entre los diferentes ejercicios que debemos practicar para no perder la forma, pueden citarse los siguientes, los cuales también harán distintos, muy distintos, los contenidos de nuestras oraciones.

En primer lugar, debemos pensar seriamente, y esforzarnos por practicar, que es mejor fijarnos en las virtudes de los demás que en sus debilidades. Es triste que los cristianos tengan ojos para ver los fallos, pero no las virtudes de sus hermanos, y que esta práctica sea tan frecuente en tantos que algún día se encontrarán juntos en el Cielo. Los que así actúan darán menos gracias a Dios por los hermanos y se quejarán más por ellos, haciendo así que sus oraciones sean muy deficientes. Los que por motivo de sus profesiones han de estar observando y corrigiendo tienen aquí un duro campo de batalla. Y en la iglesia de Corinto sucedió esto, que unos hermanos tenían más presente el pecado de otro que su arrepentimiento, hasta el punto de llenarlo de dolor y tristeza, de modo que el apóstol tiene que decir que lo perdonaran y consolaran, y que confirmaran su amor a él, para que Satanás no ganara ventaja sobre todos ellos (*cf.* 2 Co 2:7-11).

Somos llamados a estar cerca unos de otros, y a recibarnos los unos a los otros y, cuando lo hacemos, vemos los fallos y las virtudes mutuas, pero hemos de fijarnos más en estas últimas. La solución para no tener problemas no es el alejamiento, pues, como se acaba de decir, con el alejamiento Satanás intentará llevarnos a la división y a las luchas internas. Y, además, a convertirnos así en cómplices de aquel que es llamado **acusador de los hermanos** (Ap 12:10).

¿Qué gloria trae a Dios el que encuentra placer en mirar, e incluso en mostrar a los enemigos, las llagas, enfermedades o heridas de sus hermanos?; ¿se hace esto con los miembros de la propia familia? El pecado es tinieblas, y la gracia luz; ¿no es, por tanto, una locura, mirar más las tinieblas que la luz?; ¿no se fija el propio Dios más en las virtudes de su pueblo que en sus debilidades? Job se menciona en la Carta de Santiago como modelo de *paciencia* (Stg 5:11), pero no se dice nada acerca de su rebeldía (*cf.* Job cap. 3), y a David se le recuerda no como adúltero y asesino, sino como un hombre *conforme al corazón* de Dios (Hch 13:22). Y así debemos funcionar nosotros: tapando las manchas (*cf.* 1 P 4:8), burlando a Satanás, sanando heridas, etc., porque así nos parecemos más a nuestro Padre. ¿No es mejor que nos fijemos más en la obra de gracia de nuestro Padre que no en los pecados y en la obra de Satanás?; ¿y no estamos con esto frente a algo que nos debe llevar a orar de otro modo, bien con arrepentimiento y perdón, o bien por más gracia?

En segundo lugar, hemos de tener presente que la unidad fomenta la seguridad no solo de la Iglesia, sino también la de uno mismo. Si estamos juntos seremos invencibles, pues —como un hermano ya en la presencia del Señor señalaba— el leño que quiere arder solo termina apagándose pronto. Es el calor mutuo de la hoguera de la comunión cristiana la que nos mantiene a todos, y hemos de esforzarnos por todo aquello que contribuye a la paz y a la unidad. De igual modo, es muy fácil romper una pequeña madera, pero si hacemos un manojo bien atado con muchas de esas pequeñas maderas, es casi imposible romperlo.

Hemos de pensar en esto, hermanos, pues si no contribuimos a la paz, nosotros mismos estamos en grave riesgo y, si nos alejamos del rebaño, nosotros mismos seremos los primeros perjudicados. Satanás intentará convencernos de lo contrario, pero, repito, cuando un leño se separa de la hoguera, aunque esta pierda intensidad,

es el propio leño el que se apaga pronto, el que primero sale perjudicado.

En tercer lugar, hemos de pensar que Dios nos manda amar incluso a los **enemigos** (Mt 5:44), cuanto más a nuestros propios hermanos los santos. Así que, cuando nuestro corazón empiece a sublevarse contra otro, debemos decirnos a nosotros mismos que eso es rebelión, y la rebelión contra cualquier mandamiento de Dios es muerte. No haría falta decirlo, pero hay unas palabras que se nos repiten y que debemos tener siempre presentes: ***Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros*** (Jn 13:34). ***No debáis nada a nadie, sino el amaros unos a otros*** (Ro 13:8). ***Permanezca el amor fraternal*** (He 13:1). ***Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios*** (1 Jn 4:7); y así un largo etcétera.

En cuarto lugar, también hemos de considerar seriamente que decimos creer en un Dios que se deleita en llamarse **Dios de paz** (Ro 15:33), en un Señor Jesucristo que es el **Príncipe de paz** (Is 9:6), **Rey de Salem** o **Rey de paz** (He 7:2), y que el Espíritu Santo es un Espíritu de paz que produce paz (*cf.* Ro 8:6; 14:17; Gá 5:22; Ef 4:3).

Por tanto, no podemos disfrutar de dicha paz con un espíritu rebelde que no se preocupa por andar según los principios que aparecen en estos capítulos de Romanos. El amor y la paz mutuos desbaratan los planes de los enemigos y fortalecen nuestras manos.

No solamente hemos de esmerarnos por mantener la paz entre nosotros, sino que hemos de considerar también que, cuando no lo hacemos, tampoco mantenemos la paz con Dios. Es precisamente por esto último, por lo que no mantenemos la paz con Dios, por lo que la paz se rompe tan fácilmente entre los cristianos. El Señor ha prometido lo siguiente: ***Cuando los caminos del hombre son***

agradables a Jehová, aun a sus enemigos hace estar en paz con él (Pr 16:7). Y si esto lo promete el Señor en cuanto a los enemigos, mucho más habrá paz entre nosotros si nuestros caminos son agradables a él.

Labán siguió a Jacob con una tropa, y Esaú vino a su encuentro con otra, ambos con mala intención; pero los caminos de Jacob agradaban al Señor, de forma que obró para que Labán se despidiera de él con un beso y Esaú lo saludara con otro. Recibió el juramento de uno y las lágrimas del otro, y estuvo en paz con ambos (cf. Gn 31:23,51-55; 33:1,4).

Hermanos, si nos ocupamos por mantener nuestra correcta relación con Dios mediante la obediencia, Dios se ocupará, por y para su gloria, de mantenernos en paz entre nosotros y con los demás. Pero si descuidamos la paz con Dios, es justo que nos deje a merced de un espíritu de soberbia, división, contención, etc., y nos mordamos y comamos unos a otros.

En quinto lugar, es una buena arma contra Satanás y nos da confianza en la oración el centrarnos en lo que significa la relación y la unidad del pueblo de Dios, y meditar mucho en ella. Por eso mismo, Abraham dijo a Lot: **No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos** (Gn 13:8), y dejó que Lot eligiera la tierra que quisiera, confiando en que su suerte estaba en las manos de Dios. El Salmo 133:1 dice: **¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!** Se indican ambas cosas: que es bueno y que es delicioso.

Algunas cosas que son buenas no son deliciosas, tales como la disciplina; otras son deliciosas, pero nada buenas, tales como el placer ilícito y la lujuria. Otras no son ni deliciosas ni buenas, como, por ejemplo, la malicia o la envidia. Pero aquí se nos habla de algo bueno y delicioso, que la paz, la unidad y el amor entre los hermanos es algo bueno y delicioso.

¿No deberíamos esforzarnos, pues, por esto aquí en la tierra cuando es lo que esperamos en los cielos?; ¿luchan acaso, entre sí, los miembros de un cuerpo natural?; ¿se hieren o destruyen mutuamente?; ¿no están los soldados del mismo ejército combatiendo juntos contra los enemigos?; ¿nos dejaremos engañar por Satanás para combatir los unos contra los otros?; ¿estaremos como Jacob y Esaú, luchando en el vientre de la madre, hasta que salgamos a la luz de la gloria? (cf. Gn 25:21-22).

En sexto lugar, hemos de tener presente contra los engaños de Satanás que la discordia siempre trae desgracias. Si no luchamos por mantener la paz y la unidad habrá desgracias a nuestro alrededor, no solo las que se producen en la Iglesia, sino también otras en nuestra propia casa, familia, y en nosotros mismos, con las cuales tendremos también que luchar. Y es triste que se nos puedan aplicar en relación con la unidad de la que hablamos aquellas palabras de Dios en la antigüedad a su pueblo, cuando le dijo: **Por cuanto no serviste a Jehová tu Dios con alegría y con gozo de corazón** [no te esforzaste por la unidad en la Iglesia], **por la abundancia de todas las cosas, servirás, por tanto, a tus enemigos que enviare Jehová contra ti** [desgracias diversas], **con hambre y con sed y con desnudez, y con falta de todas las cosas** [falta de gracia y dones espirituales]; **y él pondrá yugo de hierro sobre tu cuello, hasta destruirte** (Dt 28:47-48).

Además, con esta conducta estorbaremos y entristeceremos a los que comienzan en los caminos de Dios, y daremos motivos a aquellos que se endurecen contra Dios (cf. Ro 2:24). Hemos de pensar que la **discordia entre hermanos** es el triunfo del diablo, y es triste que los cristianos demos motivo de alegría a Satanás, máxime cuando Dios nos ha dicho que aborrece a los que dan lugar a dicha discordia (Pr 6:16-19).

En séptimo lugar, y de igual modo, hemos de pensar que buscar la paz y la reconciliación no es motivo de humillación, tal como

Satanás nos puede insinuar, sino un gran honor. Abraham era mayor y más digno que Lot, por edad, por parentela, y por virtud, pero fue el primero en buscar la paz, siguiendo así el ejemplo del propio Dios. Dios es el ofendido, pero ha sido el primero en buscar la paz con nosotros: ***Dije a gente que no invocaba mi nombre: Heme aquí, heme aquí*** (Is 65:1), y lo repite para mostrarnos su esfuerzo y su misericordia. Cuando nos alejábamos de él, él nos seguía, y no es una humillación, sino que imitamos a Dios, cuando buscamos la paz a pesar de ser ofendidos.

No se trata de tener voluntad, o ganas, para seguir la paz, sino que es un deber, un mandamiento. En Hebreos 12:14 aparece junto al de seguir la santidad, el cual tampoco es una opción para el cristiano. Ambas, la paz y la santidad, son las dos caras de una misma moneda, y ambas cosas hemos de seguir con empeño y esfuerzo para poder ver al Señor. También el salmista dice: ***Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz y síguela*** (Sal 34:14). Y esta palabra, «buscar», significa hacerlo con celo, con vehemencia, con amor, con energía; la otra, «seguir», es una metáfora tomada de la acción de las fieras o aves de rapiña cuando corren tras sus presas. Y esto es lo que Dios pide y espera de nosotros.

En octavo lugar, hemos de pensar que se nos ordena andar juntos en un modo tal que la Palabra sea el único centro y juez de nuestras acciones. Hemos de pensar que Dios pierde mucho, nosotros perdemos mucho, y Satanás gana mucho cuando nos negamos a andar juntos en las cosas que tenemos claras en la Palabra. Es un pecado y una vergüenza no querer orar juntos, no querer escuchar la Palabra juntos, no tomar consejos juntos, o no lamentarnos juntos, porque no estamos de acuerdo en algunos detalles menores. Es una locura que no quieran andar juntas personas cuyos caminos son el mismo durante 99 km y solo difieran en el último. Pero esta es la locura con que nos engaña Satanás: cristianos que *no quieren* hacer juntos cosas que *podrían* porque *no pueden* hacer todo lo que *querrían*.

Hemos de asegurarnos, repito una vez más, que la Palabra sea el juez de todo y de todos, y que lo sea ahora, porque lo será en el último día. **¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido** (Is 8:20). No puede ser el juez de las acciones de los demás nuestra poca luz, ni nuestras ideas, ni nuestras preferencias u opiniones, sino que hemos de juzgar por esta regla: **Escrito está**.

En noveno lugar, hemos de pensar seriamente en la necesidad que tenemos de examinarnos a nosotros mismos con frecuencia (cf. 1 Co 11:31). Si lo hiciéramos, no estaríamos tan dispuestos a juzgar y condenar a los demás con amargura y rencor. El que no se examina y juzga a sí mismo, no teme hacerlo a los demás, pero el que lo hace, tendrá más capacidad de comprensión cuando tenga que juzgar al hermano. No hemos de olvidar las palabras del propio Señor: **No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido** (Mt 7:1-2). Véase también 1 Corintios 4:5; Santiago 4:11-12; etc.

Finalmente, en décimo y último lugar, hemos de enfrentarnos a Satanás esforzándonos lo más posible por revestirnos de humildad. La humildad nos hace aptos para el servicio, nos lleva a bendecir a los que nos maldicen, nos lleva a llorar por la debilidad de los demás y a gozarnos en sus virtudes, nos hace evitar la envidia de la prosperidad, nos lleva a honrar a los fuertes en gracia y a apoyar a los débiles, nos hace más ricos aunque estemos entre los más pobres. La humildad ve muchas cosas buenas en los otros y pocas en uno mismo. Si tuviéramos más humildad, seríamos menos amargos, menos rebeldes y menos rencorosos. La humildad nos enseña a ocultar las debilidades de los demás y a dejar constancia de su servicio y sus obras. La humildad hace que haya menos fuego y más amor entre nosotros. La humildad y la mansedumbre son cosas que el Señor nos dijo que debíamos aprender de

él, y merece la pena esforzarse por el sobresaliente o la matrícula de honor en estas disciplinas (*cf.* Mt 11:28-30).

En estas cosas debemos ejercitarnos, y debemos tenerlas presentes porque Satanás nos llevará a no prestarles atención. Pero estamos llamados a luchar por la paz y la unidad en la Iglesia y, reconociendo nuestra insuficiencia para ello y para glorificar a Dios debidamente, habremos —mientras seguimos luchando— de hacer nuestra la oración del apóstol en Romanos 15:5-6. ¡Que así sea!

El Dios de la paciencia y de la consolación nos dé entre nosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

4

ORACIÓN POR UN MISMO SENTIR IV PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Romanos 15:5-6.

Lectura introductoria: Números 16:46-48

Y dijo Moisés a Aarón: Toma el incensario, y pon en él fuego del altar, y sobre él pon incienso, y vé pronto a la congregación, y haz expiación por ellos, porque el furor ha salido de la presencia de Jehová; la mortandad ha comenzado. Entonces tomó Aarón el incensario, como Moisés dijo, y corrió en medio de la congregación; y he aquí que la mortandad había comenzado en el pueblo; y él puso incienso, e hizo expiación por el pueblo, y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad.

Estamos analizando la oración del apóstol Pablo que aparece al comienzo del capítulo 15 de su Carta a los Romanos y que hemos titulado *Oración por un mismo sentir*. Y, si recordamos lo que hemos hablado en relación con ella en días anteriores, creo que todos tendremos un sentimiento de insuficiencia ante lo que Dios pide de nosotros: todos fallamos, todos nos equivocamos, y todos nos olvidamos con más frecuencia de la debida del mandamiento que nos ordena seguir *lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación* (cap. 14:19). Pero esta debilidad e insuficiencia nuestra, que debemos reconocer ante Dios y ante los hermanos, y que nos hará crecer en humildad y en mansedumbre, no debe servir para atenazarnos ni para admitir las sugerencias de Satanás que nos puedan llevar a la inacción, a no hacer nada, ante la preocupación por equivocarnos.

Si esto nos sucede en alguna ocasión, si estamos apesadumbrados porque nos consideramos débiles, tengamos presente también las palabras del propio apóstol Pablo, el cual, ante una petición suya debido a una debilidad y a la que el Señor respondió: ***Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad***, escribió lo siguiente: ***De buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo*** (2 Co 12:9). Y comprendiendo y experimentando esto, años más tarde volvió escribir aquello de: ***Todo lo puedo en Cristo que me fortalece*** (Fil 4:13).

Es decir, y la lección es clara: no somos nosotros los fuertes, no hemos de ser nosotros los fuertes, ni hemos de gloriarnos en nuestra fortaleza si tenemos alguna (*cf.* Jer 9:23), sino que ha de ser Cristo en nosotros quien nos dé la fuerza que necesitamos para guardar sus mandamientos, y en él, ***y en el poder de su fuerza***, hemos de fortalecernos (Ef 6:10). Esto no quita nuestra responsabilidad, esfuerzo y oraciones, pero sí que nos tiene que llevar a afrontar todas las cosas con la firme resolución de cumplir la voluntad del Señor, sabiendo y diciendo —como decía el apóstol— que ***cuando soy débil, entonces soy fuerte*** (2 Co 12:10).

Ahora vamos a continuar considerando los principios más importantes que encontramos al comienzo del capítulo 15 de esta Carta a los Romanos, los cuales nos llevarán, junto a los que ya hemos analizado en el capítulo anterior, a la oración en sí, y todos nos llevarán a ver la necesidad que tenemos de hacerla nuestra. Pero antes debemos leer la Palabra y pedir la bendición de Dios.

Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ro 15:5-6).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

En aquella iglesia en Roma, aun a pesar de que la **fe** de los hermanos se divulgaba **por todo el mundo** (cap. 1:8), existía el peligro de la desunión y la división. Por cosas menores se estaban formando grupos entre ellos que, debido a la obra de Satanás, estaban comenzando a menospreciarse y a juzgarse mutuamente (cf. cap. 14:3). Y ante esto, el apóstol, como paso previo a su oración a Dios por ellos, da una larga lista de instrucciones acerca de cómo vivir para *mantener la comunión, el respeto, y la estima de unos con otros*, evitando estos problemas.

Así, habla de la necesidad de recibírnos los unos a los otros, de considerar que no hemos sido llamados a vivir para nosotros mismos, de pensar que hemos de rendir cuentas ante el Señor, de preocuparnos por conocer la Palabra y las circunstancias de los hermanos, de no intentar actuar contra la conciencia de otros, de preocuparnos de lo fundamental del Reino de Dios dejando las cosas de menor importancia, y de, finalmente, seguir todo aquello que contribuye a la paz y a la mutua edificación, decidiendo no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.

Y entre las cosas que contribuyen a la paz y la unidad hemos dicho que se encuentran las siguientes: el deber de fijarnos más en las virtudes que en los fallos de los demás (cosa que sabemos hacer muy bien y que solemos hacerla en nosotros mismos: cf. Fil 2:3), la consideración de que la unidad nos da seguridad personal, la obligación de cumplir el mandamiento de amar incluso a los enemigos, el conocimiento de que no podemos tener paz con Dios ni la paz de Dios si no nos preocupamos por mantener la paz en la Iglesia, el saber que la rebeldía

con Dios, en este mandamiento de buscar la paz, nos traerá desgracias y problemas a nosotros mismos, el admitir que buscar la paz no es ninguna humillación, la necesidad que tenemos de examinarnos a nosotros mismos frecuentemente, y la importancia de revestirnos y crecer en humildad para resistir a Satanás.

Todo esto se puede resumir en una frase que se presenta como el primer principio de este capítulo 15 en la tabla resumen que se proporciona al final de este estudio. Dice así: *Debemos aceptar que hay una gran variedad y diversidad entre los santos*. La hay en la naturaleza, en el temperamento, en las costumbres, en las antipatías, en las simpatías, o en todo aquello que forma parte de nuestra vida natural. Pero igual sucede con las cosas espirituales: hay cristianos con distintos grados de luz, distintas medidas de gracia, y distintos dones. Y creo que hay razones por las que Dios ha ordenado que las cosas sean así. Entre ellas, pienso que es así para probar y desarrollar la paciencia mutua de unos para con otros (*cf.* Ef 4:2), para dar oportunidad a que ejercitemos el amor (*cf.* cap. 13:10), y para proveer ocasiones para que mostremos la sumisión mutua y la perseverancia (*cf.* Ef 5:21;6:18; Lc 8:15).

Todos tenemos nuestras manchas y enfermedades. Unos son más orgullosos, otros malhumorados, otros censuradores, otros rígidos o difíciles en sus relaciones, etc. Las opiniones son diferentes y también las costumbres, y se necesita mucha gracia si la unión ha de mantenerse. Pero si los aspectos y principios que hemos recordado, y los siguientes que añadiremos, los interpretamos correctamente y los ponemos en práctica, habría menos problemas en las iglesias, y se habrían evitado muchos de ellos que han persistido o surgido a lo largo de los siglos y muchos otros derivados del mal testimonio público de los cristianos.

2. PRINCIPIOS ESENCIALES EN ROMANOS CAPÍTULO 15

Al entrar en el capítulo 15, vemos que Pablo comienza con un *Así que*, lo cual nos indica que lo que viene a continuación es una consecuencia de todo lo mostrado en el capítulo anterior. Como sabemos, la Biblia no fue escrita y dividida en capítulos y versículos, y aquí el apóstol Pablo llega a la conclusión de todo lo expresado anteriormente. Es como si dijera: «*A la vista de lo anterior, por tanto, por consiguiente...*». O de otro modo: el capítulo precedente era necesario para el conocimiento de estos principios que vienen ahora y justifican plenamente la oración del apóstol.

Y hemos de notar que, a continuación, el apóstol habla en plural: *Los que somos*, es decir, que Pablo no está solo reprendiendo los errores de las conductas individuales, pues, como se indicó en el estudio anterior, existe una tendencia siempre a la unión entre aquellos que funcionan mal y cuando quieren enfrentarse a otros. Es curioso, pero así es nuestra naturaleza: personas antagónicas en todo, pero que se unen haciendo un frente común contra la verdad, contra Dios mismo, y contra lo que Dios ordena (cf. Hch 4:1-7). Así que el apóstol hace hincapié en la necesidad de que los cristianos estén unidos para prevenir y luchar contra el desarrollo de actitudes que conducen a un espíritu partidista y sectario, formando grupos y terminando con la unidad de la Iglesia.

Recuerdo que los *débiles* aquí significan aquellos que tienen un pobre concepto o comprensión de la libertad que Cristo da a su pueblo, lo mismo que en 14:1. En cambio, *los fuertes* son aquellos que tienen una mejor comprensión de la amplitud de sus privilegios cristianos, y son capaces de discernir su liberación de las restricciones impuestas por leyes, costumbres o tradiciones de hombres. Y lo que dice Pablo en los primeros cuatro versículos de este capítulo 15 lo expresamos en forma de principios.

El primero, una vez que aceptamos y comprendemos la variedad y diversidad que hay entre los cristianos, es que hemos de saber e interiorizar que hemos sido llamados a **soportar**: **Los que somos fuertes** [y se espera que todos los cristianos sean cada vez menos débiles] **debemos soportar las flaquezas de los débiles** [que siempre, como los **pobres**, los tendremos con nosotros: cf. Mt 26:11; Mr 14:7; Jn 12:8]. **Debemos soportar**, se nos indica. Esta palabra griega traducida así significa también «sobrellevar, aceptar, cargar, juntarse, tomar algo levantándolo», y se usaba para indicar lo que hacían los portadores que llevaban equipajes, los que ayudaban a los viajeros. También aparece en otros muchos lugares, entre ellos en Gálatas 6:2, donde el apóstol con la palabra **cargas** hace referencia a las enfermedades espirituales, y es la misma que emplea el Señor en Lucas 14:27 donde habla de *llevar* la cruz.

Así que somos llamados a soportar, pero no se nos ordena soportar los caprichos mezquinos o los escrúpulos de los otros, sino soportar en el sentido de dar una ayuda práctica a aquellos que van rezagados, de levantarlos y tomarlos con nosotros. Hemos de soportar o sobrellevar las cargas de los otros, sabiendo que una carga es algo que puede ocasionar una parada o un desmayo al hermano en el camino, incapacitándolo en su peregrinaje. Los fuertes deben esforzarse para ayudar a los débiles. Se nos pide amor para ayudar en la flaqueza o falta de conocimiento, para llevar las dudas y para instruir y alumbrar.

Sería mucho más fácil y rápido dejar al hermano, separarnos de él, pero entonces estaríamos **agradándonos a nosotros mismos**. Y entramos así en el *segundo* principio que encontramos en este mismo versículo primero. Lo enunciamos del modo siguiente: hemos de saber e interiorizar que somos llamados a **no agradarnos a nosotros mismos**.

Los cristianos nos encontramos como los ciclistas en una carrera contrarreloj por equipos. Es el equipo el que tiene que llegar

completo, y no sirve de nada que el mejor de este se adelante dejando a los demás rezagados, pues el tiempo que cuenta para todos es el del último. Si alguien es fuerte, ha de demostrar su fortaleza empujando y ayudando a los débiles. Aparentemente, en aquella iglesia en Roma, los creyentes gentiles habían fallado en este aspecto, mientras que los cristianos judíos eran demasiado agresivos al querer imponerles sus puntos de vista, ante los cuales los gentiles adoptaron una actitud negativa.

No agradarnos a nosotros mismos no significa dejar por completo todo aquello que nos gusta, sino cumplir con el deber de soportar a aquellos que no nos caen bien, a aquellos a los que se tiene antipatía, a aquellos que se empeñan en volver las cosas de Dios de arriba abajo. Así se mostrará evidencia de que formamos parte del grupo que aparece al comienzo del versículo, es decir, de los fuertes (o de los mejor instruidos y con mayor libertad cristiana), soportando las cargas de los débiles.

Esta es la instrucción, pero con ella, ¿debían, entonces, dejar de comer ciertas carnes conforme a los deseos de los débiles?; ¿debían someterse a los escrúpulos de los otros soportando así sus debilidades y ayudándoles en su peregrinaje conjunto?; ¿cómo y qué debía hacerse? La respuesta es: lo que se pide es *una abstinencia autoimpuesta debido a la ignorancia de la verdad*. Este es el sentido de no agradarnos a nosotros mismos. Este era el deber de los cristianos gentiles frente a sus hermanos judíos. Pero, al mismo tiempo, no debían dejarlos en su ignorancia, sino que tenían que mostrarles *más exactamente el camino de Dios*, como hicieron con Apolos Priscila y Aquila (Hch 18:26).

No es fácil, pero debemos intentar ponernos en aquel lugar. Imaginemos que somos Lidia o el carcelero de Filipos. Si es así, toda nuestra vida pasada ha transcurrido en la oscuridad y la idolatría de los griegos. Pero un día, la soberana gracia de Dios abre nuestro corazón para recibir el evangelio, y ahora somos una nue-

va criatura en Cristo Jesús, capacitados para percibir nuestra posición y libertad en Cristo.

Sin embargo, viviendo al lado nuestro, hay una familia de judíos convertidos. Todos ellos han pasado sus vidas leyendo las Escrituras, guardando sus tradiciones, y conociendo la verdad de Dios. Un día, al igual que nosotros, también ellos han recibido a Cristo como el Mesías prometido y como su Salvador personal, aunque se encuentran todavía sujetos a las restricciones de la ley. Y en esta situación, recibimos una copia de esta Carta a los Romanos y leemos el versículo 15:1. La pregunta es: ¿Qué debemos hacer? Y lo que nos indica la palabra es que hemos de comprender que tenemos una obligación con los hermanos judíos, y que Dios quiere que hagamos el esfuerzo de llevarles la luz que ya hemos recibido. La tarea es desagradable, pero Dios nos dice: *No debes agradarte a ti mismo.*

El tercer principio lo tenemos en el versículo siguiente: 15:2: ***Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación***, el cual establece aquello que hemos expuesto antes o, dicho de otro modo, el significado real del 15:1. Esta es obviamente la ampliación de lo anterior en forma positiva, la ampliación de la cláusula negativa del versículo anterior: no hemos de agradarnos a nosotros mismos y quedarnos sin hacer nada, sino al contrario, *agradar a los otros en lo que sea bueno para su edificación.*

Edificar a un hermano (llamado aquí ***prójimo*** según la terminología judía) es ayudarle a crecer en la fe, y esto debe realizarse por medio de la instrucción y la luz de la verdad. Agradarlo y edificarlo al mismo tiempo que lo soportamos, lo cual no significa simplemente acceder a sus caprichos, sino realizar un esfuerzo por promover su conocimiento de las cosas divinas, particularmente de los privilegios y la libertad que Cristo le ha asegurado. Esto puede ser una ingrata tarea, pero debe asumirse porque concierne

a lo que es bueno para el otro (cf. Fil 2:4-8). Y si el otro desprecia tus esfuerzos y te insulta, tu conciencia estará limpia y tendrás la satisfacción de que, honradamente, has cumplido con tu deber y responsabilidad. Es lo que hacen unos buenos padres con sus hijos, sabiendo que en muchas ocasiones estos no los entenderán y los rechazarán.

En el versículo 15:3: **Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: Los vituperios de los que te vituperaban, cayeron sobre mí**, se habla del ejemplo de Cristo, y con él enunciamos el cuarto principio: *estamos llamados a seguir las pisadas de Cristo. Cristo no se agradó a sí mismo y los vituperios cayeron sobre él* (vituperios equivale a *reproches, hablar mal, censurar*). Este versículo nos da una mayor solidez para la interpretación de los anteriores. Lo anterior de **nosotros [...] debemos soportar [...] y no agradarnos a nosotros mismos** es llevado más allá de toda duda por lo que se indica acerca de nuestro Señor.

En su caso, esto significó mucho más que la simple abstención de cosas que le gustaban, y, desde luego, no fue el intento de atraerse la estima de los hombres hacia sí mismo halagando sus prejuicios. Al contrario, siempre estuvo en todas las cosas regulado por la voluntad de Dios, y no eran sus propios deseos los que lo gobernaban, sino los de su Padre. No buscó tener la aprobación de sus seguidores, sino que, más bien, hizo lo que era *bueno para la edificación* de ellos. Y en ese ejercicio de amor, lejos de ser apreciado, llevó sobre sí mismo vituperios y afrentas (cf. Is 53:3-4). Y si el discípulo sigue su ejemplo, no debe esperar otra cosa mejor; **no es más que su maestro** (Mt 10:24-25).

Resumiendo: a menudo será necesario afirmar nuestra libertad cristiana a expensas de incurrir en la censura y la ofensa de buenas personas, pero hemos de cumplir nuestro deber y responsabilidad. Nuestro Salvador consintió en ser llamado quebrantador del día de

reposo, bebedor de vino y amigo de publicanos y pecadores; pero **la sabiduría**, en él, era **justificada por sus hijos** (Mt 11:19). Cristo, en estos casos, no creyó conveniente acomodar su conducta a las normas establecidas como correctas por aquellos que le rodeaban. Él vio que era mejor mostrar indiferencia al modo de actuar de los judíos que conceder sus prejuicios. Y, como no buscaba agradarse a sí mismo, ni que otros lo agradaran, sino que buscaba lo mejor para los demás, actuaba así, lo cual le acarreó vituperios y rechazos.

Pero es mejor ofender o acarrear vituperios que sacrificar los principios o desobedecer a Dios. Y aquí Dios nos manda que no nos agrademos a nosotros mismos, que soportemos a los demás, y que hagamos lo que es bueno para la edificación de ellos.

Y llegamos así a Romanos 15:4: **Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza**; el último versículo antes de la oración que estamos considerando, que contiene *el quinto* principio. La declaración que hay en este parece ser hecha por una doble razón.

Primera, para informar a los santos de que aunque la ley mosaica fue abrogada y el Antiguo Testamento trataba de una dispensación pasada, no por ello dicho Antiguo Testamento puede desecharse. El uso uniforme que los escritores del Nuevo Testamento hacen de él, mostrando en mayor profundidad lo que en él se había apuntado, confirma esto. Todo su contenido sirve para nuestra instrucción en el día de hoy, y los ejemplos de piedad que tenemos en él sirven para estimularnos (*cf.* Stg 5:10).

La segunda razón es que una devota consideración del Antiguo Testamento alimentará en nosotros aquellas virtudes que necesitan ser ejercitadas para cumplir con las exhortaciones anteriores: **paciencia** con aquellos que difieren de nosotros, y **consolación** cuando hayamos cumplido con nuestro deber y hayamos sido re-

chazados. Es lo que vemos en el caso de los profetas y la mayoría de los servidores de Dios en el Antiguo Testamento.

Y, cuando funcionamos así —y es así como debemos funcionar—, cuando hemos cumplido con nuestras obligaciones que hemos visto brevemente en estos dos capítulos, entonces, y solo entonces, podemos buscar y esperar la ayuda de Dios en oración.

En el próximo estudio analizaremos la que ha dado título al mismo, para la cual debemos tener presente lo que se ha indicado en este: hay variedad y diversidad entre los cristianos, y debemos aceptar esto; hemos sido llamados a soportar y sobrellevar; no hemos de buscar las cosas que nos agradan a nosotros mismos, sino al contrario, las que agradan a los demás para su edificación; y hemos de seguir el ejemplo de Cristo en todo, aunque eso nos acarree desprecios, buscando en las Escrituras aquellas enseñanzas que servirán para que desarrollemos la paciencia de unos para con otros, y la consolación cuando seamos rechazados.

Y funcionando así, podemos y debemos acercarnos a Dios, *el Dios de la paciencia y de la consolación* para que nos *dé entre nosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquemos al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo*. ¡Que así sea!

5

ORACIÓN POR UN MISMO SENTIR V LA GLORIA DE DIOS

Romanos 15:5-6.

Lectura introductoria: Jueces 2:18-19

Y cuando Jehová les levantaba jueces, Jehová estaba con el juez, y los libraba de mano de los enemigos todo el tiempo de aquel juez; porque Jehová era movido a misericordia por sus gemidos a causa de los que los oprimían y afligían. Mas acontecía que al morir el juez, ellos volvían atrás, y se corrompían más que sus padres, siguiendo a dioses ajenos para servirles, e inclinándose delante de ellos; y no se apartaban de sus obras, ni de su obstinado camino.

Con el presente estudio vamos a concluir la exposición de la que hemos llamado *Oración por un mismo sentir* y que encontramos en Romanos 15:5-6. La concluimos, pero, al mismo tiempo, comenzamos con la oración propiamente dicha, ya que, en los días anteriores hemos estado considerando aquellos principios que nos indica el apóstol y que debemos esforzarnos por cumplirlos como mandamientos de Dios que son, antes de poder acercarnos al propio Dios con esta oración necesaria.

Muchas veces se encuentra este orden en las Escrituras: mandamientos de Dios que superan nuestras capacidades y que, de forma natural, llevan a los cristianos a orar cuando se toman en serio. O podemos expresarlo al contrario: muchas veces los cristianos no

oran como deben porque olvidan o no consideran lo que Dios ordena ni la fuerza mandatoria en lo que Dios ordena.

En cuanto a la oración que nos ocupa, todos los principios del capítulo 14 dijimos que eran necesarios para llegar a los que se encuentran al comienzo del capítulo 15, y todos tienen el propósito de inculcarnos la necesidad de mantener la unidad en la Iglesia y de esforzarnos por la comunión, el respeto y la estima mutuas. Y hemos visto que el apóstol, a medida que ha ido avanzando, nos ha llevado a fijarnos en el Señor Jesucristo: para él debemos hacer las cosas, ante él hemos de comparecer, su Reino tiene unas características determinadas, de sus súbditos espera cierta forma de proceder, y en él tenemos el ejemplo supremo de mansedumbre, humildad y abnegación.

Ahora bien, e incluso si añadimos los ejemplos de hombres y mujeres de Dios que se encuentran en *las Escrituras* y en los que encontramos *paciencia* y *consolación*, todo esto no es suficiente. No solo necesitamos ver, recordar y meditar; nuestra fortaleza es poca para este asunto tan contrario a nuestros deseos y tendencias carnales, y es por eso por lo que, de forma natural, surge la oración del apóstol, tal como debe surgir en nosotros. Y, como también indica Pablo en otra de sus cartas, nuestro esfuerzo por la unidad y nuestras oraciones por ella y por gracia para ella, deben ser ***para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en nosotros, y nosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo*** (2 Ts 1:12).

Hagamos la lectura de la Palabra y pidamos la bendición de Dios.

Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ro 15:5-6).

Oración personal a Dios.

1. MOTIVOS DE ORACIÓN

Por todo lo expresado anteriormente, el apóstol nos enseña aquí que, si hemos cumplido con el deber MENCIONADO y nos estamos esforzando en los principios expuestos, podemos esperar la ayuda de Dios en oración, podemos esperar que Dios conteste a nuestra oración.

Hemos de ser conscientes de que Dios es el único que puede darnos éxito en esto, y de que, si no buscamos su gracia de forma seria y definitiva, el fracaso en mantener la unidad de la Iglesia estará asegurado. Hemos de ser conscientes que hay pocas cosas que hagan a la mayoría de las personas resentirse tanto como el que se pongan en entredicho sus creencias religiosas, sus costumbres religiosas, y todo el bagaje de su vida religiosa, cosas que llevan a pensar, hablar, vivir y actuar de una forma determinada. Y hemos de tener presente que todos tenemos prejuicios de corazón que deben ser vencidos, y que, aunque alguien pueda ser convencido de su error, puede seguir con la misma opinión y conducta durante mucho tiempo.

Por tanto, *el primer motivo* que debemos incluir en nuestras oraciones es el de pedir a Dios que nos haga *conocer nuestros propios prejuicios y el poder que necesitamos para vencerlos*.

Hemos de ser conscientes de ellos y hemos de luchar contra ellos antes de intentar ayudar o convencer a otros hermanos para que venzan los suyos. Hemos de ser muy conscientes de nuestras limitaciones y de la posibilidad de pecar cuando nos acercamos para ayudar al hermano, y hemos de pedir a Dios, como David, que nos haga ver nuestros propios errores y prejuicios. Sus oraciones pueden y deben ser también las nuestras: *¿Quién podrá entender sus propios errores? Librame de los que me son ocultos*.

Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión (Sal 19:12-13). **Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos. No sean avergonzados por causa mía los que en ti confían, oh Señor Jehová de los ejércitos; no sean confundidos por mí los que te buscan, oh Dios de Israel** (Sal 69:5-6).

Si esto lo hemos hecho, si soy consciente de que debo comenzar conmigo mismo, y lo hago y lo continuo haciendo, el paso siguiente, *el segundo motivo* de oración, ya que somos conocedores de nuestras propias debilidades y pecados, es el de *pedir a Dios con fervor mucha gracia para exhortar a los otros y ayudarlos a vencer*.

Estamos llamados, como hemos visto, a acercarnos a los demás para ayudarlos en su edificación, pero se necesita mucha gracia para, cuando al tratar con malas *costumbres* (1 Co 15:33), pecados, errores, etc., no actuar nosotros mismos según *la carne* (Gá 5:13), ni dar *lugar al diablo* (Ef 4:26-27), ni sembrar semillas de *discordia* (Pr 6:16,19), ni generar raíces *de amargura* (He 12:14-15), causando así más daño que bien. Esta gracia, por tanto, debemos pedirla cada uno personal y fervientemente.

En tercer lugar, hemos de saber también que no basta en nosotros con que tengamos celo por las cosas santas y deseemos ayudar a nuestros hermanos, pues hay un *celo* que **no es conforme al pleno conocimiento**, tal como el que tenía el propio apóstol Pablo antes de ser llamado (Ro 10:1-2 LBLA). Hemos de saber que puede haber un ardor en nosotros que es simplemente natural y no producido por el Espíritu Santo.

Por tanto, si he de cumplir con mi responsabilidad de llevar a otros la luz que ya he recibido y tengo razones para creer que no la van a aceptar, (estas razones se adquieren por la experiencia), necesitamos pedir a Dios mucha ayuda y mucha gracia para eje-

cutar dicha tarea correctamente. Hemos de tener presente lo que indicó Salomón: *El corazón del sabio discierne el tiempo y el juicio. Porque para todo lo que quisieres hay tiempo y juicio; porque el mal del hombre es grande sobre él* (Ecl 8:5-6).

Y así, pues, *el tercer motivo* de oración debe ser el de pedir a Dios *sabiduría para discernir en nosotros mismos el celo no santo* que puede acompañarnos, sabiduría para ser guiados en aquello que hemos de decir.

Un cuarto motivo en nuestras oraciones es pedir también a Dios *amor, humildad, y sabiduría para discernir cuándo es el momento oportuno para acercarnos al hermano y cómo debemos hacerlo.*

Esto es fácil de entender, pero también fácil de olvidar.

Necesitamos pedir amor, que Dios nos llene de su amor, para actuar solamente buscando el bien del otro, sabiendo que no tenemos otros motivos más o menos ocultos para hacerlo. A veces podemos acercarnos al hermano para «caer encima», para demostrar su equivocación, para mostrar nuestra sabiduría, por orgullo, soberbia, engreimiento, y un largo etcétera, cosas que nada tienen que ver con el verdadero amor que busca el bien del hermano (*cf.* Ro 12:9-10). En este sentido es muy necesario que tengamos presentes las palabras de 2 Pedro 1:5-7, donde se nos habla de una serie de virtudes necesarias para poder practicar el amor correctamente.

Al mismo tiempo, necesito pedir a Dios que imprima de nuevo en mi corazón el hecho de saber que, si tengo algo y ese algo puede ser un poco de luz, es porque de él lo he *recibido* (1 Co 4:7). Hemos de ser conscientes que si no estamos en la misma situación y condición del hermano es, simplemente, por la gracia de Dios, y he de pedir a Dios que me dé fuerzas para someter mi orgullo cuando me aproximo a mi hermano, y que me ayude a hacerlo con un espíritu de humildad.

Y está claro que también necesitamos pedir a Dios que nos muestre cuándo es el tiempo adecuado para acercarnos al hermano, porque ***todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora*** (Ecl 3:1). Como se nos indica en Proverbios 15:23: ***La palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!***, pero «a su tiempo», no al nuestro, y para ello hemos de pedir a Dios que nos lo muestre.

Creo que todos hemos tenido experiencias de equivocaciones en los primeros tiempos de nuestra conversión. A veces hemos forzado las situaciones para hablar del Señor a otras personas, y luego nos hemos dado cuenta de que eso no ha servido para nada. Por el contrario, cuando ha sido el propio Señor quien ha dispuesto la ocasión, todo ha ido sobre ruedas.

Así que, en este sentido, aconsejo que se anoten en algún sitio aquellos motivos que se crean necesarios para compartir, exhortar y ayudar a los hermanos, con el fin de que no se olviden, y que se ore para que Dios disponga el momento oportuno, estando muy atentos para cuando esto suceda. No ir directamente al hermano con el motivo en cuanto surja, sino esperar en oración para que Dios disponga la ocasión oportuna.

Como consecuencia de lo anterior, *el quinto motivo* de oración debe ser el de pedir a Dios también para *que no nos olvidemos de ir a él antes de acercarnos al hermano*. Esto se puede olvidar, y hemos de incluirlo en nuestras oraciones, porque necesitamos la gracia de Dios en un doble sentido: en lo que concierne *a nosotros*, para hacer un examen sincero de nosotros mismos y recibir la gracia, la sabiduría, el amor y la humildad necesarias, y también en lo que concierne *al hermano*, para que el propio Dios prepare el suelo para la semilla, para la tarea que queremos hacer, para que la gracia llegue también a su corazón y lo haga receptivo para la verdad que queremos llevarle, eliminando también sus propios prejuicios.

Todo esto son cosas —podemos decir— preliminares a la oración que estamos analizando, pero que debemos incluir en nuestras propias oraciones.

Ahora, observemos el carácter particular con que el apóstol se dirige a la Deidad: ***El Dios de la paciencia y de la consolación***. El apóstol, igual que ha hecho en el versículo anterior al referirse a las Escrituras, escoge aquellos atributos de Dios que son los más adecuados para la petición que está presentando, que no es otra que Dios conceda la paciencia y el consuelo que se necesitan cuando hay diferencias de juicios y opiniones. Y es bueno que nosotros actuemos también así, trayendo a nuestras mentes los atributos de Dios más acordes a nuestras peticiones o necesidades. Por tanto, este debe ser el siguiente *motivo* de petición, *el sexto*, en nuestras oraciones: *pedir a Dios paciencia y consolación para la tarea que nos ordena de soportar, de agradar para la edificación, de llevar vituperios, etc.*

La gracia de la paciencia es necesaria entre los hermanos que disienten, y la consolación también lo es para llevar las flaquezas de los débiles y los posibles vituperios. Y hemos de pedir ambas cosas en oración.

El Padre es contemplado aquí como ***el Dios de la paciencia y de la consolación*** por tres razones: porque es el autor de estas virtudes, porque es él quien nos pide que las ejercitemos en nosotros (*cf.* Ef 5:1), y porque nosotros debemos buscar constantemente en él el fortalecimiento en las mismas. En el **versículo 4** hemos visto que la paciencia y la consolación están conectadas con la fe en las Escrituras, que son —podemos decir— el conducto por el que nos llega. Pero aquí se nos indica que es Dios mismo la Fuente, el Manantial de donde provienen.

A continuación, llegamos a la petición concreta de la oración: ***El Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir***. Esta petición del apóstol también debemos ha-

cerla nuestra, es *el séptimo motivo* de oración, pero hemos de explicarlo un poco.

El mismo sentir no significa que todos seamos iguales, pero sí que tengamos armonía y unidad. No es posible que todos pensemos igual porque, como ya se indicó, somos distintos por naturaleza, circunstancias y espiritualidad. ¿Cómo pueden tener los niños en Cristo la misma medida de luz en las cosas espirituales que los cristianos maduros? Esto no es posible, y el apóstol no indica que los santos veamos lo mismo en cada detalle; no es posible en esta vida ni podemos esperar que se dé. Lo que se pide es que el amor de los unos hacia los otros prevalezca con fuerza incluso cuando existan diferencias de opiniones en cosas menores.

Lo que nos indica Pablo, y el propio Señor, es que las disputas deben cesar, la paciencia debe darse, y el amor debe ejercitarse y prevalecer. Se nos pide que luchemos por la unidad, y se nos dice que esta puede y debe darse, a pesar de los diferentes puntos de vista, y que debemos aprender a disfrutar juntos de las ventajas y las delicias del compañerismo cristiano.

Pero no es suficiente con que tengamos este mismo sentir, pues se nos indica a continuación: ***Un mismo sentir según Cristo Jesús***. Un mismo sentir que no fuera ***según Cristo Jesús*** no serviría para nada; es más, podría ser hasta pecado, como sucedió en Babel (cf. Gn 11:3-4). Y aquí tenemos el siguiente *motivo*, *el octavo*, que debemos incluir en nuestras oraciones: *pedir que crezca en nosotros el sentir de Cristo Jesús*.

¿Y qué significa esto?; pues hemos de saber lo que pedimos.

El sentir según Cristo Jesús significa, desde luego, «*según el ejemplo de Cristo Jesús*», y baste recordar cómo trató el Señor las torpezas y las discusiones de sus discípulos, con qué paciencia y consolación (cf. Mr 9:33-34, cuando momentos antes les había anunciado su muerte: v. 31). Pero hay un par de cosas más en estas palabras. La primera es que debemos ser del ***mismo sentir según***

Cristo Jesús porque así lo ha ordenado él, así es su *ley, la ley de Cristo* del amor de *unos para con otros* (Jn 13:35; Gá 6:2). La segunda es que debemos mirar a Cristo haciendo que él sea el centro de nuestra unidad, comprendiendo que luchamos por la unidad porque eso es lo que el propio Cristo pide también al Padre y desea (cf. Jn 17:21-23).

Repito de nuevo que la unidad ha de ser en torno a Cristo, en torno a la verdad, porque son una unidad y una armonía malditas las de aquellos que se alían para entregar *su poder y su autoridad a la bestia* (Ap 17:13). En este caso, la unidad no es *según* Cristo Jesús, sino *contra* Cristo Jesús.

Creo que no se necesita más comentario para estas palabras que el que encontramos en Filipenses 2:2-8, en el cual debemos meditar con frecuencia: *Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

Pero hay tal riqueza en las Escrituras que lo indicado anteriormente no agota el significado de la frase *según Cristo Jesús*. También debemos considerar estas palabras a la luz de lo que las precede y verlas como una parte de la propia petición. El apóstol ha pedido que Dios pueda mantener la unidad en aquellos cristianos tan distintos entre sí, cuya condición por naturaleza es la que encontramos descrita en Tito 3:3. Esta bendición pedida es deseada-

ble, pero no es algo que se pueda reclamar como un derecho, sino algo que se espera que Dios conceda. Y al añadir las palabras **según Cristo Jesús** el apóstol está poniendo la base de todo el argumento: si nos acercamos a Dios para pedir algo, cualquier cosa que se nos concede o se nos pueda conceder es sobre la base de los méritos de Cristo Jesús.

Y, finalmente, un último significado es que debemos pedir esta unidad y este mismo sentir entre nosotros por el honor y la gloria de Cristo Jesús; es decir, que por encima de las bendiciones y el bienestar que podemos obtener por dicha unidad, hemos de pedir por ella y luchar por ella buscando la gloria del nombre de Cristo Jesús.

Este es el significado completo del **sentir según Cristo Jesús**: por imitación de Cristo Jesús siguiendo su ejemplo, por obediencia a Cristo Jesús y a su ley, porque Cristo Jesús ha de ser el centro de nuestra unidad, por los méritos de Cristo Jesús, y por el honor y la gloria de su nombre.

Y llegamos así al **versículo 6**, donde se muestra el gran objetivo de todo lo que hemos visto. Debemos recibírnos los unos a los otros, no vivir para nosotros mismos, preocuparnos por lo esencial del Reino de Dios, decidir no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano, seguir lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación, soportar las flaquezas de los débiles, no agradarnos a nosotros mismos, agradar a los hermanos en lo que sea bueno para su edificación, ejercitar el amor, la paciencia, y luchar por mantener la paz, con el objetivo de glorificar juntos **al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**.

Por tanto, *el noveno motivo* en nuestras oraciones debe ser *que Dios sea glorificado en nosotros porque mostremos el amor, la paciencia, la unidad, la concordia y el espíritu unánime de adoración*.

El Dios que nos ha dicho que no va a recibir ninguna ofrenda mientras que no estemos en paz con nuestros hermanos (*cf. Mat*

5:23-24), tampoco aceptará la oración o la alabanza conjunta de una compañía de creyentes donde haya divisiones. Se requiere, pues, de algo más que estar juntos en un lugar, bajo un mismo techo, en el que incluso se comparte el pan y el vino (*cf.* 1 Co 11:18-20). No se puede tener *una misma voz* a menos que antes se tenga una misma mente y un mismo sentir. La lengua que se usa para juzgar y murmurar en privado no se puede compaginar con el canto conjunto y las oraciones unidas a Dios (*cf.* Stg 3:9-12).

Aquí **Dios** el **Padre** se menciona explícitamente para que recordemos nuestra relación familiar: todos los cristianos somos sus hijos, y por eso debemos morar juntos en paz y en amistad como hermanos y hermanas. Fijémonos también que dice Pablo: **El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**, no *del* Señor Jesucristo, lo cual recalca e intensifica la idea misma de familia, tal como la tenemos en la oración del Padrenuestro.

Podemos estar divididos en pequeñas cosas menores, tales como la alimentación u otras, pero no podemos estar divididos en nuestra adoración y oración a Dios. Debido a la paciencia y a la consolación que proceden de Dios, podemos estar juntos en oración aquellos que tenemos distintas opiniones en temas menores. Esta es la verdadera unión cristiana. Por eso se indica a continuación en el **versículo 7**: **Por tanto, recibíos los unos a los otros, como también Cristo nos recibió, para la gloria de Dios.**

Y con esto llegamos al *décimo* y último, principal y fundamental *motivo* que debemos tener en nuestras oraciones: *debemos pedir a Dios que la búsqueda de su gloria sea el principal objetivo de nuestras vidas*. Si nos recibimos los unos a los otros, que sea para la gloria de Dios, pues Cristo también nos recibió con esa misma intención. Y si hacemos cualquier cosa los unos con los otros, o cualquier cosa en general, debemos hacerlo **todo para la gloria de Dios** (1 Co 10:31).

Esta no es una exhortación para una clase selecta de cristianos, sino para los fuertes y para los débiles juntamente. Aquí se nos indica de nuevo que hemos de ignorar las diferencias menores. Y, de igual modo que Cristo recibe a todo aquel que cree verdaderamente en el evangelio, todos los cristianos debemos también recibirnos con el amor y la gracia con que hemos sido recibidos. Si Cristo acepta a las personas con todos sus pecados sin mirar sus puntos de vista en las cosas secundarias, también nosotros estamos llamados a hacerlo.

Así, Dios es glorificado, y así es como debemos orar y actuar.
¡Que Dios nos ayude en esta tarea! Amén.

6

ORACIÓN POR GOZO, PAZ Y ESPERANZA I PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Romanos 15:13

Lectura introductoria: Salmo 22:4-5,27-28,30-31

En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y fueron librados; confiaron en ti, y no fueron avergonzados [...]. Se acordarán, y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti. Porque de Jehová es el reino, y él regirá las naciones [...]. La posteridad le servirá; esto será contado de Jehová hasta la postrera generación. Vendrán, y anunciarán su justicia; a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto.

En este capítulo comenzamos con el estudio de una nueva y pequeña oración que encontramos también en la Carta del apóstol Pablo a los Romanos, capítulo 15, versículo 13, y que hemos titulado *Oración por gozo, paz y esperanza*. Estas tres cosas pide a Dios aquí el apóstol por aquellos hermanos en Roma, y espero —y es mi oración a Dios también— que, después de considerarla, todos nosotros las incluyamos en nuestras oraciones y crezcamos en esas preciosas virtudes para dar con ellas, con gran gozo, en paz con Dios, y con esperanza creciente, ***gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el***

cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados (Col 1:12-14).

Como en las oraciones precedentes, indicamos que la tabla que sirve de resumen al estudio que vamos a realizar se encuentra al final de esta publicación, la cual puede servir para el recuerdo rápido del mismo una vez que se haya concluido con él.

Procedemos, pues, a la lectura de la Palabra de Dios, en este caso de un solo versículo, y pedimos con gozo y con paz su bendición, la cual esperamos se nos conceda.

Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo (Ro 15:13).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

En esta ocasión no necesitamos detenernos tanto en el contexto porque es esta una oración que se encuentra casi a continuación de la que hemos visto en los capítulos anteriores de la presente publicación. Así que basta recordar aquellos principios y motivos que hemos considerado en los capítulos 14 y en los primeros versículos del capítulo 15, y decir algo más acerca de los versículos 8 al 12 que preceden al que estamos considerando.

El apóstol estaba tratando una situación que amenazaba con dividir a los hermanos en Roma y, para evitarla, dio una serie de instrucciones que llegan a su conclusión en los primeros versículos del capítulo 15. Allí indica que los cristianos estamos llamados a soportar, a no agradarnos a nosotros mismos y a agradar a los otros para edificación, siguiendo así el ejemplo de Cristo y encon-

trando paciencia y consolación en los múltiples casos y personas que pueden verse en las propias Escrituras.

Después de esto, el apóstol hizo su oración, en la cual pidió al **Dios de la paciencia y de la consolación** para que concediera a los santos en Roma **un mismo sentir según Cristo Jesús (v. 5)**, de modo que la amistad, la armonía, la concordia y la unidad pudieran prevalecer entre ellos a pesar de sus diferencias en cosas menores. Y todo ello con el fin último y principal que siempre debe tenerse presente de glorificar **unánimes, a una voz, al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo**.

Y de esta oración de Pablo obtuvimos una serie de motivos que debemos hacer nuestros incorporándolos a nuestras oraciones, tales como pedir a Dios poder ver mejor nuestros propios pecados, gracia para acercarnos a exhortar a los hermanos, amor, humildad y sabiduría para esta tarea, que no nos olvidemos de acercarnos a él antes que al hermano, paciencia y consolación cuando nos esforcemos por mantener la paz, que seamos de un mismo sentir según Cristo Jesús, que Dios sea glorificado con nuestras conductas, y que su gloria sea nuestro principal objetivo.

Una vez recordado esto, debemos considerar ahora *el contexto precedente más inmediato* respecto a nuestra oración.

En los **versículos 8 y 9a** leemos: **Pues os digo, que Cristo Jesús vino a ser siervo de la circuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres, y para que los gentiles glorifiquen a Dios por su misericordia**. Vemos que aquí el apóstol les recuerda que la obra de la redención incluye no solo a los judíos, sino también a los gentiles, y que el propósito eterno de Dios respecto a su elección comprende a personas de ambas partes de la raza humana.

A continuación, y con el fin de demostrar su argumento, hace referencia a cuatro pasajes del Antiguo Testamento tomados respectivamente de la Ley, los Salmos, y los Profetas, las cuales eran

las secciones principales en que se consideraba dividida la Palabra de Dios entonces, como indica el propio Señor en Lucas 24:44.

Leemos los versículos 9b al 12: ***Como está escrito: Por tanto, yo te confesaré entre los gentiles, y cantaré a tu nombre. Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo. Y otra vez: Alabad al Señor todos los gentiles, y magnificadle todos los pueblos. Y otra vez dice Isaías: Estará la raíz de Isaí, y el que se levantará a regir los gentiles; los gentiles esperarán en él.*** Estas palabras hacen referencia respectivamente a 2 Samuel 22:50 (que se repiten en el Salmo 18:49, escrito por David), Deuteronomio 32:43 (escrito por Moisés), Salmo 117:1 (de autor desconocido), e Isaías 11:10. Los tres primeros pasajes son cánticos, pero también lo es el último, pues en él la palabra ***buscada*** (***la raíz de Isaí*** que se profetiza sería ***buscada***) denota una acción decidida hecha con alegría, y el apóstol quiere dejar claro que la unión entre los distintos creyentes es motivo de gozo, y que deben estar gozosos por la unidad que el Señor Jesucristo ha conseguido para ellos.

Podemos comprobar que aquí se habla de los gentiles unidos a los judíos en la salvación y en los propósitos de Dios, y el apóstol les recuerda esto a aquellos hermanos de la iglesia en Roma. Por tanto, los cristianos judíos no debían alterarse por tener que recibir a sus hermanos gentiles, de igual modo que estos últimos no debían menospreciar a los primeros por sus estrechos puntos de vista. Y como este tema era muy delicado, el apóstol concluye esta sección de la carta acercándose de nuevo al trono de la gracia para pedir por ellos, mostrando así el amor y la solicitud que les tenía, y dando a entender, de nuevo, que solamente Dios puede impartir la gracia que se necesita para obedecer sus mandamientos.

Si nos paramos un momento para ver la conexión entre la oración del **versículo 13** que nos ocupa y estos versículos precedentes, podemos obtener buenas lecciones para nosotros.

La primera tiene que ver con la divina inspiración de las Escrituras, pues la conexión demuestra cómo ellas provienen de un Autor Omnisciente que prevé todas las cosas que han de suceder de manera inerrante. Dios no se equivoca cuando habla del futuro.

La segunda tiene que ver con la voluntad de Dios, pues Dios no solo sabe lo que va suceder sino que lo ha decretado eternamente y, por tanto, inevitablemente ha de suceder. Dios lo ha dicho, Dios no se equivoca y Dios lo cumple (cf. Nm 23:19).

La tercera tiene que ver con una enseñanza moral y práctica para nosotros, pues, del mismo modo que se cumplieron estas Escrituras, también se cumplirán aquellas otras que nos hablan de juicios, amenazas, peligros de cosas que deben evitarse y males que deben rechazarse, para no caer bajo la ira de Dios, así como las que son bendiciones prometidas por la divina providencia, a las cuales hemos de echar mano por la fe y de las que debemos esperar su cumplimiento.

Y Pablo realiza aquí esta conexión entre los pasajes del Antiguo Testamento y su oración considerando este tercer punto de vista: el cumplimiento de las promesas del Señor, algo muy necesario para que nosotros tengamos presente en las múltiples circunstancias que nos toca vivir.

El último versículo citado —el **versículo 12**— está tomado de una de las más grandes profecías mesiánicas, como podemos leer en todo el capítulo 11 de Isaías. Esta profecía, al escribirse, no se sabía cuándo sería su cumplimiento, pero Pablo es movido por el Espíritu Santo para indicar que la predicción del versículo citado de Isaías se estaba cumpliendo ahora. En el escrito del profeta se habla de que *la raíz de Isaí* [...] sería *buscada por los pueblos* [...] *por las gentes*, es decir, por judíos y gentiles, pero ahora Pablo, inspirado por el propio Espíritu Santo, habla de la esperanza de los gentiles, de que *los gentiles esperarán en él*.

Ambas cosas —el buscar con fe y la esperanza— están íntimamente relacionadas, tal como podemos leer en Hebreos 11:1, pero hay una diferencia entre ellas. La fe tiene más que ver con todo lo que Dios ha dicho, tanto en lo que concierne al pasado, como al presente y al futuro, todos sus juicios, todas sus amenazas y todas sus promesas, mientras que la esperanza mira únicamente al cumplimiento futuro. La fe tiene que ver con la Palabra —podemos indicar— *prometedora*; mientras que la esperanza se relaciona más con la cosa *prometida*. La fe es una creencia de que Dios hace todo lo que ha dicho; la esperanza es una confiada certeza del cumplimiento de sus promesas.

La mayoría de los cristianos de hoy adolecen más de falta de esperanza que de falta de fe, aunque ambas cosas vayan unidas, y en algunos casos la carencia de la primera puede mostrar la falta de la segunda, es decir, que la persona no sea cristiana, aunque afirme serlo. Creo que todos nos quedamos cortos en cuanto a esperanza y, por tanto, aún más nos quedamos cortos en *abundar en esperanza*, tal como pide Pablo. Y lo mismo puede indicarse respecto del gozo y la paz: cortos también en estas virtudes, y, desde luego, *no llenos de todo gozo y paz en el creer*. Por lo tanto, de nuevo volvemos a comprobar la pertinencia de esta oración para nosotros los cristianos en el día de hoy.

También debemos indicar algo acerca del *contexto un poco más lejano* a esta oración.

Está claro que si Dios no se hubiera revelado en la Palabra no tendríamos ningún fundamento de esperanza. Pero las Escrituras son ventanas de esperanza para nosotros. Así lo leemos en 15:4, donde hemos hablado de la paciencia y la consolación de estas, pero ambas cosas, paciencia y consolación, son para que *tengamos esperanza*. Por tanto, *el Dios de esperanza (v. 13)* se revela en su Palabra con el fin de inspirarnos esperanza, y si creemos con fe que podemos ser llenos de gozo y de paz,

es porque creemos con esperanza lo que Dios nos ha dicho en su Palabra.

Antes no teníamos ninguna base verdadera para la esperanza, pero ahora Dios mismo, como se ha revelado en la Biblia, debe ser nuestra confianza y esperanza. Por medio de la Palabra de Dios, el apóstol descubre que había esperanza para los gentiles, y de igual modo, cualquier persona que tenga una carga importante en su corazón por su pecado puede encontrar un sólido consuelo si cree con esperanza lo que en ella se constata. Cada promesa divina está calculada para inspirar esperanza en los creyentes. Todas ellas son para que tengamos un seguro fundamento en el cual descansar, como dice el escritor de Hebreos: *Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec* (He 6:17-20).

Y aun si nos vamos un poco más lejos en el contexto, debemos decir que esta oración concluye la sección de la epístola que comenzó en 14:1, donde el apóstol trata de aquella desgraciada división que se estaba produciendo en los cristianos en Roma. Hemos visto que, sin mostrarles de forma explícita lo equivocado que estaban, Pablo ha ido exponiendo una serie de principios para cada uno de los grupos en la iglesia, de modo que sus conductas se ajustaran a los mismos. El amor cristiano y la libertad cristiana debían ir juntos, y después de poner el ejemplo del propio Señor Jesucristo (v. 7), muestra ahora que ambos, judíos y gentiles, ocupan el mismo lugar en la palabra

de la profecía y que, por tanto, deben crecer juntos en gozo, paz y esperanza.

Por decirlo de otro modo, Pablo los abraza por igual en su corazón, pues sabe que ambos participan de las mismas bendiciones, y suplica que ambos grupos y cada uno individualmente sean llenos de dichas bendiciones —el gozo, la paz y la esperanza— con las cuales desaparecerían las disputas entre ellos. Así que Pablo pone ante Dios a todos ellos: los más cerrados y los más abiertos, y pone también a los unos frente a los otros haciéndoles ver que todos son iguales ante Dios.

Y, con todo esto, podemos entrar en los principios para nosotros, que se encuentran resumidos en la hoja del bosquejo.

2. PRINCIPIOS ESENCIALES PARA NUESTRAS VIDAS

Pueden indicarse varios.

En primer lugar, el empleo que debemos hacer de los nombres, de los títulos y de los atributos de Dios que son más adecuados para nuestras oraciones, que son más acordes con nuestras peticiones, pues esto nos dará ánimo y aliento en todo lo que concierne a ellas al recordar esas cualidades concretas del Dios a quien nos dirigimos. En la oración anterior, Pablo hizo referencia a *la consolación* y a *la paciencia* que provienen de Dios porque era eso lo que se necesita para mantener la unidad (v. 5), mientras que ahora habla del *Dios de esperanza*, al cual pide que los *llene de todo gozo y paz en el creer*, porque es esa esperanza común en el futuro la que se precisa para ahora estar juntos con gozo y paz.

El Dios de esperanza es al mismo tiempo y además el Objeto de nuestra oración como el Autor y Fuente de toda esperanza. Él es quien ha preparado las bendiciones y las promesas que son nuestra esperanza, quien las ha puesto ante nosotros en el evange-

lio, y quien, por el poder del Espíritu Santo, nos ha capacitado para comprender y creer el evangelio.

Por todo esto, es Dios quien despierta y pone en acción nuestra fe para asegurar la esperanza. Esta era la oración de Pablo: que aquellos santos pudieran abundar en esta gracia, y con esta carga se dirige a Dios como corresponde.

En segundo lugar, lo bueno y acertado que es para nosotros mirar al **Dios de esperanza** (este atributo de Dios) con esperanza y para esperanza. Este atributo tiene un especial significado para los gentiles, los cuales, si nos fijamos, se mencionan explícitamente así, **gentiles**, cinco veces en los versículos precedentes. Y recuerdo que nosotros formamos parte de estos gentiles.

La fuerza del razonamiento podemos considerarla si leemos Efesios 2:11-12, donde se nos recuerda la situación en la que nos encontrábamos: **Sin Cristo**, sin conocimiento de Cristo, **ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo**. Pero la encarnación de Cristo ha cambiado esto radicalmente, y sabemos que el objetivo de su misión no estaba restringido a Palestina, sino que era para todo el mundo. Cristo derramó su sangre expiatoria para pecadores de todos los pueblos y naciones. Por eso el apóstol ha recordado a los santos en Roma que Dios dice: **Alegraos, gentiles, con su pueblo (v. 10)**, porque Dios ha llegado a ser también para ellos, para nosotros, ahora **el Dios de esperanza**.

Cristo era el Mesías prometido y esperado, y con él llegó **la consolación de**, y para, **Israel** (Lc 2:25). Pero **Cristo** es también nuestra **esperanza, esperanza de gloria** para nosotros los gentiles (Col 1:27), y a ese Cristo y a ese Dios de esperanza hemos de acercarnos para ser llenos de esta.

En tercer lugar, el empleo que debemos hacer de las promesas divinas, pidiendo con humildad a Dios su cumplimiento, creyendo que son ciertas y, como dice Pedro, **preciosas y grandísimas** (2 P 1:4). Es lo que el apóstol nos muestra también aquí: que llevemos

esas promesas con fe en nuestras oraciones pidiendo a Dios que las haga una realidad. La Biblia está llena de promesas y creo que, en general, hacemos poco uso de ellas. Pero de igual modo que Dios se acerca a nosotros con ellas, es nuestro privilegio acercarnos a él mostrándole sus propias promesas en petición, pidiéndole humildemente que haga tal como ha dicho: ***Venga a mí tu misericordia, oh Jehová; tu salvación, conforme a tu dicho*** [...]. ***Llegue mi oración delante de ti; líbrame conforme a tu dicho*** (Sal 119:41,170).

Aquellas antiguas profecías eran promesas seguras de lo que Dios se proponía hacer con los gentiles en su gracia. Por tanto, tan pronto como el apóstol las ha citado, dobla sus rodillas ante Dios mostrando a aquellos cristianos y a nosotros mismos cómo hemos de pedir de forma práctica.

En relación con esto recomiendo que leáis un libro de C. H. Spurgeon, titulado *Libro de cheques del banco de la fe*, en el que el autor hace una recopilación de muchas promesas de Dios y las presenta como un devocional para ser leído cada día. En el prefacio del libro dice:

Una promesa de Dios se puede comparar con un cheque a nombre de quien lo recibe. Se le ha dado al creyente con miras a otorgarle algún beneficio, no para que la lea tranquilamente y nada más [...] el creyente debe considerar la promesa como una cosa real: como los hombres consideran los cheques.

Debe tomar la promesa y poner su firma debajo, recibéndola personalmente como verdadera. Debe aceptarla como suya por la fe. Debe rubricar que Dios es verdadero y fiel en cuanto a aquella promesa en especial. Debe ir más allá, y creer que la bendición es suya, puesto que tiene la promesa segura de ella y, por tanto, pone su nombre debajo para atestiguar que recibe la bendición.

Hecho esto, debe presentar al Señor dicha promesa como un hombre presenta un cheque en el banco. Tiene que reclamarla me-

diante la oración, esperando que se cumplirá [...] si no hubiera llegado aún la fecha del pago tendrá que esperar pacientemente hasta que esta llegue; pero entretanto, debe considerar la promesa como dinero contante y sonante, porque existe la plena garantía de que el Banco pagará en la fecha debida. Algunos dejan de poner en el cheque la firma de la fe, y no tienen nada; otros ponen la firma, pero no presentan el cheque, y tampoco reciben cosa alguna. No es culpa de la promesa, sino de los que no actúan de una manera sensata y práctica en cuanto a ella.

Dios no ha dado nunca una palabra que no cumpla, ni alentado una esperanza que no vaya a cumplir [...] la vista de las promesas mismas es buena para los ojos de la fe; cuanto más estudiamos las palabras de gracia, más gracia obtenemos de las palabras [...] los siervos de Dios lo glorifican cuando confían en él. Nunca podremos ser demasiado hijos de nuestro Padre celestial. Nuestros niños, una vez que les hemos hecho una promesa, no dudan de nuestra voluntad o poder; se gozan esperando su cumplimiento, dándola por tan segura como el sol que nos alumbra.

Esto es lo que hace Pablo: pone ante Dios sus promesas, las cree y pide por ellas. Es lo mismo que tenemos en Efesios 1:17-19 cuando pide por aquellos santos y nos muestra también cuáles deben ser otros motivos de nuestras oraciones.

Aquí, en la Carta a los Romanos, es como si dijera: «Tú has prometido que los gentiles esperarían en ti. Tú eres el Dios de esperanza. Y te pido que tu gracia actúe en estos santos para que ellos puedan tener gozo, paz y esperanza, mediante el poder del Espíritu Santo. Y te pido también que ellos sigan mi ejemplo y sean llevados a implorarte para que esta bendición sea una realidad en sus vidas».

Esta es la lección para nosotros en el día de hoy: ante los problemas individuales y personales, ante los problemas que pueden surgir en la Iglesia, ante las circunstancias que Dios permitirá en

Oración por gozo, paz y esperanza I

nuestras vidas, hemos de mirar al **Dios de esperanza**, y hemos de pedirle que aun en medio de todas las circunstancias nos **llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundemos en esperanza por el poder del Espíritu Santo**.

¡Que así sea para su gloria y nuestra bendición!

**ORACIÓN POR GOZO, PAZ Y ESPERANZA
II
RESPONSABILIDAD HUMANA
Y SOBERANÍA DE DIOS**

Romanos 15:13

Lectura introductoria: Salmo 119:169-172

*Llegue mi clamor delante de ti, oh Jehová;
Dame entendimiento conforme a tu palabra.
Llegue mi oración delante de ti;
Líbrame conforme a tu dicho.
Mis labios rebosarán alabanza
Cuando me enseñes tus estatutos.
Hablará mi lengua tus dichos,
Porque todos tus mandamientos son justicia.*

Como hemos dicho en otras ocasiones, no deben faltar en nuestras oraciones la gratitud a Dios por lo que él es en sí mismo, por lo que es para nosotros los cristianos, y por lo que ha hecho, continúa haciendo, y hará, mucho más de lo que podemos desear, pedir o entender (cf. Ef 3:20). Pero tampoco debe faltar nuestra gratitud cuando nos acercamos a su Palabra para conocerle y conocer **su voluntad** (Col 1:9-10), y es por eso por lo que, en el presente estudio, comenzamos haciendo así desde nuestros corazones y no solo con las palabras escritas o de nuestras bocas: ***Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con***

toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo (Ef 1:3).

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos permite también acercarnos a él en oración y, ahora, para aprender acerca de esta. Y bendito sea nuestro Señor Jesucristo que ha hecho posible ***la reconciliación*** (2 Co 5:18-19), ***el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén*** (Ro 9:5).

Como también hemos indicado en otras ocasiones con motivo del estudio de otras oraciones, el objetivo de nuestras vidas debe ser glorificar a Dios y vivir para su gloria, y esto lo hacemos a medida que lo vamos conociendo y vamos ajustando nuestras vidas a este conocimiento; también, claro está, nuestras vidas de oración, nuestros modos de orar. Como dice Pablo en otro lugar: ***A él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*** (Ef 3:21). Y con este objetivo vamos a continuar con el estudio de la que hemos llamado *Oración por gozo, paz y esperanza*; pero antes hacemos la lectura de la Palabra de Dios y pedimos su bendición.

Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo (Ro 15:13).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Antes de entrar en la explicación de los motivos que debemos incluir en nuestras oraciones a partir de esta que nos ocupa, creo que es bueno hacer un breve resumen de lo que vimos en el estudio anterior.

En el capítulo precedente estuvimos analizando el contexto de esta oración, y dijimos que no solamente era necesaria la unidad en la Iglesia, sino que también a esta debíamos unir el gozo, la paz y la esperanza entre los hermanos, y que como estas virtudes en última instancia proceden de Dios, debemos dirigirnos a él para pedir las.

El apóstol hizo esta oración después de citar cuatro pasajes del Antiguo Testamento, y se dirige a Dios pidiendo el cumplimiento de sus mismas promesas. Dios había prometido gozo, paz y esperanza para los gentiles junto a su pueblo Israel, y Pablo no duda en presentarle esas sus mismas promesas haciendo referencia al atributo más idóneo de Dios en relación con su petición. Y dijimos que también nosotros debemos dirigirnos al *Dios de esperanza*, creyendo y pidiendo con humildad que cumpla otras muchas promesas en nuestras vidas. Si Dios las ha pronunciado es porque desea cumplirlas y porque tiene poder para ello, y por ellas debemos tener gozo, paz y esperanza, cosas de las que a veces carecemos, o de las que, al menos, no estamos tan llenos o no tenemos tanta abundancia. Y como esta falta de plenitud existía en aquellos creyentes y también en nosotros, es por lo que el apóstol oró así y por lo que debemos orar también así nosotros.

Nos detenemos, pues, en la oración y en los motivos relacionados con ella.

2. MOTIVOS DE ORACIÓN

Si nos fijamos en la misma, vemos que lo primero que el apóstol pide al *Dios de esperanza* es que *os llene de todo gozo y paz*; pero no deja esto así, como algo general que debe poseer y mostrar todo cristiano puesto que estas cosas forman parte del *fruto del Espíritu* (Gá 5:22), sino que añade las palabras *en el creer*, las cuales apuntan a las porciones del Antiguo Testamento que acaba

de citar. Y debe destacarse también que no pide únicamente que Dios los llene de gozo y de paz, sino de **todo** gozo y paz, y, además, como acabamos de decir, **en el creer**. Es decir, Pablo ora que Dios capacite por gracia a aquellos santos a aferrarse a las promesas, de modo que estas los lleven a vivir en armonía, en unidad, con gozo y con paz.

De este modo vemos que, como en la oración anterior en los **versículos 5 y 6** de este mismo capítulo, no es simplemente que Dios debía hacer algo, que a Dios se le pidiese que hiciera algo, sino que también aquellos creyentes debían hacer algo en cuanto a las promesas de Dios. Si Dios había dicho que los gentiles estarían junto a su pueblo con gozo, paz y esperanza, y si Cristo ya había venido y traído la salvación, **las buenas nuevas de paz, a los que estaban cerca** y a los que estaban **lejos**, de modo que **por medio de él los unos y los otros** tenían **entrada por un mismo Espíritu al Padre** (Efe 2:17-18), ahora se podía pedir a Dios por tales virtudes, pero estas, por así decirlo, no iban a «caer del cielo». También ellos debían recibirse y amarse los unos a los otros como hermanos (*cf.* v. 7), dejando toda censura, juicio o menosprecio, en obediencia a lo que el propio Dios había prometido. Y esto es muy importante en nuestras vidas de oración, pues debemos y podemos acudir a Dios con sus promesas cuando nosotros nos hemos esforzado y comprometido al máximo en relación con la obediencia a estas.

En otras palabras, el apóstol desea que ambos grupos estén ocupados positivamente con las cosas de Cristo, que la fe y la esperanza estén en acción, y que, de este modo, el gozo y la paz desplacen a los conflictos. La única forma en que aquella oración podía ser concedida era **en el creer**, mirando a las promesas del Señor, a quien todos ellos abrazaban por fe y en quien todos ellos tenían la esperanza de su venida en gloria.

El único modo en que el hermano débil podía dejar sus problemas con las comidas y con los días de fiesta, y el hermano fuerte

podía soportar las aflicciones dejando a un lado su propia libertad, era mirando a Cristo por medio del Espíritu que moraba en ellos y que los llevaba a considerar las antiguas promesas. Al mirarlas y trabajar por ellas, al reunirse para hablar de las cosas que conciernen al Rey de todos ellos, seguro que estarían mucho más dispuestos a dejar sus discusiones.

También hoy, como entonces, muchos de los problemas de las iglesias pueden morir de inanición, por no prestarles atención, al estar ocupados en otras cosas más importantes que alaben y glorifiquen al Señor y Redentor de todos los cristianos.

Esta oración de Pablo, al igual que la oración del propio Señor Jesucristo en Juan 17:20, donde pide no solamente por sus discípulos más inmediatos, sino por todos los que habían *de creer* en él, es también aplicable a todos los hijos de Dios. Y debemos resaltar que del mismo modo que Pablo no dudó al pedir estas bendiciones particulares, tampoco nosotros debemos hacerlo. Podemos y debemos hacerlo, y creo que estos motivos también han faltado en nuestras oraciones: que *el Dios de esperanza nos llene de todo gozo y paz en el creer*.

Hay cristianos que quizá nunca se lo hayan planteado, pero hay otros que pueden tener miedo de pedir a Dios estas cosas, pensando que pedir una llenura de gozo espiritual puede ser incompatible con una vida en medio del mundo, y que pedir una llenura de paz puede producir orgullo o falsa seguridad carnal. Pero Pablo pidió estas cosas por aquellos hermanos, y si estas experiencias, pedir las y tenerlas, fueran peligrosas para nosotros, como Satanás puede hacernos pensar, el apóstol no se hubiera acercado a Dios con ellas. Por tanto, aprendemos que estas bendiciones son deseables para nosotros y adecuadas para que también las pidamos, y no solo para nosotros mismos, sino también para nuestros hermanos. Y una cosa más: el ejemplo del apóstol nos indica que no solo es deseable que los cristianos estén llenos de gozo y de paz, sino que

también es una experiencia que puede alcanzarse, porque si no fuese así, no tendría sentido la petición.

Spurgeon decía muy acertadamente:

Nosotros podemos ser llenos de gozo y de paz en el creer y podemos abundar en esperanza. No hay razón para que colguemos nuestras cabezas y vidas en una duda perpetua. Podemos no solamente ser confortados algo, sino que podemos ser llenos de gozo; podemos no solamente tener una paz ocasional, sino que podemos morar en paz y disfrutar nosotros mismos en la abundancia de ella. Estos grandes privilegios son alcanzables, pues, si no lo fueran, el apóstol no los habría hecho objeto de sus oraciones [...] la dulzura de estos placeres todavía crece en los jardines de Sion, y son para ser disfrutados por nosotros [...] una vida de gozo y paz puede alcanzarse en el creer y también puede perderse a través de la incredulidad. Debemos pensar como creyentes que cualquier privilegio que se nos haya dado para ser disfrutado puede disfrutarse.

Por tanto, aquí tenemos *el primer motivo* que debemos incluir en nuestras oraciones: *Pedir ser llenos de gozo y de paz en el creer*, y no solo así, sino *llenos de todo gozo y de paz en el creer*. Una vez más podemos acudir al contexto para ver en él que Dios había dicho que todos sus santos habían de constituir un pueblo alegre y con gozo. El **versículo 10** cita un pasaje del libro de Deuteronomio que indica que Israel no tenía el monopolio del gozo, sino que todos los que Dios llamara también se gozarían con ellos. Si el hecho de cruzar Moisés con los israelitas el Mar Rojo fue motivo de una gran alegría para ellos, mucha más alegría debe haber ahora para todos los que han sido liberados *de la potestad de Satanás* y trasladados *al reino del amado Hijo* de Dios (Col 1:13).

Ahora bien, en el **versículo 10** citado puede leerse: *Alegraos, gentiles, con su pueblo*, y aquí debe observarse que no se indica

esto en forma de promesa, sino como un mandamiento específico: a los gentiles nacidos de nuevo se les ordena expresamente que se alegren, como cuando el propio apóstol dice en otra de sus cartas: **Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!** (Fil 4:4).

Por tanto, debemos hacer esta petición no solamente porque sea deseable y alcanzable, sino también porque *es un mandamiento* del Señor. Y no se para el apóstol aquí, pues, como previendo nuestra lentitud para entrar en estos privilegios, añade el **versículo 11**, que dice: **Y otra vez: Alabad al Señor todos los gentiles**, no solamente los más destacados, sino todos, porque donde hay alabanza hay alegría.

Y de esto sacamos *otra conclusión*, y es la siguiente: todos los que nos llamamos cristianos si comprobamos que estamos falto de gozo y de paz en el creer, habremos de reconocer que estamos fallando a la hora de obedecer estos preceptos, y habremos de *pedir perdón* a Dios por ello. Perdón, por tanto, por no haber hecho esta oración, y perdón también por estar faltos del gozo y de la paz que el Señor ordena.

Además, la frase: **El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer**, esta petición que debemos hacer, esta promesa que debemos reclamar, este esfuerzo que hemos de realizar, implica otras tres cosas:

La primera, que hay *distintos grados* en estas bendiciones. Son pocos los cristianos llenos de gozo y de paz, y menos los llenos de todo gozo y paz, y menos aún los llenos de todo gozo y paz en el creer. La mayoría —y si es así en nuestro caso debe serlo para nuestra propia vergüenza— evidencia que esto no es así en ellos. Por tanto, cada uno puede y debe mirar a Dios para pedirle que esto sea una realidad en su vida.

La segunda, es *la amplitud* de las palabras del apóstol, como también la de la siguiente petición de que abundemos en esperanza,

mostrando el amor que tenía en su corazón hacia todos los santos y la súplica que hace a Dios por todos ellos, para que la gracia sea derramada en todos. Por tanto, al hacer esta petición debemos hacerla por nosotros mismos, pero también por todos nuestros hermanos.

La tercera, es que *honramos y glorificamos* a Dios al orar así porque reconocemos que dependemos de su gracia, sin la cual, todos nuestros esfuerzos son nulos. Dios es un Dios de abundancia, y nosotros sus hijos podemos presentarle grandes peticiones porque el propio Dios nos ha dado permiso para hacerlo. Un antiguo pastor se propuso en su vida *esperar grandes cosas de Dios al tiempo que intentaba hacer grandes cosas para Dios*. Es lo que leemos en Romanos 8:32: ***El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas***? Dios nos ha invitado a comer y a beber *en abundancia: Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados* (Cnt 5:1). Por tanto, hemos de pensar que glorificamos a Dios cuando nuestras peticiones están de acuerdo con su invitación y sus promesas, y no debemos acercarnos a él con la sensación de que está tan limitado como nosotros en cuanto al gozo o la paz (*cf.* 1 P 1:8; Fil 4:7; Ro 5:1-2).

Y una última conclusión a partir de esta oración es el hecho de que si el apóstol ora por estas bendiciones es porque no solamente son un *privilegio* deseable y alcanzable, sino también es un *deber* nuestro tomar posesión de ellas. No consiste en realizar solamente un intento, pues si aquí vemos que hay cosas que podemos pedir a Dios para que nos las dé, tenemos también obligaciones hacia nosotros mismos. O, dicho de otro modo: los privilegios y los deberes no pueden separarse, y es un deber de todo cristiano mostrar gozo y paz. Y si alguien cree que esto no es así, podemos plantearlo en forma negativa: ¿piensa alguien que es un deber espiritual ser un cristiano miserable, lleno de dudas, sin gozo, sin paz y sin esperanza? Seguro que no.

Esto no quiere decir que no pueda haber nada en la vida del cristiano que le haga estar triste, pues sabemos que hay muchas cosas que nos hacen llorar. Pero esto no es inconsecuente con lo anterior. El propio apóstol, como sabemos, declaró de sí mismo estar lleno de tristezas, pero al mismo tiempo también pudo añadir lo de estar siempre gozoso (*cf.* 2 Co 6:10). Es seguro, porque Dios mismo lo dice en su Palabra, que todos los que somos ***aceptos en el Amado*** (Ef 1:6) tendremos problemas a causa de su nombre y tendremos que soportar maldades y difamaciones de todo tipo, pero esto no implica que debamos estar siempre tristes y abatidos, perdidos la mayor parte del tiempo en el *pantano del desaliento* o presas del *gigante desesperación*. El propio Señor nos dice, nos ordena, cuando esto nos suceda, lo siguiente: ***Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros*** (Mt 5:12).

Con todo esto, ya sabemos cómo pueden obtenerse las bendiciones más deseables e indispensables. *Primero*, buscándolas en oración, como tenemos aquí en el ejemplo de Pablo. *Segundo*, sabiendo que solo pueden obtenerse cuando el corazón está ocupado con ***el Dios de la esperanza***, es decir, con las promesas de Dios, con las cosas que Dios ha revelado y que podemos esperar. Y, *tercero*, sabiendo que estas bendiciones llegan a nosotros ***en el creer*** con fe acerca de las cosas prometidas. Es, por tanto, la fe, la que precede al gozo, la paz y la esperanza; y es, por tanto, esto lo que debe constituir *el segundo motivo* de nuestras oraciones en relación con esta que nos ocupa: debemos pedir a Dios que aumente nuestra fe, que podamos *creer con más fe* (*cf.* Lc 17:5; Mr 9:24).

Hay algunos que no quieren creer en Dios hasta que no tengan gozo y paz, pero esto es lo mismo que querer tener flores antes de poner la planta en la tierra. Alguien puede preguntar: ¿Cómo puedo tener yo gozo y paz en medio de un problema y con el pecado que mora en mi interior? La respuesta es: Tú no puedes afrontar

con éxito ni los problemas ni tu propio pecado si no tienes gozo y paz *en el creer*, esto es, si no tienes fe en las promesas del Señor y estás lleno de dudas respecto a ellas, pues *el gozo de Jehová es tu fuerza* (Neh 8:10). No hay gozo genuino ni paz auténtica excepto en el creer, y en la misma proporción de nuestra fe en las promesas del Señor, tendremos gozo y paz. (Véase Juan 14:27).

Ahora ya vamos concluyendo, y lo hacemos mirando la cláusula final que también nos da pie para que encontremos otros motivos para nuestras oraciones. Dice así en su primera parte: *Para que abundéis en esperanza*. En ella tenemos la razón por la que el apóstol hace su petición anterior, la intención y el deseo que tiene para aquellos, lo cual introduce con las palabras: *Para que*. Aquí, como en otras partes de sus escritos, el apóstol habla del carácter rebosante y extraordinario de la redención en Cristo (cf. 1 P 1:8; Fil 4:7; Ro 5:20; 2 Co 7:4). Ya antes ha dicho lo de ser «llevados», y «de todo». Ahora habla de «abundar».

Así que mira hacia adelante, a la esperanza. Ellos tuvieron gozo en el pasado, en su conversión, pero se pide gozo en el presente y seguridad y gozo en el futuro. Para ellos, igual que para nosotros, lo mejor aún no ha llegado, y solamente hemos recibido *las arras de nuestra herencia* (Ef 1:14). Pero cuanto más nos ocupemos en dicha herencia, más equipados estaremos y mejor avanzaremos a través de las dificultades, porque la esperanza es uno de los motivos más poderosos para la acción: *Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza, a fin de que no os hagáis perezosos, sino imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas* (He 6:11-12).

Aquí debemos decir algo en relación con la palabra *esperanza*, con la esperanza cristiana, la cual tiene un significado muy distinto en la Escritura al que se le da en la conversación normal de las personas del mundo cada día. Para la mayoría de la gente, esperanza

significa poco más que un deseo cuyo cumplimiento puede ser incluso objeto de la suerte, y que a menudo va acompañado de un considerable temor a que no se cumpla. Esperanza, para muchos, no es más que un tímido deseo de que algo puede obtenerse. En cambio, tal como vemos en la Escritura, la esperanza debe significar para el cristiano una certera expectación y una anticipación confiada en las cosas que Dios ha prometido. Por ejemplo: *Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo* (He 6:18-19). Y también: *Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperararlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos* (Ro 8:24-25).

De este modo, tal como la fe precede al gozo y a la paz, y tal como estas últimas virtudes aumentan con el creer, así también sucede con la fe y la esperanza. Debemos pedir, pues —y este es el *tercer motivo* de oración que indicamos—, por un *aumento de la esperanza* en nosotros, pero debemos saber que también la fe la precede. Es la fe en Dios, la fe en las promesas de Dios, y recuerdo que en la Biblia la fe siempre va unida a la obediencia, la que puede producir en nosotros un aumento y una llenura de gozo, paz y esperanza.

Finalmente, consideramos las últimas palabras de la oración: *Por el poder del Espíritu Santo*. El Padre es, como hemos dicho, la Fuente o el Dador de todas las virtudes, el *Dios de la paciencia y de la consolación* (v. 5), el Dios del *gozo*, la *paz* y la *esperanza*, pero es el Espíritu Santo el Comunicador de estas, el cual no puede hacer su obra si lo tenemos apagado o contristado en nuestras vidas (cf. 1 Ts 5:19; Ef 4:30), si no buscamos ni nos esforzamos por ser *llenos del Espíritu Santo* (Ef 5:18).

Como se ha indicado, es un deber cristiano el ser llenos de gozo y paz en el creer y abundar en esperanza, pero también es cierto que solamente el Espíritu Santo puede capacitarnos para ello. Y así, de nuevo encontramos, como en todas partes de la Palabra, las dos verdades que van juntas: nuestra responsabilidad y la dependencia de la soberanía de Dios.

Y esto nos da pie para enunciar el *cuarto motivo* de nuestras oraciones: hemos de pedir a Dios por *la llenura del Espíritu Santo*, sin olvidar que hemos de esforzarnos también por ella.

El gozo, la paz y la esperanza de que se nos habla aquí no son simples emociones carnales que se pueden adquirir sin las virtudes espirituales y sin *el poder del Espíritu Santo*, sino que deben ser divinamente comunicadas e impartidas. Incluso las promesas de Dios no pueden producir estas virtudes en nosotros a menos que nos sean divinamente aplicadas.

Y esto debe repetirse: estas virtudes no se producen excepto por *el poder del Espíritu Santo*, y esto es así porque hay mucho en nosotros, en nuestra vieja naturaleza, que se opone a ellas, mucho que nos hace tender a lo opuesto: a la tristeza, el desasosiego y la falta de esperanza. Necesitamos, por tanto, este poder, y debemos pedir también por él. Estas virtudes no pueden ser aumentadas, ni siquiera mantenidas, por nosotros en nuestras propias fuerzas. Más bien sucede lo contrario: que las disminuimos cuando contristamos al Espíritu Santo. Por tanto, es este un motivo más y muy importante a añadir en nuestras oraciones, aunque sea también un mandamiento de Dios para nosotros.

En definitiva, estas virtudes hemos de buscarlas en oración, mirando las promesas de Dios, y buscando la impartición del Espíritu Santo. El gozo y la paz, así como la esperanza, son un deseo y una fantasía vanos cuando no están sobre la base de las promesas de Dios ni son forjados por el poder del Espíritu. Así escribió el salmista: *Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la*

cual me has hecho esperar. Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado (Sal 119:49-50). Pero necesitamos que esa Palabra venga también a nosotros ***en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre*** para que la recibamos, aun ***en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo*** (1 Ts 1:5-6).

Y cuando las busquemos, y cuando las tengamos, que sea con el objetivo, como se ha dicho al comienzo, de glorificar a Dios. Que se cumpla en todos nosotros aquella antigua respuesta a la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster, que dice: *El fin principal del hombre es glorificar a Dios y gozar de él para siempre* (cf. Ro 11:36; 1 Co 10:31; Sal 73:25-26). O, como escribiera Jonathan Edwards: *La paz y el placer son la porción de los cristianos en este mundo. Su paz y su gozo en Dios comienzan en esta vida, y no son menos excelentes que la gloria que les otorga y el honor que les anticipa.*

Con todo, pues, digamos con el apóstol: ***Ya Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén*** (Efe. 3:20-21).

ORACIÓN POR EL DIOS DE PAZ I DIOS Y SU PACTO

Romanos 15:33

Lectura introductoria: Salmo 16:8-11

*A Jehová he puesto siempre delante de mí;
Porque está a mi diestra, no seré conmovido.
Se alegró por tanto mi corazón, y se gozó mi alma;
Mi carne también reposará confiadamente;
Porque no dejarás mi alma en el Seol,
Ni permitirás que tu santo vea corrupción.
Me mostrarás la senda de la vida;
En tu presencia hay plenitud de gozo;
Delicias a tu diestra para siempre.*

Comenzamos con el estudio de una nueva y pequeña oración que el apóstol Pablo hace por los hermanos en Roma, la cual se encuentra al final del capítulo 15 de su epístola, y a la cual hemos dado el título de *Oración por el Dios de paz*.

Ya vimos, y se encuentra en el primer volumen de esta serie, que aquellos hermanos en Roma tenían una **fe** firme que se divulgaba **por todo el mundo** (cap. 1:8) y que su **obediencia** había **venido a ser notoria a todos** (cap. 16:19). Pero, aun así, no eran perfectos, y necesitaban algo más, y es por eso por lo que el apóstol ora en varias ocasiones por ellos.

Ya hemos analizado la necesidad que tenían de estar más unidos dejando de lado las pequeñas diferencias, de ser de *un mismo sentir en Cristo Jesús*, lo que llevó a Pablo a orar por este asunto dirigiéndose al *Dios de la paciencia y de la consolación* (cap. 15:5). También hemos hablado de la necesidad de que abundaran en *esperanza*, con *todo gozo y paz en el creer*, de modo que el apóstol vuelve a dirigirse a Dios, llamándolo ahora *el Dios de esperanza* (cap. 15:13). Pero había una tercera necesidad en ellos, o más bien, una tercera y doble, y esta era, primero, la del *conocimiento* y, segundo, la de la *presencia* del *Dios de paz* entre ellos, y por eso pide de nuevo el apóstol.

Este va a ser nuestro tema de reflexión, pero antes de continuar, leemos la Palabra y pedimos la bendición de Dios sobre ella para que sea, para todos, *olor de vida para vida* (2 Co 2:16) *en abundancia* (Jn 10:10), y *para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos* (2 Co 5:15).

Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén (Ro 15:33).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

Esta oración se encuentra poco después de la última que hemos analizado, de modo que entre ambas el apóstol hace referencia a varias cosas inciertas.

Ya ha hablado de los problemas en la propia iglesia, que disminuyen o eliminan, si no se solucionan, la paz en ella, y ahora habla de sus previsiones de futuro que también podían dar lugar a intranquilidad. Así, *en primer lugar*, habla de su ministerio entre los gentiles en distintas partes del Imperio (*cf. vv. 19-20*), de modo que este trabajo suyo le impidió, aunque se lo había propuesto, vi-

sitar a los hermanos en Roma (cf. v. 22). En segundo lugar, expresa su deseo de viajar a **España** y de aprovechar dicho viaje para visitarlos (v. 24), pero esto tampoco era seguro. En tercer lugar, habla de su próxima visita a **Jerusalén**, previa al viaje a España, para llevarles **una ofrenda** de los hermanos de **Macedonia y Acaya** (vv. 25-26), de nuevo algo sometido a muchas contingencias. Y, en cuarto lugar, habla de su preocupación por no caer en manos de los que se oponen y pide a estos hermanos en Roma la oración a Dios por él y por dicho tema (cf. vv. 30-31), asunto este que también podía producir desasosiego.

Por tanto, en la vida del apóstol, tal como sucede en las nuestras, se presentaban una serie de planes de futuro, viajes, posibles problemas, etc., todos sujetos a incertidumbre. Esta es la situación general y universal: que la estabilidad no puede hallarse en ninguna parte. Pero preguntamos: «¿En ninguna parte?». Y la respuesta es: «No, en ninguna, excepto en Dios».

Y es por eso por lo que el presente versículo y oración son tan adecuados en el contexto que hemos descrito. En el **versículo 32**, que precede al de la oración que consideramos, el apóstol vuelve a hacer referencia a **la voluntad de Dios**, pues sabe que todo está bajo dicha voluntad y control, pero aun así sabe también que es necesaria la presencia del **Dios de paz** con su paz para que la incertidumbre de las cosas no nos haga tambalear con frecuencia.

El apóstol conocía en su vida a ese **Dios de paz** que lo mantenía en paz a pesar de las tribulaciones y los problemas, y a ese **Dios de paz** se dirige para que también aquellos hermanos lo conozcan y para que también esté entre ellos supliendo la incertidumbre de sus problemas y necesidades. Por eso termina diciendo: **Y** (es algo, pues, que está unido a lo anterior y que algunas versiones traducen como **y ahora**, o simplemente **ahora**. Es como si dijera: «Después de todo lo que os he dicho, lo último que deseo para vosotros es que») **el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.**

Esta es la petición del apóstol, pero debemos fijarnos que no pide por la paz de Dios, sino porque el Dios de paz esté con ellos. Y es que si bien tenemos necesidad de *la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento* (Fil 4:7), más necesidad tenemos de la presencia del *Dios de paz entre nosotros, con nosotros y en nosotros*. Y en él, en el Dios de paz, nos vamos a fijar y detener, pues, ¿qué compañía o posesión es mejor: la de la paz de Dios o la del Dios de paz? Evidentemente la presencia del Dador supera con creces la de sus propios dones, y creo que muchas veces oramos por estos, por la paz de Dios, en este caso, en nuestros corazones, pero nos olvidamos del que la da y de la necesidad y el privilegio mayores que tenemos de que el Dios de paz sea con nosotros.

Es frecuente, cuando se habla de la paz en la Biblia, mirar a Dios y a su relación con las personas, así como a sus bendiciones a ellas, entre las cuales se incluye la propia paz, incluso con los *enemigos* (Pr 16:7). Probablemente, muchas veces hemos escuchado o leído —y así aparece en muchos comentarios y predicaciones— acerca de *la paz de Dios* (Fil 4:7) y de la *paz para con Dios* (Ro 5:1). De igual modo, que nuestro Señor Jesucristo es el *Príncipe de Paz* (Is 9:6), el cual nos trajo a los creyentes la paz y la reconciliación con Dios, así como la paz también de los unos con los otros y la paz en nosotros mismos (*cf.* 2 Co 5:18-20; Ef 2:14-17; Jn 14:27), o que es nuestro Melquisedec, *cuyo nombre significa primeramente Rey de justicia, y también Rey de Salem, esto es, Rey de paz* (He 7:2). Y también puede que se nos haya hablado, de un modo u otro, del *fruto del Espíritu*, que se compone, entre otras cosas excelentes, de *paz* (Gá 5:22).

Pero en esta ocasión y en relación con la oración que nos ocupa, vamos a fijarnos más en este título divino para ver en él lo que Dios es. Dios es en sí mismo un Dios de paz. Una tranquilidad perfecta reina en su Ser. Nunca está turbado en lo más mínimo, ni nunca perturbado por nada que provenga de dentro o de fuera de

él mismo. No hay cosa que pueda tomarlo por sorpresa (*cf.* Hch 15:18), nada que pueda decepcionarlo (*cf.* Ro 11:36), ni nada que pueda ocasionarle la más leve intranquilidad (*cf.* Stg 1:17). Por tanto, una seguridad perfecta lo llena siempre, y es la paz un componente principal de su gloria esencial, una joya más en su corona.

Y creo que debemos dedicar más tiempo, mucho más, a pensar en este **Dios de paz** y a contemplar la enorme diferencia y distancia que existe entre él y nosotros. Repito: Dios es el único ser totalmente extraño a toda clase de inquietud o preocupación, el único que disfruta de una calma completa, **el Dios de paz**. Muchas veces se habla acerca de otros atributos de Dios: la soberanía, el poder, la santidad, etc., pero la paz de Dios en sí mismo ha recibido muy poca atención. Es cierto que en las Escrituras se habla de que **Dios es amor** (1 Jn 4:8), y también de que es **el Dios de toda gracia** (1 P 5:10), pero más veces Dios es llamado el **Dios de paz** (Jue 6:24; Ro 16:20; 2 Co 13:11; Fil 4:9; 1 Ts. 5:23; 2 Ts 3:16; He 13:20), y hemos de pensar en esto para interiorizarlo, porque así es nuestro Dios.

Sabemos que necesitamos leer, estudiar y meditar en cada parte de la Palabra si queremos ser hijos de Dios **perfectos, enteramente preparados para toda buena obra**, porque **toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia** (2 Ti 3:16-17). Pero, de igual modo, también necesitamos meditar y hacer uso de todos los títulos divinos si queremos tener un concepto equilibrado de las perfecciones de Dios para darnos cuenta de cómo es. Sus nombres y sus títulos nos hacen conocer cómo es su Ser y su carácter, y hemos de meditar en ello para tener un mejor y más amplio concepto de quién es Dios, así como de sus relaciones y actitudes hacia nosotros. Si no lo hacemos, no solamente seremos injustos con el propio Dios que se ha revelado a nosotros, sino que también sufrire-

mos una gran pérdida en nuestras vidas al no tener presentes sus benditas perfecciones.

2. EL DIOS DE PAZ

Vemos, pues, que Pablo pide que *el Dios de paz sea con* aquellos hermanos en Roma, oración que también necesitamos hacer nuestra por nosotros mismos y por los demás en la Iglesia; ¿pero no necesitamos también conocer y comprender lo que esta expresión significa y abarca? Porque, si solo tenemos una vaga idea de lo que implica, ¿cómo podrá hacerse la petición correctamente? Como dijera el apóstol en otro contexto: *Si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?* [...], y: *Si yo oro en lengua desconocida [...] mi entendimiento queda sin fruto* (1 Co 14:8,14). Y esto puede sucedernos si solo tenemos una comprensión superficial de las palabras *el Dios de paz*.

Por tanto, antes de entrar en la petición propiamente dicha de la *presencia* de ese Dios con ellos, es necesario tener *conocimiento* de ese mismo Dios y, para ello, vamos a centrarnos en cinco aspectos que están incluidos en dicho título, los cuales nos llevarán a la oración propiamente dicha. De estos cinco aspectos, desarrollaremos solo dos en el presente estudio; los otros tres, y la oración en sí misma, se considerarán en el siguiente, y los principios y motivos de oración que se obtengan se encuentran resumidos en la tabla recogida al final del presente volumen.

En primer lugar, y ante todo, Dios es el Dios de paz *esencialmente*, en su esencia, es decir, es la **Fuente** de la paz; *en segundo lugar*, es el Dios de paz *dispensacionalmente*, es decir, el que ha pensado, previsto y ejecutado el Pacto de paz, el **Ordenador** de dicho Pacto (Ordenador no en el sentido de ordenar o mandar, sino en el de haberlo pensado, puesto en orden y ejecutado); *en tercer lugar*, es el Dios de paz *judicialmente*, es decir, el Juez que en su

justicia, es el **Proveedor** de la paz, el Dios reconciliado y reconciliador que hace la paz; *en cuarto lugar*, es el Dios de paz *paterualmente*, es decir, como **Padre y Dador** de la paz a sus hijos; y, *en quinto lugar*, es el Dios de paz *gubernamentalmente*, es decir, como **Gobernante** (aquí sí con el sentido de mandar) y **Dispensador** de la paz en las iglesias y en el mundo. Cinco aspectos, pues, muy importantes, cuyos significados hemos de considerar con detenimiento.

En primer lugar, el título **Dios de paz** nos indica lo que él es *esencialmente*, es decir, lo que Dios es en sí mismo. Como se indicó antes, la paz es una de las grandes perfecciones de la naturaleza divina y su carácter. Pero este título debemos mirarlo como haciendo referencia no solamente al Padre, sino a lo que es Dios absolutamente, a lo que es el Trino Dios. Si nos fijamos, no hay nada en el contexto ni en el versículo que nos ocupa que requiera limitar esta oración a una persona en concreto de la Deidad y, cuando esto aparece en la Biblia, cuando no hay nada que nos obligue a restringir el alcance de las palabras, debemos tomarla siempre en sus más amplios conceptos y significados.

Es cierto que la palabra *theos* usada y traducida por *Dios*, hace, normalmente, referencia al Padre, pero también es un hecho, una verdad divinamente revelada, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son llamados por igual **el Dios de paz** (Jue 6:24; Is 9:6; Ro 14:17). No aparece explícitamente en la Biblia la expresión *Espíritu de paz*, pero se sobreentiende que ha de ser así, porque es el **Espíritu de Dios** (2 Co 3:3), **el Espíritu de Cristo** (Ro 8:9), y uno de sus frutos es la **paz** (Gá 5:22). Incluso una de sus manifestaciones fue **como paloma** (Mt 3:16; Mr 1:10; Lc 3:22).

Tampoco puede ser una objeción el decir que esta oración dirigida al Dios de paz hace referencia únicamente al Padre porque a él han de dirigirse todas las oraciones. En la Escritura hay oraciones también dirigidas al Hijo (*cf.* Hch 7:59) y, en cuanto al

Espíritu, aunque no hay oraciones dirigidas a él, sí que se habla de orar *en* Espíritu (Jud 20; Ef 6:18; literalmente, no es **orando en el Espíritu**, sino **orando en Espíritu**, lo cual hace referencia a una comunión íntima con él, tal como se constata en Romanos 8:26-27). En otros pasajes, tales como Hebreos 13:20, se usa la misma palabra *theos*, y la oración está dirigida solo al Padre, y es así porque allí se nombra y distingue del Señor Jesús. Pero como esta distinción no se hace aquí, en el versículo que nos ocupa en Romanos 15:33, no debemos hacerla nosotros.

Miremos, entonces, a cada una de las personas divinas.

Que este título, **el Dios de paz**, pertenece a Dios el Padre apenas necesita ningún argumento, puesto que las palabras de saludo con las que comienzan muchas de las cartas del Nuevo Testamento dicen esto mismo: **Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre** (Ro 1:7; 1 Co 1:3; etc.). Se pide gracia a él y de él porque él es **el Dios de toda gracia** (1 P 5:10), y se pide paz a él y de él porque él es **el Dios de paz** de quien proviene y se obtiene.

Las palabras que se añaden en estos saludos: **Y del Señor Jesucristo**, establecen el mismo hecho concerniente al Hijo, porque la gracia y la paz no pueden proceder de él a menos que sea también la Fuente de ambas cosas (Jn 1:17; Ef 2:14). Debemos recordar que en Isaías 9:6 al Hijo se le llama expresamente **Príncipe de paz**, lo cual, como se dice después de sus otros títulos, nos muestra que lo es, lo que es en su esencia personal. En 2 Tesalonicenses 3:16 Cristo es llamado el **Señor de paz**. En Hebreos 7:2, ya citado, nos indica que él es **Rey de paz**, tipificado en la persona de Melquisedec. Y en Romanos 16:20 el apóstol anuncia que **el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies**, lo cual, a la luz de lo que puede leerse en Génesis 3:15 y otros pasajes (*cf.* Col 2:15; He 2:14; etc.), da pie a que pueda entenderse que la referencia es al Hijo encarnado.

En menor extensión se revela en la Escritura este título para la persona del Espíritu Santo, y esto porque él no se presenta objetivamente como el Padre y el Hijo, sino mucho más en la forma en que obra en el interior de los santos y con los santos. Sin embargo, hay muchas pruebas, y suficientemente claras, en la Biblia de que el Espíritu Santo es Dios, de la misma esencia y gloria que el Padre y el Hijo. Las conclusiones de ciertos teólogos que se refieren al Espíritu Santo como la tercera persona de la Deidad pero siendo, en algún sentido, inferior a las otras dos son erróneas, y esto puede comprobarse con un examen cuidadoso de la Escritura.

Si en Mateo 28:19 y 2 Corintios 13:14 el Espíritu Santo se menciona después del Padre y del Hijo (aunque hay una partícula y que denota igualdad), en Apocalipsis 1:4-5 se nombra (como *los siete espíritus*, es decir, el Espíritu en toda su plenitud) antes que el Señor Jesucristo y después que el Padre (no vamos a detenernos en mostrar que la expresión *el que es y que era y que ha de venir* no hace referencia al Hijo, lo cual puede verse en muchos comentarios), y en 1 Corintios 12:4-6 y Efesios 4:4-6 antes que el Hijo y el Padre, de modo que la variación en el orden es una manifestación de la igualdad de las tres personas.

Por tanto, como igual con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo es también el *Dios de paz*, lo cual se evidencia porque es el que consuela, el que comunica la paz divina a los corazones de los redimidos, y el que guía para que vivamos como súbditos del Reino en *justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo* (cap. 14:17).

En definitiva, y resumiendo, Dios es *el Dios de paz*, **Fuente** de toda paz, y lo es porque cada una de las personas divinas lo es.

En segundo lugar, el título *Dios de paz* nos anuncia lo que él es *dispensacionalmente*, es decir, en la economía de la redención, a saber, el **Ordenador** del Pacto de paz, el que ha pensado, previsto y ejecutado dicho Pacto de paz. Esto queda claro en Hebreos 13:20-21, donde puede leerse lo siguiente: *Y el Dios de paz que*

resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo; al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Aquí vemos que en la oración se indica específicamente que fue como *el Dios de paz* que el Padre resucitó a nuestro Fiador de la tumba, pero que lo hizo *por la sangre del pacto eterno*. Por medio de aquella sangre y, en vista de ella, se ratificó y selló el gran pacto que había sido hecho entre ellos *antes de la fundación del mundo* (Mt 25:34; Ef 1:4; 1 P 1:20). Una referencia a este pacto se hace en el Salmo 89:3-4: *Hice pacto con mi escogido; juré a David mi siervo, diciendo: Para siempre confirmaré tu descendencia, y edificaré tu trono por todas las generaciones*, pues, aunque alude al rey David, el cumplimiento solo es posible en Cristo, el Hijo de David, como puede comprobarse en los **versículos 27-29**, los cuales pueden compararse con Apocalipsis 1:5.

En su previsión y conocimiento de la entrada del pecado en el mundo con la caída de todos los hombres en Adán y la brecha que se hizo entre Dios y ellos, con la alienación y el alejamiento mutuos, Dios, en su gracia, se propuso efectuar una reconciliación y asegurar una paz permanente basada en la justicia que rinde homenaje a su autoridad y honor a su ley. Y para ello ideó un pacto.

Un pacto es un acuerdo entre dos partes donde se estipula la realización de un cierto trabajo y en el que se promete una recompensa por ello. En el pacto eterno las dos partes son el Padre y el Hijo.

La tarea asignada al Hijo era que él tendría que encarnarse, cumplir la ley con una perfecta obediencia en pensamiento, palabra y obra, y después soportar las penas de esta en representación de su pueblo culpable. De este modo ofrecería al ofendido Dios (considerado como Gobernador y Juez) una adecuada expiación,

satisfaría su justicia, magnificaría su santidad, e implantaría una justicia eterna. La recompensa prometida era que Dios levantaría de la muerte a este Garante y Pastor de su pueblo, exaltándole a su diestra sobre todas las criaturas, conformando a los creyentes a la imagen de su Hijo, y teniendo con ellos una gloria por los siglos de los siglos. La obediencia voluntaria del Hijo en este pacto y con este propósito la tenemos en Hebreos 10:7: ***Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí;*** y todo lo que hizo y sufrió lo hizo en cumplimiento de los acuerdos del pacto eterno.

La parte del Padre en el pacto es el otorgamiento de la recompensa prometida, como se revela completamente en el Nuevo Testamento.

Y el Espíritu Santo es el Testigo y Juez de este pacto, así como el que aplica a los creyentes todos los beneficios de este.

Además, el pacto eterno se designa expresamente como ***el pacto de paz (el pacto de mi paz*** en Isaías 54:10; Ezequiel 34:25; 37:26). En él, Cristo se puso como *representante* de su pueblo, haciendo algo en el nombre de ellos y a favor de ellos, llevando los intereses de ellos en su propio corazón. En dicho pacto, en conformidad con la voluntad del Padre y por su gran amor hacia ellos, Cristo acepta el compromiso más exigente y se somete a los más horribles sufrimientos con el fin de que ellos puedan ser liberados de la ira de Dios y puedan tener paz con Dios, una perfecta paz y amistad con Dios.

El compromiso fue fielmente cumplido por Cristo, y la paz que el Dios eterno ordenó ha sido efectuada. Ahora, a su debido tiempo, el Padre introduce a cada uno de sus elegidos en la paz que es de él. Es aquel pacto eterno al que se alude en Zacarías 6:12-13: ***Así ha hablado Jehová de los ejércitos, diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo, el cual brotará de sus raíces, y edificará el templo de Jehová. Él edificará el templo de Jehová,***

y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono, y habrá sacerdote a su lado; y consejo de paz habrá entre ambos.

El consejo de paz, o *armonía* (NVI), o mutua buena voluntad es *entre ambos*, entre *el varón cuyo nombre es el Renuevo y Jehová de los ejércitos*. El *consejo* que hace referencia al *templo de Jehová* apunta al edificio de Cristo que es la Iglesia (cf. Ef 2:21-22) y a su exaltación al trono de gloria (cf. Ef 1:20-23).

Y a este Dios de paz que lo es en esencia en cada una de las tres benditas personas, y que lo es en cuanto que ha proporcionado y cumplido el pacto de paz para que podamos tener paz con él y él con su pueblo, es a quien Pablo se dirige para que su presencia no falte en la Iglesia.

Hermanos, cada vez que por un motivo u otro pensemos en nuestra salvación, o se nos haga recordar cualquier cosa de esta, debemos considerar que todo sucedió porque así lo quiso y lo planeó el bendito *Dios de paz*.

¡Esforcémonos, pues, y pidamos a Dios que nos ayude a pensar más veces en este glorioso atributo suyo y en lo que supone y debe suponer para nosotros!; ¡y que nos ayude a orar por su presencia entre nosotros, no porque no la tengamos (es omnipresente y la ha prometido), sino porque seamos más conscientes de ella!; ¡y que nos ayude a mirarlo a él y a desearlo a él más que sus dones y virtudes, al Dios de paz más que la paz de Dios!

¡Que así sea para su gloria y nuestra bendición! Amén.

ORACIÓN POR EL DIOS DE PAZ II RESPONSABILIDAD HUMANA Y SOBERANÍA DE DIOS

Romanos 15:33

Lectura introductoria: Salmo 55:16-19

*En cuanto a mí, a Dios clamaré;
Y Jehová me salvará.
Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré,
Y él oirá mi voz.
El redimirá en paz mi alma de la guerra contra mí,
Aunque contra mí haya muchos.
Dios oirá, y los quebrantará luego,
El que permanece desde la antigüedad;
Por cuanto no cambian,
Ni temen a Dios. Selah*

Al finalizar el capítulo 7 de la presente publicación, en la conclusión del estudio de la que llamamos *Oración por gozo, paz y esperanza*, se citaron unas palabras de Jonathan Edwards relacionadas con la misma. Ahora, en el comienzo de la segunda parte del estudio de la que hemos llamado *Oración por el Dios de paz*, volvemos a citar otras palabras suyas, pero no ya en relación con ninguna oración particular y concreta, sino con todas las oraciones que podemos y debemos hacer a Dios. Y las citamos porque arrojan luz sobre por qué debemos orar y cuál es el propósito de Dios para que aprendamos a hacerlo y lo hagamos. Dicen así:

¿Por qué exige Dios oración para otorgarnos sus misericordias? No es para estar al tanto de nuestras necesidades o deseos. Él es omnisciente y, en lo que concierne a sus conocimientos, inmutable. Dios nunca obtiene conocimiento alguno a través de la información. Él sabe lo que necesitamos, mil veces mejor de lo que podemos saberlo nosotros, antes de que lo pidamos siquiera. Porque, aun cuando se representa a Dios en ocasiones, utilizando una expresión humana, como alguien conmovido por las oraciones de su pueblo, no debe pensarse que nuestras oraciones conmuevan a Dios o generen en él una disposición favorable; porque es tan imposible que Dios tenga una nueva inclinación o voluntad como lo es que tenga un nuevo conocimiento [...] y la voluntad de Dios es otorgar misericordia en respuesta a la oración, cuando ya ha determinado de antemano otorgar misericordia [...] Dios se ha complacido en instituir la oración como anticipo del otorgamiento de la misericordia, y se complace en otorgar misericordia a consecuencia de la oración, como si se hubiese vencido en oración. Cuando el pueblo de Dios se enciende en oración, es a consecuencia de la intención de Dios de mostrar misericordia; por eso derrama su espíritu de gracia y oración.

Y puesto que orar es una gran necesidad del cristiano es por lo que realizamos estos estudios, sin perder de vista que la mejor oración según la voluntad de Dios no sirve de nada si no va acompañada de una vida que crece en santidad para la gloria y en el servicio de Dios (cf. 1 Co 13:1-3).

Retomamos, pues, el estudio de la oración que nos ocupa: *Oración por el Dios de paz*, aunque antes vamos a leer la porción de la Escritura y vamos a pedir la bendición de Dios.

Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén (Ro 15:33).

Oración personal a Dios.

1. EL DIOS DE PAZ

Así vemos qué oró el apóstol Pablo por aquellos cristianos de Roma cuando, casi al final de su carta, y expresándoles el deseo intenso de su corazón, les escribió: ***Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.*** Esta oración y deseo del apóstol, como vimos en el capítulo anterior, tenían una base sólida y firme, y no era una simple costumbre o frase hecha suya tal como las que escuchamos en estos días cuando muchos, que poco o nada tienen que ver con Dios, dicen a otras personas: *Dios te bendiga*. Pablo no tomaba de esta forma el nombre de Dios en vano. Pablo, en los primeros versículos de esta carta ya nos habló de Dios como ***mi Dios***, y dijo que era consciente de que Dios era su ***testigo*** y que lo servía en su ***espíritu*** (cap. 1:8-9). Por tanto, Dios era muy conocido para Pablo, y Pablo sabía por experiencia propia que ese Dios suyo era un ***Dios de paz***, y es por eso por lo que desea su presencia entre los hermanos en Roma.

En el estudio anterior nos detuvimos en dos aspectos o connotaciones de estas palabras, y dijimos que Dios es el Dios de paz en su esencia, el Trino Dios de paz, la Fuente de toda paz, y que es también el Dios de paz en sus dispensaciones, el Dios que planeó y ejecutó el pacto eterno de paz para que esta sea una realidad en las vidas de todos los que estamos incluidos en los beneficios de este. De Cristo se profetizó así: ***Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados*** (Is 53:5). Por tanto, tenemos paz porque se pagó un precio por ella, y ese precio salió del que tenía el tesoro de paz y porque lo planeó así.

Ahora vamos a continuar meditando en los otros aspectos que están incluidos en este título: ***Dios de paz***.

En tercer lugar (siguiendo la numeración del estudio anterior), el título ***Dios de paz*** nos revela lo que él es *judicialmente*, es decir,

el **Proveedor** de la paz, el Dios reconciliado y reconciliador. Aquí debemos fijar nuestra atención en el cumplimiento de lo que se indicó en el último apartado del estudio anterior en relación con el pacto eterno de paz y en lo que el propio Dios había dicho repetidas veces en el Antiguo Testamento. El pacto de paz había sido establecido y ordenado, y Dios, desde la antigüedad, había dicho a su pueblo: **Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces** [esto es, después que pase un tiempo y Dios haya hecho lo que tenía planeado] **me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón** (Jer 29:11-13).

El pueblo de Dios no conocía el pacto de paz en forma tan clara como lo conocemos nosotros en el día de hoy (solo podía ver algo en los sacrificios de los animales que les habían sido ordenados: cf. He 7:22-25; 8:6-7), y tampoco conocía las intenciones de paz de Dios para con ellos.

Pero Dios, a pesar de la culpa que había en ellos, y en todos nosotros, por nuestra participación *legal* en la caída de Adán, y a pesar, además, de sus propias y múltiples transgresiones y apostasías contra él, así como de las propias nuestras, les indica y nos indica una y otra vez que no hay ningún cambio en su **amor eterno** a ellos y a nosotros (Jer 31:3), en su amor a los incluidos en su decreto eterno para ser hijos.

Una brecha real y tremenda se abrió entre nosotros, su pueblo, como pecadores que somos por representación y por los propios pecados, y el Dios tres veces Santo, de modo que, como Gobernador moral del universo, Dios no podía ignorarla; más aún, como **Juez de toda la tierra, ha de hacer lo que es justo** (Gn 18:25), de modo que su condenación y maldición han de caer sobre todos nosotros, **pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de**

la ley, para hacerlas (Gá 3:10; Dt 27:26). Su carácter, atributos y perfecciones así lo demandan y así lo precisan. Esta era la situación.

Sin embargo, su corazón ha estado inclinado siempre hacia sus hijos, y su sabiduría encontró un camino mediante el cual la tremenda brecha podía eliminarse. De esta forma, nosotros, su pueblo desterrado, podemos ser reconciliados con él mismo, restaurados con él mismo, y esto en un modo que no solamente no ignora ni compromete su santidad y su justicia, sino que también glorifica la primera y satisface la segunda. Así es el plan de Dios, un plan que glorifica al Dios Santo y Justo, al mismo tiempo que muestra que es un Dios de amor para con sus hijos y que es un Dios de paz por lo que ha hecho en beneficio de ellos.

Así, puede leerse: ***Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!*** (Gá 4:4-6). Esta es la paz que ***echa fuera el temor y el castigo***, la paz que proviene, como dice el apóstol Juan del ***perfecto amor*** (1 Jn 4:18), no de nuestro amor hacia Dios, que nunca será perfecto, sino del suyo hacia nosotros. Ese amor, y no otra cosa, es la base de nuestra paz, lo que nos lleva a decir con seguridad que ***ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús*** (Ro 8:1). Y es de este modo como los cristianos tenemos un sólido argumento para la paz con Dios, pues Dios ha sido y es un ***Dios de paz*** para con nosotros.

Dios envió a su Hijo para cumplir lo que había sido acordado en el pacto eterno. Nuestro Señor Jesucristo, ***el postrer Adán*** (1 Co 15:45), tuvo que nacer de una mujer para que, con nuestra misma naturaleza, al igual que el primer Adán, pudiera satisfacer los requisitos de la ley de Dios, llevar nuestros pecados, y cumplir la

justicia eterna. Todo esto fue recogido en el pacto eterno, y todo esto se cumplió.

Así que, con el fin de redimir a su pueblo de lo que la ley demandaba y exigía, el Hijo vivió, murió y resucitó. Con el fin de que pudiéramos tener paz con Dios, con el fin de aplacar lo que en la Biblia se conoce como la ira santa y justa de Dios, con el fin de asegurarnos una paz también justa y estable con Dios, Cristo obedeció y sufrió. En su obra redentora por medio del Hijo, Dios proveyó la paz, y ahora, **justificados [...] tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo** (Ro 5:1).

Así, en el nacimiento de Cristo, las huestes celestiales, anticipándose a lo que había de ocurrir, alabaron a Dios diciendo: **Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres** (Lc 2:14), esto es, buena voluntad de Dios para con los hombres, la cual trae la paz (no como algunos traducen: *Paz a los hombres de buena voluntad*). Después, en su muerte, Cristo reconcilió con el Padre **todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz** [entre Dios y su pueblo] **mediante la sangre de su cruz** (Col 1:20).

Esta obra que procede del Dios reconciliador posibilita la reconciliación de Dios como Juez del universo con su pueblo, y establece entre ellos una amistad perfecta y permanente. Por eso continúa diciendo: **Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él** (Col. 1:21-22).

En definitiva, el Juez del universo está ahora en paz con nosotros sus hijos, no tiene legalmente nada en contra nuestra, y este aspecto judicial hemos de tenerlo presente también cuando hablamos del **Dios de paz**, cuando deseamos que esté con nosotros o con otros.

En cuarto lugar, el título **Dios de paz** nos declara lo que él es *paternalmente*, es decir, el *Padre y Dador* de la paz a sus hijos, paz como una de las **buenas cosas** que da, más valiosa que cualesquiera de las **buenas dádivas** que los padres naturales dan a los suyos (Mt 7:11).

Este nuevo aspecto nos lleva más allá de lo que se ha indicado hasta ahora. Dios es Dios de paz en esencia; es Dios de paz en cuanto que ordena el pacto de paz; y es Dios de paz como Juez que está en paz porque los requisitos de su ley han sido satisfechos. Pero con esto no queda todo dicho. Antes de la fundación del mundo, Dios había decretado todo lo que era necesario para que la paz entre él y su pueblo fuera posible, y lo incluido en dicho decreto se cumplió. Pero ahora hemos de mirar cómo el Dios de paz trae a su pueblo las inestimables bendiciones de todo lo decretado y realizado, haciéndolo participar de todos los beneficios.

Por naturaleza, el pueblo que Dios escogió es totalmente extraño a él mismo, y no podía tener paz, como se indica: **No hay paz, dice mi Dios, para los impíos** (Is 57:21). ¿Cómo podíamos tener paz cuando estábamos enfrentados continuamente a Dios, siendo sus enemigos, sin querer y sin poder hacer su voluntad? (cf. Ro 8:7; Col 1:21). ¿Cómo podíamos tener paz cuando de nuevo se indica lo que leemos en Romanos 3:13-18, donde se incluye la frase: **Y no conocieron camino de paz?**; ¿cómo podíamos tener paz sin poseerla en nuestras conciencias, en nuestras mentes, y en nuestros corazones? Porque una cosa es lo que Dios es en esencia, lo que Dios había decretado, y lo que había hecho según dicho decreto por medio del Señor Jesucristo, pero otra muy distinta somos nosotros que no queríamos saber nada del Dios de paz, ni de la paz de Dios, y estábamos en continua lucha contra él.

Era necesario, pues, que el pecador, antes de poder ser reconciliado con Dios y de poder entrar a participar de la paz que Cristo ha conseguido, cesara en su rebelión, tirara sus armas de guerra, y

se rindiera a la recta y soberana autoridad de Dios. Pero eso era imposible para nosotros, y el único modo de conseguirlo era y sigue siendo mediante un milagro de la gracia realizado en las personas por la obra del Espíritu Santo.

Aquí tenemos, pues, a la bendita y Santísima Trinidad obrando. De igual modo que el Padre ordena todo para el pacto de la paz y que el Hijo encarnado la hace posible, así también el Espíritu Santo nos lleva hacia el mismo. Él nos convence de nuestros horribles pecados (*cf.* Jn 16:8) y nos da una nueva naturaleza que dispone nuestros corazones para que los rechacemos y renunciemos a ellos; él nos hace **nacer de nuevo** a esta nueva relación de paz (Jn 3:3-7); él comunica fe al corazón para que podamos ser salvos al creer en Cristo. Y entonces, siendo **justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo** (Ro 5:1). Esta es una paz objetiva y real.

Así se nos introduce al favor de Dios. Pero aún hay más, porque después podemos disfrutar de la paz también subjetivamente, experimentalmente, individualmente. El peso insostenible de la culpa que nos tenía **trabajados y cargados** se elimina de la conciencia, no solo del corazón, y hallamos **descanso para** nuestras **almas** (Mt 11:28-29). Es entonces cuando podemos llegar a conocer el significado de las palabras: **La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús** (Fil 4:7).

Por el Espíritu Santo, y por medio de Cristo, el Padre otorga ahora la paz a sus hijos creyentes y, en la medida en que conocemos a este Dios de paz y pensamos en él y en toda su tremenda obra, con confianza, somos mantenidos en perfecta paz, tal como está escrito: **Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado** (Is 26:3).

Por eso no es extraña, y podemos hacerla nuestra, una frase de Samuel Rutherford cuando dijo: *No sé a cuál persona de la*

Trinidad amo más; pero esto sé, que necesito y amo a cada una de ellas.

*En quinto y último lugar, el título **Dios de paz** proclama lo que él es gubernamentalmente, es decir, el **Ordenador** de la paz en las iglesias y en el mundo, el que mantiene la paz y el que manda a sus hijos para que luchen por mantenerla: **Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación. No está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios** (Ro 12:18; 14:19; 1 Co 7:15). Y esto es así porque, aunque cada cristiano tiene paz con Dios, vive en un **mundo** que **está bajo el maligno** (1 Jn 5:19) y ha de luchar contra ese mundo y contra el maligno. Y esto es así porque, aunque cada cristiano tiene paz con Dios en su corazón, todavía la carne permanece y le ocasiona un conflicto continuo dentro de él mismo, llevándolo también a romper la paz con sus hermanos.*

Por tanto, hace falta algo más que la paz de Dios en su esencia, en su decreto y cumplimiento de este mediante Jesucristo, en su justicia y respecto a su ley, y en nuestros corazones y conciencias por la obra del Espíritu Santo. El mundo, la carne y el diablo siguen siendo demasiado poderosos para nosotros y para que nosotros podamos mantener la paz, de modo que Dios usa su poder restrictivo sobre todo aquello que busca romperla totalmente. Sin este poder de Dios, ninguno de los creyentes podríamos disfrutar de la más pequeña tranquilidad, tanto interna como con el resto de los hermanos.

Desde luego que tenemos una gran responsabilidad como cristianos para mantener la paz, pero el pecado y todo lo que lo rodea es una fuerza tan grande que podría haber destruido todo si Dios no interpusiera su gracia. Muestras de este freno de Dios al pecado los tenemos en las Escrituras; por ejemplo, en lo que Dios dijo a

Abimelec: ***Le dijo Dios en sueños: Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto; y yo también te detuve de pecar contra mí, y así no te permití que la tocases*** (Gn 20:6). Y en esta misma Carta a los Romanos, cuando se repite por tres veces que ***Dios los entregó*** (cap. 1:24,26,28), se sugiere que hubo un tiempo cuando se produjo dicha entrega y que, por tanto, Dios estuvo frenando el pecado hasta entonces.

Con esto vemos de nuevo los dos aspectos que van siempre juntos, el de la responsabilidad humana y el de la soberanía de Dios. El Dios de paz nos ordena mantener la paz, pero al mismo tiempo sabemos que esa paz no depende de nuestros mayores y mejores esfuerzos, sino que es un don que proviene de él. Por eso se nos enseña a pedir al Dios de paz y a orar por el Dios de paz.

2. MOTIVOS PARA LA ORACIÓN

Ahora, una vez que tenemos *conocimiento* de lo que se pide, una vez que entendemos los aspectos incluidos en el título ***Dios de paz*** que hemos venido analizando, tanto en lo que concierne a Dios como a nosotros, podemos pasar finalmente a centrarnos en la oración, en lo que es su *presencia* entre los hermanos: ***Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.*** Mediante esta petición, el apóstol pide que Dios, en este carácter particular suyo, se manifieste a sí mismo a ellos y entre ellos, de un modo tal que su presencia de paz pueda ser conocida entre ellos. Y nosotros, a partir de dicha petición, podemos obtener algunas razones para la misma.

En primer lugar, debemos orar así, debemos hacer nuestra esta oración, porque es una necesidad de cada uno de nosotros individualmente, necesidad que se acrecienta cuando Dios permite en nuestras vidas aflicciones y tribulaciones de muchos tipos. Y, *en segundo lugar*, debemos orar así, porque también es una necesi-

dad para cada iglesia y para la Iglesia en su conjunto, la cual, como tal, debe mantener la paz en su interior, a pesar de los incrédulos y falsos hermanos que procurarán romperla.

Pero hay más. Como se ha indicado, luchamos contra nosotros mismos, contra la carne, contra Satanás, y contra el mundo, de modo que si no fuera por la bendita providencia de Dios, su pueblo no podría permanecer mucho tiempo en este mundo y, aún menos, mucho tiempo en paz. **Para estas cosas**, como dijera también el apóstol, nadie **es suficiente** (2 Co 2:16), por lo que tenemos aquí una *tercera* razón por la que debemos pedir que el Dios de paz esté con nosotros en medio de la lucha, porque lo necesitamos para luchar contra nosotros mismos, el mundo y Satanás.

Ahora bien, la Palabra nos enseña lo siguiente: ***Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Jehová enviará desde Sion la vara de tu poder; domina en medio de tus enemigos. Tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente en el día de tu poder, en la hermosura de la santidad. Desde el seno de la aurora tienes tú el rocío de tu juventud*** (Sal 110:1-3). Esto es, el Señor domina en medio de sus enemigos y da a su pueblo una considerable medida de paz en medio de ellos.

Y todo esto nos enseña que debemos estar constantemente mirando al Dios de paz para que su paz nos guarde de todos los ataques que pueden venir desde todas partes. Las artimañas del diablo son fuertes y numerosas, los placeres y las cosas del mundo son atractivos y deseables, y nuestra propia carne nos intenta convencer de que lo mejor para nuestra paz no es la negación de nosotros mismos y el tomar la cruz cada día.

Por eso, pues, porque es una necesidad individual y colectiva, y por la lucha en la que estamos inmersos, necesitamos pedir que el Dios de paz sea con nosotros. La paz es una bendición que las iglesias necesitan grandemente, y debemos orar, como se nos ex-

horta a hacer, por ella tanto como por nuestra propia paz: ***Pedid por la paz de Jerusalén; sean prosperados los que te aman. Sea la paz dentro de tus muros, y el descanso dentro de tus palacios. Por amor de mis hermanos y mis compañeros diré yo: La paz sea contigo. Por amor a la casa de Jehová nuestro Dios buscaré tu bien*** (Sal 122:6-9).

Ahora bien, la expresión: ***Y el Dios de paz sea con todos vosotros*** implica también que los santos debemos esforzarnos por conducirnos en armonía, trabajar para que la amistad y la concordia prevalezcan entre nosotros, de modo que no haya faltas graves por nuestra parte que puedan ofender a Dios y que le causen retirar su presencia entre nosotros. Es absurdo pedir por la paz y por el Dios de paz cuando la persona que lo hace no es un pacificador, en el pleno sentido de la palabra. Así dice el apóstol: ***Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros*** (Fil 4:9), y no hay otra forma en que esto sea una realidad.

Y así, puede indicarse una *cuarta* razón, o más bien, limitación, por la que debemos hacer nuestra esta oración, y es que la hacemos *cuando* o *porque* estamos sujetos y obedecemos al Dios de paz. A aquellos mismos hermanos de Roma cuya *fe* se divulgaba ***por todo el mundo*** y cuya *obediencia* había ***venido a ser notoria a todos*** (caps. 1:8; 16:19), el apóstol les dice: ***Pero quiero que seáis sabios para el bien, e ingenuos para el mal***, esto es, que sigáis las pisadas de nuestro Señor, el cual ***nunca hizo maldad [violencia], ni hubo engaño en su boca*** (Is 53:9), nunca usó su sabiduría ni su poder para nada que rompiera la paz en el grupo.

Tanto en forma individual como en modo colectivo debemos pedir que el Dios de paz esté con nosotros, pero solo podemos hacerlo con esperanza cuando estamos sujetos a la autoridad de dicho Dios y cuando estamos todos juntos intentando mantener en la Iglesia la paz y la disciplina que vemos reflejada en su Palabra:

Por lo demás, hermanos, tened gozo, perfeccionaos, consolaos, sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros (2 Co 13:11).

Al igual que no podemos pedir al ***Dios de la paciencia y de la consolación*** (v. 5) que nos dé estas virtudes si no estamos dispuestos a vivir sin agradarnos a nosotros mismos y a buscar lo que es bueno para la edificación de los demás, y no podemos pedir al ***Dios de esperanza*** que nos ***llene de todo gozo y paz en el creer*** y que nos haga abundar ***en esperanza*** (v. 13) si no nos aferramos con fe a sus promesas, tampoco podemos pedir que el ***Dios de paz*** esté con nosotros si no queremos someternos a ese Dios y seguimos en rebeldía.

Y así, llegamos a una *quinta y última* razón para hacer nuestra esta oración, la cual también glorifica a Dios, pues, al hacerla, estamos afirmando que nosotros solos no podemos mantener la paz que se nos pide. Es necesario que estemos luchando por mantener la paz en la Iglesia y con todas las personas, que estemos siguiendo el ejemplo del Trino Dios, que estemos viviendo como ***pacificadores*** y así mostrando que somos sus ***hijos*** (Mt 5:9), pero esto no es suficiente. Pero, si esto no falta, entonces podemos hacer esta oración, mostrando así nuestra dependencia de él y nuestra esperanza en él, al tiempo que lo glorificamos porque asumimos nuestra posición de criaturas y le expresamos nuestro deseo de seguir glorificándolo con su presencia de paz entre nosotros.

Al igual que el consuelo, la paciencia, el gozo o la esperanza, la paz de Dios y la presencia del Dios de paz han de tener como fin último la gloria de Dios, y con eso en mente, debemos trabajar y orar.

Como decía Charles Hodge: *Es en vano que oremos por la presencia del Dios de amor y paz a menos que estemos luchando por liberar nuestros corazones de todas las pasiones pecaminosas.*

Pues que el mismo Dios de paz nos ayude a conocerlo, a entender estas cosas, a trabajar por la paz, y a incluir en nuestras oraciones esta petición en sana dependencia de él: *Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.*

10

ORACIÓN DE ADORACIÓN A DIOS I RESPONSABILIDAD HUMANA Y SOBERANÍA DE DIOS

Romanos 16:25-27

Lectura introductoria: Ezequiel 36:25-27, 37

Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra [...]. Así ha dicho Jehová el Señor: Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto.

En este capítulo comenzamos con el estudio de una nueva oración del apóstol Pablo que se encuentra al final de su Carta a los Romanos y a la que hemos dado el título de *Oración de adoración a Dios*. Esta oración, al contrario que las analizadas anteriormente, no presenta una petición a Dios para que nos bendiga con sus dones, tal como ya hemos visto con el de la paciencia, la consolación, el mismo sentir, la esperanza, el gozo o la paz; tampoco se pide a Dios para que nos bendiga con su presencia, como también hemos visto en la última que se ha comentado y en la que se expresa este deseo, que *el Dios de paz* esté con nosotros; y tampoco se manifiestan, como en la primera que desarrollamos y que puede

verse en el Tomo I de esta serie, motivos de gratitud ni deseos sometidos a la voluntad del Dios que es nuestro testigo y al cual debemos servir en espíritu.

Ya hemos recordado en varias ocasiones que los cristianos en Roma tenían una fe firme, pero que no eran perfectos y necesitaban ser confirmados, y que por eso el apóstol se acerca repetidamente al trono de la gracia para pedir por ellos. Y es con esta última oración que aparece en la carta con la que el apóstol les muestra la visión y comprensión que tenía de todo lo que supone el evangelio y la gloria que le adscribe a Dios por ello. Por tanto, es una *oración de adoración a Dios* que nos muestra la visión y comprensión que también nosotros necesitamos tener del propio Dios, de su plan y de su obra, para que, verdaderamente, nuestro máximo deseo y objetivo en la vida sea glorificar a este *único y sabio Dios*.

Precisamente, en muchas de nuestras biblias, la oración está precedida de una línea que pone «doxología final», y esta palabra, «doxología», significa himno de alabanza y adoración a Dios. Esto es lo que tenemos por delante y de ello nos vamos a ocupar en varios capítulos, pero como siempre hacemos y debemos hacer, leemos la Palabra y pedimos la bendición de aquel que es el *único y sabio Dios*, a quien queremos que *sea la gloria mediante Jesucristo para siempre*.

Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén (Ro 16:25-27).

Oración personal a Dios.

1. INTRODUCCIÓN

En este estudio, como en los anteriores, intentaremos dar una interpretación de esta preciosa porción de las Escrituras, al mismo tiempo que intentaremos también obtener aplicaciones prácticas para nosotros; prácticas, sobre todo, para nuestras vidas de oración, pero también prácticas para cambiar nuestras vidas enteras como cristianos.

Aquí también, en este estudio, comprobaremos la impresionante riqueza de la Palabra de Dios, la cual puede llevarnos a pensar que no solo en esta vida, sino que también en la venidera, seguiremos aprendiendo de esta Palabra, porque proviene de Dios y como tal participa de la infinitud de su carácter. Y digo esto porque cuanto más de cerca examinamos las oraciones del apóstol, tanto más quedamos impresionados por sus profundas enseñanzas, tanto doctrinales como experimentales, así como por su gran variedad y su gran alcance, y tanto más nos convencemos de la necesidad de aproximarnos a estos textos con un corazón dispuesto para crecer con ellos en la gracia y en el conocimiento de Dios.

El pasaje que tenemos ante nosotros puede considerarse como excepcional por dos razones: la primera, porque aparece en la que muchos consideran la epístola más profunda e importante del Nuevo Testamento y, la segunda, porque es un pasaje en el que los comentaristas no se han detenido demasiado para obtener instrucción detallada de él.

Acabamos de leerlo, pero si lo hiciéramos varias veces más, y con más detenimiento, ¿sería suficiente para verlo con claridad?; ¿somos capaces de responder a preguntas tales como: ¿Por qué se hace referencia a Dios como *al que puede confirmaros*?; ¿por qué habla el apóstol de *mi evangelio*?; ¿cuál es el significado de *la predicación de Jesucristo*?; ¿cuál es el *misterio que se*

ha mantenido oculto desde tiempos eternos?; ¿cómo es que se indica que *ha sido manifestado ahora* pero también por *las Escrituras de los profetas?*; ¿por qué se habla de que esa revelación ha sido *según el mandamiento del Dios eterno?*; ¿cuál es la fuerza de la expresión *el único y sabio Dios?*

Creo que no me equivoco al decir que todos necesitamos enseñanza acerca de estas cosas, y si el tema de estos versículos es profundo y hace que su significado no se desprenda de una lectura superficial, que no se vea rápidamente, es obvio, puesto que para encontrarlo debemos escudriñar la Palabra con oración y dedicar tiempo al estudio. Ambas cosas son necesarias en este caso, pero también para otros aspectos de nuestras vidas cristianas, y ambas cosas —la oración y el estudio— precisan del ejercicio de la fe y de la paciencia, de la constancia y de la diligencia, cosas estas que no abundan, por desgracia, en el cristianismo de hoy día. Repito lo que decía Arthur W. Pink en este caso: *Aunque a Dios le ha placido darnos algún conocimiento de los contenidos de esta porción de su Palabra, dudo que podamos sondear por completo sus profundidades en esta vida.*

Así que tendremos que entrar en los detalles, pero antes de ello, como debe ser la norma cada vez que se abordan las Escrituras, debe buscarse el tema principal del pasaje, porque eso nos impedirá perdernos cuando luego se consideren los detalles. Y para ver dicho asunto principal hay que tener en cuenta la carta donde este pasaje se localiza y, a su vez, el tema principal de esta. Después es cuando cada detalle habrá de considerarse por separado buscando los pasajes paralelos, y es este estudio que exige atención, trabajo y, sobre todo, oración humilde a Dios, el que se rechaza por parte de la mayoría de los cristianos de nuestra generación.

En primer lugar, pues, pensamos en el tema principal de la epístola. ¿Cuál es? No otro sino la exposición del evangelio, la

cual se realiza en ella del modo más formal y sistemático que encontramos en toda la Palabra. Así comienza el apóstol: ***Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios [...]. Porque testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, de que sin cesar hago mención de vosotros siempre en mis oraciones [...]. Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá*** (cap. 1:1,9,16-17).

En segundo lugar, pensamos también un momento en el contenido que se desarrolla en la epístola, que no solo es el del evangelio, sino también el de todas las bendiciones transmitidas a los que creen: la justificación, la paz con Dios, la liberación, la santificación, la seguridad de la salvación, el don del Espíritu Santo, la adopción, la victoria, la elección, etc. (cf. caps. 5:1; 6:22; 8:1,15,28,37; 9:22-24; etc.). Es cierto que el apóstol incluye una parte final de deberes cristianos, pero el cumplimiento de estos, al igual que la oración que nos ocupa, surgen, o deben surgir espontáneamente cuando se tienen presentes el evangelio y sus bendiciones.

Y si tenemos ambas cosas claras y en nuestras mentes —el tema principal y el contenido de la carta—, es más fácil ver que en esta doxología se nos habla del modo en que se originó el propio evangelio. Y así, cuando el apóstol piensa en estas tres cosas —el evangelio en sí mismo, las bendiciones que comporta para los creyentes, y el modo en que se originó—, no puede sino terminar alabando al único y sabio Dios que es el Autor de todo lo anterior.

Ahora podemos entrar en los detalles, los cuales, en forma de una tabla resumida, pueden consultarse al final de esta publicación.

2. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

*En primer lugar, hemos de considerar la excelencia y suficiencia del poder de Dios que aquí se nos indican. Leemos que comienza con **al que puede confirmaros**. Otras versiones indican **al que tiene poder para estableceros, al que puede hacerlos a ustedes firmes, a aquel que es poderoso para afirmaros, al que puede fortaleceros, o a aquel que puede consolidaros**.*

Si se tiene en cuenta, como se ha dicho, que esta no es una oración de petición, sino de adoración a Dios, estas primeras palabras ya son una exaltación de Dios ante los santos. Se hace hincapié en el poder de Dios, y el apóstol nos recuerda la *excelencia y la suficiencia* de este. Las palabras utilizadas en las distintas versiones sirven para comprender mejor la idea.

El apóstol ya comenzó su epístola hablando del poder de Dios, y en Romanos 1:16, al final de la introducción a la misma, escribe: **No me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree**. Después, y como ya sabemos, el apóstol habla de la gracia de Dios unida a este poder como único medio para creer y entrar en la salvación del evangelio. Pero ahora nos está indicando a todos los creyentes que dependemos igualmente del poder de Dios para nuestra confirmación, para nuestra consolidación, y para nuestra perseverancia. Los cristianos no podemos confirmarnos o establecernos a nosotros mismos, no podemos fortalecernos a nosotros mismos, ni tampoco pueden hacerlo los pastores o ancianos, porque todos, tanto los unos como los otros, debemos ser establecidos y soportados. Por nosotros mismos no podemos asegurar el éxito de nuestras vidas.

Y si esto es así, y Dios es el único que puede hacerlo, debemos darle muchas gracias por este hecho y no olvidarnos de él ni de ello. Dios es poderoso, más aún, es todopoderoso, y él puede hacer esto, tal como leemos en otro lugar: **Y poderoso es Dios para ha-**

cer que abunde en vosotros toda gracia (2 Co 9:8), o incluso, como ya hemos visto en esta misma carta: *¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme* (cap. 14:4). En estos pasajes, la palabra **poderoso** (derivada de *dunamis*, de la cual viene nuestro término *dinamita*) no solo incluye capacidad, sino también disposición, y esto último es también muy importante. Dios *puede* confirmarnos, pero también Dios *quiere* hacerlo, como puede comprobarse leyendo otros pasajes: Abraham *tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios, plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido* (Ro 4:20-21); *y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén* (Ef 3:20-21).

Por otro lado, la palabra griega traducida como *confirmar, establecer, fortalecer* o *consolidar* aparece también en Lucas 9:51 y Apocalipsis 3:2, donde se traduce como *afirmar*, y en otros muchos pasajes (cf. Lc 22:32; Éx 17:12; Sal 51:12; Jer 17:5, en la versión de los LXX). Su significado, pues, es el de ser completamente establecidos, y esto en la fe, como leemos en Colosenses 2:7: *Arraigados y sobreedificados en él, y **confirmados en la fe**, unido al crecimiento en amor* (1 Ts 3:12), y a la confirmación *en toda buena palabra y obra* (2 Ts 2:17).

Así pues, se nos habla de una acción de Dios, del Dios que puede y quiere hacerla, de un establecimiento que implica crecimiento, pues *el crecimiento lo da Dios* (1 Co 3:6-7; Col 2:19). Pero, como vemos que sucede en otras ocasiones con las promesas de Dios y sus mandamientos, es este también un deber que nos incumbe a nosotros, pues expresamente se nos ordena: *Afirmad* [la

misma palabra] **vuestros corazones** (Stg 5:8). Y también, como en otras ocasiones, hemos de reconocer que ninguno de nosotros es suficiente para esta tarea, por lo que hemos de acercarnos a Dios y pedir por ello poniendo ante él su promesa de gracia que dice: ***Pero fiel es el Señor*** [aunque nosotros seamos ***infieles***: 2 Ti 2:13] ***que os afirmará*** [de nuevo la palabra] ***y guardará del mal*** (2 Ts 3:3).

Nos encontramos de nuevo, pues, ante una petición que podemos y debemos hacer a Dios al tiempo que es una responsabilidad nuestra. Nuestro privilegio, y también nuestra obligación, es estudiar la Palabra para crecer ***en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo*** (2 P 3:18), pero, como nuestros corazones están tan influidos por el pecado, nuestra posibilidad de conocer más es tan limitada, y nuestro amor a Dios y a su Palabra es tan débil, necesitamos el poder de Dios para ese crecimiento y preservación. No solo somos incapaces de acercarnos por nosotros mismos a la fe, sino que tampoco podemos continuar en ella sin el poder de Dios y, como ya se indicó en otro estudio anterior, por la sutileza y el poder de nuestros enemigos espirituales, por el pecado que está en el mundo en el cual vivimos, y por nuestra tendencia y propensión a desviarnos, es únicamente Dios el que puede mantenernos, como también lo expresa Judas: ***Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén*** (Jud 24-25).

En segundo lugar, el segundo principio que puede destacarse es que ***la confirmación se realiza por medio del evangelio y la predicación de Jesucristo***. Así hemos leído: ***Al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo***. Fijémonos que el apóstol habla de ***mi evangelio***, a lo cual pueden aplicarse muchas de las palabras que ya dijimos cuando, en el capítulo 1,

habló de **mi Dios** (cap. 1:8; no lo hace por orgullo, sino en completa identificación). Pero aún hay otros tres aspectos que debemos resaltar en esta expresión.

El primero es que el apóstol, al escribir así, da a entender que proclamaba el verdadero evangelio, y esto porque había otro falso que predicaban los judaizantes. Ninguno de los otros apóstoles hace referencia a un falso evangelio, pero Pablo fue el apóstol encargado de combatir a los judaizantes, y así lo advierte en más de una ocasión: **Porque si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado, bien lo toleráis** (2 Co 11:4); **estoy maravillado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis recibido, sea anatema** (Gá 1:6-9).

Ciertamente no hay otro evangelio, ninguna de las falsificaciones sirve para la salvación del alma, y aquí se nos advierte que el crecimiento como cristianos, con todo lo que implica de paz, gozo, paciencia, esperanza, etc., solo es posible en obediencia al verdadero evangelio.

El segundo aspecto a destacar es que Pablo puede hablar de **mi** evangelio porque lo había recibido directamente del Señor (**mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo**: Gá 1:11-12), y porque fue constituido en un expositor preeminente de aquel, dedicado a explicarlo completamente, como vemos en sus escritos.

Y *el tercer aspecto* en esta expresión que usa el apóstol es porque así da a entender que fue enviado a los gentiles (cf. Gá 2:7; Ef 3:1-2), y que les llevaba el evangelio con el mismo fervor especial que manifiesta cuando habla de *mi Dios* (cap. 1:8; Fil 4:19), o *mi Señor* (Fil 3:8).

Ahora seguimos adelante después de considerar este modo de expresión del apóstol, y hemos de pararnos un momento para pensar que nuestra confirmación como cristianos es en el evangelio, en *la palabra de verdad, el evangelio de nuestra salvación* (Ef 1:13), especialmente en estos tiempos en que tantos creen *la mentira* (2 Ts 2:11). Esta es la esfera espiritual en que los cristianos somos establecidos, pero también es el medio que el Espíritu Santo usa para su obra de gracia. Y así, solamente cuando nosotros nos esforzamos y Dios nos capacita para agarrarnos fuertemente al mensaje del evangelio es cuando somos libres y no *niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error* (Ef 4:14).

Pero la confirmación o fortalecimiento por el evangelio también implica el que únicamente podemos serlo de acuerdo con la regla o con la autoridad de este, tanto en nuestro interior como hacia el exterior, de modo que no debemos desviarnos ni en nuestras creencias ni en nuestras vidas prácticas.

Por tanto, resumiendo, nuestra confirmación solamente se realiza cuando nos esforzamos por ella, cuando nos sometemos completamente al evangelio, y cuando podemos decir de él que es *mi evangelio*, el que ha llenado mi vida y fuera del cual todo lo considero como basura.

Finalmente, el apóstol habla también de *la predicación de Jesucristo* como fundamental y esencial para el fortalecimiento. Esta segunda cláusula nos muestra la sustancia y el contenido del evangelio, tal como podemos leer en otros muchos lugares. Si hay

evangelio es por Jesucristo, si hay buenas nuevas es por Jesucristo, si hay fortalecimiento es en Jesucristo, y a Jesucristo, evidentemente, hay que predicar para proclamar las buenas nuevas y el fortalecimiento en él (cf. Ef 6:10). Así está escrito: ***Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios*** (Mr 1:1); ***cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo*** (2 Ts 1:7-8).

Aunque es este un asunto conocido, no está de más recordar que, puesto que es Jesucristo el objeto y tema del evangelio, ha de serlo también el de nuestras vidas y el de la evangelización. No es el centro del evangelio la resolución de los problemas de las personas, ni su felicidad, ni tampoco los beneficios o bendiciones que se pueden obtener. Muchos usan esto en el día de hoy para atraer a otros a Cristo, pero los que así hacen se equivocan y, en no pocas ocasiones, frustran las expectativas de sus oyentes. El centro de todo es el Señor Jesucristo, y *la predicación* de Jesucristo es mucho más que usar su nombre, mucho más que decir que somos cristianos, y mucho más que contar su amor y su obra en la cruz por los pecadores.

¿En qué consiste la predicación de Jesucristo? Respondemos de forma breve:

En primer lugar, es la proclamación de la magnificencia y grandeza de su persona, haciendo conocer a los demás quién es, el Dios hecho hombre, que se hizo siervo y obediente hasta la muerte de cruz.

En segundo lugar, es la proclamación de su oficio como único Mediador entre Dios y los hombres, en el que obra como Profeta, Sacerdote, y Rey: *Profeta* que nos *libera* y nos salva de la *ignorancia* que el pecado ha producido en nosotros, *Sacerdote* que nos *libera* de la *culpa* del pecado, y *Rey*, que actúa con poder y nos li-

bera del dominio del pecado. O de otro modo: Profeta que representa a Dios ante nosotros y nos habla por Dios, de Dios y de parte de Dios (cf. Jn 1:18), Sacerdote que nos representa a nosotros ante Dios y habla por nosotros a Dios (cf. He 7:22-25), y Rey, como Cabeza que representa a la nueva humanidad (cf. Ro 8:29).

*En tercer lugar, la predicación de Jesucristo es la proclamación de su maravillosa redención, fuera del cual esta no es posible, porque **en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos** (Hch 4:12).*

Y, por último, en cuarto lugar, conlleva también la proclamación del cumplimiento de sus afirmaciones, de la veracidad en todo lo que dijo acerca de la vida, la muerte y tras la muerte, así como la obligación y el deseo en todo cristiano de seguir su perfecto ejemplo.

En estas cosas somos llamados a trabajar, a pensar, a estudiar, a meditar, a proclamar, etc., para confirmar y confirmarnos, pero hemos de saber que es Dios quien solamente puede hacerlo, y es por estos motivos, y por otros que analizaremos en capítulos sucesivos, por los que el apóstol termina con su himno de adoración y alabanza.

También nosotros debemos tenerlos más presentes, aunque muchos de ellos haga tiempo que los conozcamos, para con nuestras vidas y nuestros labios proclamar juntos y también a solas: ***Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.***

ORACIÓN DE ADORACIÓN A DIOS II EL MISTERIO

Romanos 16:25-27

Lectura introductoria: Génesis 22:10-14

Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de Jehová le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único. Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, Jehová proveerá. Por tanto se dice hoy: En el monte de Jehová será provisto.

Continuamos con la que hemos llamado *Oración de adoración a Dios*, la cual, como hemos visto, es en realidad un himno de alabanza y adoración a Dios que surge cuando el apóstol, al despedirse de los hermanos en Roma, tiene en cuenta lo que es el evangelio, su origen y los beneficios que de él se derivan. Y lo que hemos visto ya es que Pablo comienza exaltando el poder de Dios, que no solo nos lleva a la fe, sino que nos confirma en ella (aunque eso no quita nuestra responsabilidad y esfuerzo, así como nuestra oración en dependencia de Dios), y ha continuado diciendo que esa

confirmación es *según* el *evangelio*, con el cual se identifica y lo llama *mi evangelio*, esto es, conociéndolo cada vez más y ajustando a él nuestras vidas.

Finalmente, el apóstol ha hecho referencia a *la predicación de Jesucristo*, esto es, a la meditación, conocimiento, y proclamación de su persona, de su obra mediadora, y al sometimiento a su autoridad junto al seguimiento de su propio ejemplo, cosas todas imprescindibles para que seamos confirmados y podamos disfrutar de las bendiciones del evangelio.

Con estos dos principios —decíamos— ya tenemos suficiente para poder glorificar *al único y sabio Dios*, pero seguiremos considerando otros que aparecen en dicha oración y que nos deben llevar a una mayor alabanza y adoración.

Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén (Ro 16:25-27).

Oración personal a Dios.

1. PRINCIPIOS DE LA ORACIÓN

El tercer principio surge de la frase que tenemos al final del **versículo 25**, en la que el apóstol habla de *misterio*, y lo podemos enunciar diciendo que hay misterios en el evangelio: unos revelados y otros ocultos. Dice Pablo que la confirmación es también *según* [conforme a] *la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos*, y en ello vamos a detenernos.

Esta frase es una explicación, al mismo tiempo que una ampliación, de lo que vimos en el estudio anterior. **El glorioso evangelio** (1 Ti 1:11) y la predicación de Jesucristo no son una invención humana, sino el producto de la maravillosa sabiduría de Dios. En el evangelio hay una altura y una profundidad que sobrepasan todo conocimiento. Es un misterio que **los ángeles** desean mirar y que no encuentran el final de este (1 P 1:12). Pero, bendito sea Dios, que algo de este misterio ha quedado claro y es también suficiente para llevarnos al Cielo si no **descuidamos una salvación tan grande** (He 2:3).

El evangelio es un misterio que sobrepasa infinitamente la capacidad, la habilidad, la destreza y la sabiduría de los hombres para poder crearlo. De igual modo, tampoco el hombre estaba capacitado para conocerlo hasta que a Dios le pareció bien revelarlo. El evangelio es el producto de la mente divina antes de que los cielos y la tierra fueran creados, y pensar en este tema es algo también que lleva a adorar y alabar **al único y sabio Dios**.

Debemos, entonces, detenernos en este *misterio*. Y comenzamos preguntándonos: ¿qué es un misterio?; ¿qué debe entenderse por esta palabra? De acuerdo con el uso de esta en el Nuevo Testamento, un misterio es una verdad (no algo que no sea cierto) oculta sobre la que se ha echado un velo y, por tanto, algo que nosotros no podemos entender, aunque sigue siendo cierto. Si tuviéramos más información, o más capacidad, lo entenderíamos, pero se nos escapa porque es algo que trasciende al poder del hombre para concebirlo, o a su habilidad para inventarlo; hace referencia a algo que le es imposible descifrar a la mente humana, y que está por encima de su conocimiento hasta que sea revelado divinamente.

No es lo mismo misterio que *secreto* o cosa *oculta*. Un secreto puede revelarse completamente (cf. Mr 4:22; Ro 2:16; 1 Co 4:5; 2 Co 4:2), pero los *misterios*, aun cuando son revelados y llevados

a la luz por Dios, continúan siendo designados como tales porque siguen conservando un elemento que está lejos de nuestro conocimiento. Así, por ejemplo, leemos los siguientes pasajes que ilustran lo que decimos: ***He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados*** (1 Co 15:51); y también: ***Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor*** (1 Ts 4:17). En ambos casos, aunque algo se nos ha indicado, no sabemos en qué consistirá completamente, y antes de que el Espíritu Santo hiciera tales revelaciones, ¿quién podría haber imaginado alguna vez que una generación del pueblo de Dios pudiera entrar en el Cielo sin pasar por la muerte? Ahora lo sabemos, pero no tenemos todo el conocimiento.

De igual modo, aunque Jesucristo era Dios y hombre, la comprensión de su persona está lejos de nuestro alcance, y se sigue hablando de ello como de un misterio: ***Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne*** (1 Ti 3:16). Y así también, el misterio de la Trinidad, el del nacimiento virginal de Cristo, o tantos otros, que también están muy lejos de nuestro conocimiento. Los misterios divinos, por tanto, están dirigidos a la fe y no a la razón.

Ahora, una vez que sabemos lo que es un misterio, debemos hacernos una segunda pregunta: ¿a qué se hace referencia aquí, a cuál *misterio*? Porque se habla *del* misterio, y no de *un* misterio, y si se analizan distintos pasajes del Nuevo Testamento veremos que se hace mención de esta palabra en muchas ocasiones distintas y para designar distintas cosas.

Así, se habla de ***los misterios del reino de los cielos*** (Mt 13:11), y de ***los misterios de Dios*** (1 Co 4:1). También se hace referencia a la futura restauración de Israel como de un *misterio* (Ro 11:25), y, de igual modo, como se ha indicado antes, la transfor-

mación de los cuerpos de los santos también se designa como *misterio* (1 Co 15:51). También puede leerse acerca del *misterio de la iniquidad* (2 Ts 2:7), en opuesto contraste al *misterio de la piedad*, también citado (1 Ti 3:16).

Y, de igual modo, también aparece en el último libro de la Biblia el *misterio de las siete estrellas* en la mano derecha de Cristo y el de los *siete candeleros de oro* entre los que pasea (Ap 1:20; 2:1), así como el *misterio* de *BABILONIA LA GRANDE, LA MADRE DE LAS RAMERAS* (Ap 17:5), que muchos identifican con la Iglesia católica romana.

Por tanto, podemos de nuevo preguntarnos: en el pasaje que estamos analizando, ¿se hace referencia a alguno o algunos de estos misterios? Muchos consideran los *misterios de Dios* como sus caminos en la providencia, particularmente los de su gobierno de este mundo, ciertamente misteriosos, como está escrito: *En el mar fue tu camino, y tus sendas en las muchas aguas; y tus pisadas no fueron conocidas* (Sal 77:19).

Pero creemos que no es nada de esto lo que se está indicando, sino que, más bien, señala a lo mismo que en otros lugares se llama *el misterio de su voluntad*, el *misterio grande* de Cristo y su Iglesia, o el *misterio del evangelio* (Ef 1:9-10; 5:32; 6:19). Y, si tenemos en cuenta lo que aparece antes y que ya hemos considerado en el mismo **versículo 25**, es obvio que el *misterio* al que el apóstol hace referencia tiene que ver con lo que Dios ha querido hacer con su pueblo, con lo que contribuye a su confirmación, con el evangelio y con la predicación de Jesucristo.

Ahora bien, y en este proceso de búsqueda y entendimiento de la palabra, podemos observar que se indica que este misterio se había *mantenido oculto desde tiempos eternos*: oculto a toda la sabiduría humana, porque era la *sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta* (1 Co 2:8), *oculto* a los santos del Antiguo Testamento *desde los siglos y edades* (Co 1:26; cf. 1 P 1:10-12), y

oculto también incluso a los propios ángeles, **a los principados y potestades en los lugares celestiales** (Ef 3:9-10). Pero también se indica en el **versículo 26** que este misterio **se ha dado a conocer** ahora **a todas las gentes**, a todas las naciones, pues tanto los judíos como los gentiles han sido incorporados al pueblo de Dios. Este asunto es el que consideramos como *cuarto principio* a tener en cuenta en nuestra oración.

De todos modos, aunque ya podemos tener cierta idea, seguimos sin saber con exactitud a qué misterio se refiere, y para conocerlo habremos de considerar algunos pasajes paralelos que tienen que ver con el mismo tema.

En 1 Corintios 2:7,9-10 podemos leer lo siguiente: ***Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria [...]. Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios.*** De nuevo indica Pablo aquí que Dios reveló estas cosas en el Nuevo Testamento por el *Espíritu* que **todo lo escudriña** debido a su omnisciencia, **aun lo profundo de Dios**. Es el Espíritu quien nos muestra el misterio del evangelio.

El **misterio de su voluntad** de Efesios 1:9 declara el origen del evangelio y muestra su carácter selectivo. El **misterio de Cristo** de Efesios 3:4-6, hace referencia a la unión mística de Cristo con su cuerpo, judíos y gentiles que han sido hechos **coherederos y miembros del mismo cuerpo**. Y las **riquezas de la gloria de este misterio** de Colosenses 1:26-27, nos anuncia la plenitud de este.

Un paralelismo más o menos obvio se encuentra entre el pasaje que estamos considerando y este citado de 1 Corintios 2. En el primero, Pablo adora al que **puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo**, mientras que en el segundo afirma

que se había propuesto *no saber entre ellos cosa alguna, sino a Jesucristo, y a éste crucificado* (v. 2). En el primero afirma que su predicación ha sido según *la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos*, y en el segundo dice que hablamos la *sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria* (v. 7). En el primero anuncia el misterio que *ha sido manifestado ahora [...] por las Escrituras de los profetas*, y en el segundo cita a uno de los profetas y añade: *Pero Dios nos las reveló a nosotros* [las cosas inconcebibles que han sido mencionadas en el versículo anterior] *por el Espíritu* (v. 10). En el primero Pablo adscribe la gloria al *único y sabio Dios*, y en el segundo, menciona expresamente *la sabiduría de Dios*. Por tanto, un pasaje sirve para interpretar el otro.

De este modo, con todo lo expresado, ya podemos tener idea de este gran misterio que ahora ha sido manifestado y que contiene varios aspectos. Pero todavía hay más, de modo que enunciamos nuestro *quinto principio*: la revelación del misterio del evangelio se ha dado ahora a conocer a todas las gentes, y de forma más completa y perfecta.

Esta declaración que estamos considerando puede considerarse similar a la que previamente indicó el apóstol en Romanos 3:21: *Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas*. En la era del Nuevo Testamento (el *ahora* que se incluye en ambos pasajes) ha habido una más completa y gloriosa manifestación de Dios que la que hubo en las eras precedentes. Y esto en un doble sentido: tanto en el grado de luz suministrado, como en la luz recibida. Dios se dio a conocer maravillosamente a Israel, pero esta manifestación suya no llegó a ser en otro tiempo tan clara como cuando se encarnó y puso su tabernáculo entre los hombres (cf. Jn 1:14).

Dios mostró sus perfecciones mediante su ley, pero mucho más

las ha mostrado *ahora* mediante su evangelio, y es por eso por lo que la Carta a los Hebreos comienza con este contraste: *Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos* (He 1:1-4).

La diferencia entre ambas dispensaciones se ve claramente cuando se comparan Éxodo 33:18-23, donde Dios permite a Moisés que vea sus *espaldas*, y 2 Corintios 4:3-6, donde se habla de *la iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo*. Es fácil comprender que ninguna persona puede conocerse si solo se ven sus espaldas, pero *ahora* podemos conocer mejor a Dios por la iluminación *en la faz de Jesucristo*. En Juan 1:18 tenemos la misma idea: *A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer*. Por tanto, tenemos un nuevo motivo para adorar a Dios, pues nos ha correspondido vivir en una época en que tenemos su revelación completa y terminada acerca de sí mismo.

Pero hay, además, otro sentido en el que el misterio *ha sido manifestado ahora* como no lo había sido previamente, y es por la más extensa promulgación de este. Bajo la antigua dispensación, la revelación fue dada solo a Israel, y en ello se alegraban, como puede verse al final del Salmo 147: *Ha manifestado sus palabras a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha hecho así con ninguna otra de las naciones; y en cuanto a sus juicios, no los conocieron. Aleluya*.

El mundo pagano fue dejado en oscuridad desde la torre de Babel, de modo que Dios dejó **a todas las gentes andar en sus propios caminos, si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio** (Hch 14:16-17). Pero, después de su resurrección, el Salvador envió a sus embajadores **a todas las naciones** (Mt 28:19), dando una comisión especial a Saulo de Tarso para llevar su **nombre** a los **gentiles** (Hch 9:15), de modo que, por el evangelio y por su proclamación, los grandes misterios contenidos en él se anunciaron en todas partes. Y esto, de nuevo, es algo en lo que debemos meditar y dar gracias a Dios por ello, algo que nos debe llevar a la adoración, pues nosotros formamos parte de los gentiles y, durante siglos, los gentiles no tuvieron la revelación de Dios de la que gozó su pueblo Israel.

Ya el Antiguo Testamento hablaba extensamente de que los gentiles formarían parte del pueblo de Dios (lo hemos visto en el estudio de una oración anterior en Romanos 15:9-12), siendo clásicos los pasajes de Isaías 42:6-7 (**Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas**), e Isaías 49:6, donde se repite que Cristo fue dado **por luz de las naciones**, esto es, de los gentiles.

El propio Salvador lo anunció también en Juan 10:16: **También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquéllas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor.** Y Caifás lo profetizó, y el apóstol Juan explicó aquella profecía: **Entonces Caifás, uno de ellos, sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca. Esto no lo dijo por sí mismo, sino que como era el sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la na-**

ción; y no solamente por la nación, sino también para congregarse en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos (Jn 11:49-52).

Finalmente, puede destacarse también que esta ampliación de la proclamación del evangelio a las naciones aparece en todos los pasajes donde se menciona este misterio. En el que nos ocupa —Romanos 16:26— se declara específicamente que el misterio se *ha dado a conocer a todas las gentes*. En 1 Corintios 2:10 leemos que dicho misterio que antes no se *conoció* (v. 8), ahora Dios lo ha revelado a los santos de Corinto. En Efesios 3:3-8 el apóstol declara que le fue dada *esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo*, el cual lo menciona varias veces como *el misterio*. En Colosenses 1:25-27 Pablo alude otra vez a la dispensación especial que Dios ha dado a los gentiles en conexión con el misterio, del que habla como *Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*. Y, por último, en 1 Timoteo 3:16, una de las facetas del misterio es que sería también *predicado a los gentiles*.

Para terminar, nos fijamos ahora en la siguiente frase de Romanos 16:26 que comienza también con *según*: *Según el mandamiento del Dios eterno*. Las frases anteriores de dicho versículo son todas subordinadas, por lo que podemos entender que la confirmación que Dios puede hacer, del **versículo 25**, es *conforme* o *según* a tres cosas: *Según mi evangelio y la predicación de Jesucristo [...] según la revelación del misterio, y según el mandamiento del Dios eterno*. ¿Pero qué significa esto último? Si se tiene en cuenta lo mencionado anteriormente, tenemos la respuesta. Este mandamiento de Dios hace referencia a tres cosas:

La primera, a que fue por disposición divina que este evangelio, esta predicación de Jesucristo, este misterio revelado, pudiera conocerse. La palabra que se traduce por *mandamiento* también puede ser *disposición* (N-C) *decreto* (cf. Sal. 2:7), y con ella se destaca lo autoritativo del mismo (cf. 1 Co 7:6; 1 Ti 1:11; Tit 1:3;

2:15). Y se indica que dicho mandamiento procede **del Dios eterno**, haciéndose referencia a este atributo de Dios por el tema dominante de este pasaje, a saber, el misterio que también era eterno y se mantuvo **oculto desde tiempos eternos**, que no es otro sino el **pacto eterno** (He 13:20) en el que estaba todo su **propósito eterno** (Ef 3:11). Esta es la salvación prometida por Dios **desde antes del principio de los siglos** (Tit 1:2).

La segunda cosa a que hace referencia esta última frase (**según el mandamiento del Dios eterno**), es la anterior, que dice: **Por las Escrituras de los profetas**. O sea, que el misterio o **pacto eterno** o **perpetuo** fue el asunto de la revelación del Antiguo Testamento (2 S 23:5; Is 55:3; cf. Sal 89:34), aunque la mayor parte de su contenido estaba oculto en figuras oscuras y misteriosas profecías.

Y la tercera cosa es la que se expresa como que **ha sido manifestado ahora**, y **se ha dado a conocer a todas las gentes**, y esto, por medio de los antitipos de aquellas antiguas figuras y del cumplimiento de aquellas antiguas profecías. Las parábolas que contenían se han explicado, y los símbolos se han interpretado, de modo que la sombra de muchas generaciones se ha hecho ahora manifiesta, **se ha dado a conocer**. Los profetas de Israel anunciaron que esta **gracia estaba destinada a nosotros** y **diligentemente indagaron acerca de ella** (1 P 1:10). El propio Pedro necesitó de una visión especial para convencerse de que aquella salvación también era para los gentiles (cf. Hch cap. 10). Por tanto, el Antiguo Testamento consolida el Nuevo, y el Nuevo Testamento ilumina el Antiguo, de modo que lo que estaba latente en el uno se hace patente en el otro.

Resumiendo todo lo que hemos analizado, podemos decir que la confirmación de los cristianos que hace el propio Dios, con lo que esta supone de crecimiento en virtudes y bendiciones, es por medio del único y verdadero evangelio, cuyo centro es la predicación de la persona y la obra de Jesucristo. Y este evangelio, que se

mantuvo en sombras durante generaciones como un misterio, ha sido revelado ahora, de modo que el propio Dios ha arrojado más luz sobre él y nos permite recibir más luz de este. Y esto, no solo para su antiguo pueblo de Israel, sino para todos los gentiles, para todas las naciones, pues todo esto estaba previsto que sucediese según los términos de su pacto eterno, tal como fue también prefigurado en las Escrituras de los profetas.

Y ante esto, y al meditar en la grandeza de este plan de Dios, que es grande no solo en sí mismo, sino también en cuanto a los medios que Dios ha usado para llevarlo a cabo, el apóstol no puede hacer otra cosa sino postrarse en adoración delante de ese Dios. De igual modo, también nosotros necesitamos meditar en estas cosas, pues, tal como lo expresa el apóstol Pedro, son *cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles* (1 P 1:12), y ante ellas no queda más que exclamar y decir: *Al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén.*

¡Que Dios nos ayude a tener esta visión y comprensión de su plan eterno, a apreciar lo que significa haber sido elegidos para entrar en los beneficios del evangelio, a meditar en la época de revelación, y no de sombras, que nos ha tocado vivir, y a buscar su gloria viviendo para ella en cada momento de nuestras vidas!; ¡qué así sea!

ORACIÓN DE ADORACIÓN A DIOS III GLORIA AL ÚNICO SABIO DIOS

Romanos 16:25-27

Lectura introductoria: Isaías 40:12-15

¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados? ¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quién pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia? He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas.

En el presente capítulo vamos a concluir el estudio de la oración de alabanza y adoración a Dios que tenemos al final de la Carta a los Romanos, la cual hemos llamado *Oración de adoración a Dios*, y en cuyos antecedentes hemos estado meditando en capítulos anteriores.

En ella hemos visto que la confirmación de los cristianos se debe a Dios, aunque sea nuestra responsabilidad trabajar y esforzarnos por nuestro propio crecimiento y salvación (*cf.* Fil 2:12-13). También hemos dicho que esta confirmación es por medio del único y verdadero evangelio cuyo centro es la predicación de la persona y la obra de Jesucristo, y ambos temas —el evangelio y el Señor Jesucristo— deben ser conocidos por nosotros y debemos

someternos a ambos, pues, sin ello, no hay posibilidad de confirmación ni de crecimiento.

De igual modo, hemos comentado que el evangelio y la predicación de Jesucristo se mantuvieron en sombras durante generaciones, como un misterio, pero que ahora tenemos la revelación más completa; Dios ha arrojado más luz y nos ha permitido recibir más luz. Y esto para todas las naciones, no solo para Israel, pues así estaba previsto en su pacto eterno, y así fue también prefigurado en las Escrituras de los profetas.

Con todo esto, con la meditación en cada uno de estos apartados —decíamos— tenemos motivos más que suficientes para acercarnos a Dios en adoración y alabanza, y también para pedirle que nos dé una mayor visión y comprensión de su plan perfecto a fin de glorificarle más y mejor.

Ahora nos queda meditar sobre la oración en sí, la cual también nos traerá nuevos motivos de adoración y alabanza. Pero primero vamos a leer la Palabra y pedir la bendición de Dios.

Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén (Ro 16:25-27).

Oración personal a Dios.

1. EL PROPÓSITO DEL EVANGELIO

Antes de entrar en la oración propiamente dicha, debemos dirigir brevemente nuestra atención al último párrafo del **versículo 26**,

que aún no hemos comentado: el **misterio** [...] **que ha sido manifestado ahora, y [...] se ha dado a conocer a todas las gentes es para que obedezcan a la fe**. Este es el propósito del evangelio, de la predicación de Jesucristo, de la revelación del misterio oculto, y del mandamiento del Dios eterno: que todo el que crea obedezca y sea gobernado por él.

En realidad, la traducción literal, como en Romanos 1:5, es: **Para que obedezcan de fe, para la obediencia de fe**, pues *solo el que cree obedece, y solo el que obedece cree* (Dietrich Bonhoeffer: *El precio de la gracia*), crece y es confirmado.

Sabemos que una cosa es la fe y otra la obediencia, y podemos diferenciar ambas, pero en el cristianismo verdadero ambas son inseparables, y nunca pueden existir la una sin la otra. Dios las ha unido, y ningún hombre debe intentar separarlas, aunque siempre ha habido y hay muchos que pretenden ser «cristianos no practicantes». El evangelio nos ordena darnos a nosotros mismos a Cristo, pues, si somos aceptados por él, también debemos ser gobernados por él; si es Salvador, también ha de ser Señor (cf. Ro 14:9), pues es **autor de eterna salvación para todos los que le obedecen**, y solo para ellos (He 5:9). Y aunque esto lo sabemos, hemos de repetirlo y recordarlo, pues la Escritura es, si cabe, más solemne en este asunto de la unión entre la obediencia y el creer: **Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron** (2 Ts 1:6-10).

La fe solamente es válida si produce obediencia, pero no de

cualquier clase, sino una **obediencia de fe**, de corazón, sincera y amante. Y, de igual modo, la obediencia solamente es aceptable para Dios cuando surge de una verdadera fe en su Hijo encarnado, porque **sin fe**, sin una fe de corazón, sincera y amante, **es imposible agradar a Dios** (He 11:6).

Así que el propósito del evangelio es doble para nosotros: la fe es el principio vital y el comienzo, la raíz, pero la obediencia es el fruto necesario que la confirma (*cf.* Lc 6:46-49).

2. MOTIVOS DE LA ORACIÓN

Comienza el apóstol fijándose en unos atributos de Dios, y no en Dios de forma general simplemente, y esto, como hemos dicho en el estudio de oraciones anteriores, ha de llevarnos a pensar en esa virtud de su Ser que se nos presenta. Dice: **Al único y sabio Dios** (en realidad, la **y** no aparece en el original, y esto porque el énfasis está en que Dios es el **único sabio**, y no en que Dios es único y Dios es sabio, aunque esto también sea cierto). Dios es el **único sabio** como es también el único **bueno** (Mt 19:17; Ro 3:10-12). Y la razón por la que el apóstol adora aquí a Dios no es otra sino por su sabiduría desplegada en este camino maravilloso y este plan de salvación que él mismo ha preparado.

Unos capítulos antes, había escrito en relación también con la sabiduría de Dios, y quedado extasiado ante ella: **¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén** (cap. 11:33-36). Y lo mismo vemos que hizo el salmista en la antigüedad: **Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder; y su entendimiento es infinito**

(Sal 147:5). Dios es el *único* ser sabio, en esencia sabio, en modo supremo y eterno sabio, de igual modo que es el *único* Dios.

Fijémonos que el apóstol no habla de la omnisciencia de Dios —de su conocimiento—, sino de su sabiduría, pues no es lo mismo sabiduría que conocimiento. De hecho, nuestra época se caracteriza porque hay quienes tienen conocimiento, pero muy poca sabiduría, lo cual puede comprobarse cuando uno se aplica a sí mismo las palabras de Santiago: *¿Quién es sabio y entendido entre vosotros?*; ¿quién manifiesta algo de la sabiduría de Dios? *Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía* (Stg 3:13-17).

El conocimiento es teórico, y *envanece* (1 Co 8:1), mientras que la sabiduría es práctica y usa dicho conocimiento para la vida; en el conocimiento, la mente y la voluntad actúan de forma independiente, mientras que la sabiduría las mantiene unidas (*cf.* Lc 10:25-27, donde puede verse que el intérprete conocía el mandamiento, pero quería probar al Señor, quería *tentarle*, según Mateo 22:35). Y la Biblia subraya la sabiduría de Dios —es decir, pone de relieve que Dios aplica su conocimiento—, la cual vemos en la creación, en la naturaleza, en su providencia, y aquí —tal como hace el apóstol—, en el evangelio y en la persona y la obra del Señor Jesucristo. (Véase 1 Corintios 1:22-24,30; 2:7,10).

Esta expresión —*al único sabio Dios*— se repite en 1 Timoteo 1:17 y Judas 25 (en algunos manuscritos no aparece lo de *sabio*, pero en los que están, figura la expresión como *el único sabio*

Dios, sin el *y*). Dios no es sabio por comunicación de otros ni por aprendizaje a lo largo del tiempo, sino originalmente sabio, y sabio independientemente de todo y de todos, de modo que cualquier sabiduría nuestra no es más que un simple destello de la del **Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación** (Stg 1:17). Por tanto, todos los actos de Dios son sabios; y, como Dios es santo y justo, son tan puros como sabios; y, como Dios es bueno, son tan buenos como sabios y puros. No se podría realizar mejor ninguno de ellos; es más, ni siquiera habría la posibilidad de imaginar una mejor manera de realizarlos. Y pensar en esto, ¿no nos debe llevar a la adoración y la alabanza?

Dios es el **único sabio**, y si es así (y así es), ¿no es lo mejor para nosotros dejar nuestra propia sabiduría para tomar a cambio y confiar en la sabiduría infinita de Dios, la cual debe llenarnos de estupor, de santo temor y de adoración? ¡Cuánto necesitamos estar dominados por aquellas palabras del sabio!, que dijo: ***Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas. No seas sabio en tu propia opinión; teme a Jehová, y apártate del mal; porque será medicina a tu cuerpo, y refrigerio para tus huesos*** (Pr 3:5-8). ¡Y cuántas veces el profeta podría decirnos aquello que escribió de parte de Dios!: ***Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová*** (Jer 9:23-24).

¿Queremos hacer algo?; ¿planificamos algo?; ¿no sabemos qué hacer con algo o alguien en un momento determinado?; ¿hay mejor lugar a donde acudir que al único sabio Dios y a su Palabra? Miremos de nuevo lo que dice el salmista: ***Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre es-***

tán conmigo. Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos; de todo mal camino contuve mis pies, para guardar tu palabra. No me aparté de tus juicios, porque tú me enseñaste. ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira. Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbre a mi camino (Sal 119:98-105).

Si pensamos en la obra redentora, en la salvación, humanamente hablando, había muchos problemas imposibles de resolver y, para llevarla a cabo, hacía falta la **multiforme sabiduría de Dios** (Ef 3:10). Y es que muchas veces cuando hablamos de la salvación de Dios ponemos el acento en la gracia y en el poder que la hacen posible, pero se presta poca atención a la sabiduría que la ha planeado. Dios pensó y determinó actuar en una forma tremendamente gloriosa, con un objetivo final glorioso, usando para ello unos medios igualmente admirables y gloriosos. Tan grande y maravilloso es el trabajo y la obra de la redención que, cuando los ángeles fueron enviados para traer las noticias de paz al mundo, prorrumpieron en aquella maravillosa adoración, diciendo: **Gloria a Dios en las alturas** (Lc 2:14).

Pero aun siendo gloriosa la obra de la redención, el fin último que tuvo Dios al realizarla era su propia gloria, siendo aquella un objetivo secundario. Esto, a la mente carnal, le resulta ofensivo, pues siempre quiere ocupar el primer lugar y el centro de todo. Pero, repito, detrás de toda la obra sabia de Dios se encuentra su propia gloria, aunque él ha dispuesto todas las cosas para que dicha gloria contribuya al beneficio de la criatura.

Por esta palabra —la **gloria** de Dios— hemos de entender su propia manifestación cuando ejerce sus atributos, cuando muestra sus perfecciones. Como hemos dicho, Dios evidencia sus excelen-

cias en todas sus obras, pero de igual modo que unas *estrellas* son más brillantes que otras (1 Co 15:41), es en la obra de la redención donde tenemos la maravillosa sabiduría de Dios totalmente desplegada. En ella vemos su sabiduría unida a su bondad, a su justicia, a su misericordia, a su santidad, a su gracia, a su verdad, a su paz, a su amor y a su poder, en el grado más alto y sublime. Es por eso por lo que el apóstol usa para el evangelio la expresión *el glorioso evangelio del Dios bendito* (1 Ti 1:11). Y es por esta obra de la redención por la que los habitantes del Cielo son conducidos a la alabanza y la acción de gracias, diciendo *a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza*. Y sigue Juan revelándonos lo que le fue revelado: *Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos* (Ap 5:12-13).

Al pensar humanamente en la obra de la redención, como indicaba anteriormente, los atributos de Dios podían verse como enfrentados unos a otros. Así, su misericordia —puede decirse— estaba inclinada a salvar, mientras que su justicia exigía la muerte del transgresor. Por su majestad y su grandeza, parecía ser indigno de él tratar con las personas, que somos polvo, y polvo contaminado. Su verdad requería que cumpliera la condena que él mismo había decretado contra cualquier desobediencia. Su honor debía ser preservado. Su santidad pedía excluir cualquier acercamiento de la criatura depravada. Y su amor debía dirigirse hacia ella. ¿Pero cómo podría hacerse todo esto sin comprometer sus perfecciones?; ¿qué mente finita podría haber encontrado solución a este problema? Si Dios lo hubiera remitido a los ángeles, ¿habrían dado ellos con la solución?; ¿entre todos los seres creados había alguno que pudiese haber pensado en la necesidad de un mediador?

Y si fuera así, ¿dónde encontrar a dicho mediador?, y ¿cuáles habrían de ser sus cualificaciones?

Pensemos un poco más también en esto para seguir admirando y adorando a Dios. El mediador debería tener contacto por igual tanto con Dios como con los hombres; debería ser capaz de comprender los sentimientos de ambas partes, y ser capaz de reconciliarlas; y debería ser un justo pagador tanto de los derechos de Uno como de las injurias de los otros. Pero para ello, para tener el mismo interés común por ambas partes, debería tener la naturaleza de ambos. Y aún más, debía tener suficiente mérito como para asegurar la recompensa para muchos. Y este mediador, fuera del propio Dios, no se encontraba ni en el Cielo y la tierra (*cf.* Ap 5:1-6).

Pero aquí surge la sabiduría y la omnisciencia de Dios. Dios proveería el Mediador, el cual no es otro que su propio Hijo. «Pero espera un momento —puede decir alguien—, aquí hay un nuevo problema, pues el Hijo solamente tiene una naturaleza divina». ¿Cómo resolverlo? De nuevo decimos que si esto hubiese sido remitido a los ángeles, ninguno de ellos podría haber encontrado la solución. Por tanto, cuando Dios hace conocer el misterio de su Hijo encarnado tomando la naturaleza humana, todos quedan extasiados, como vemos en los ángeles y en los pastores.

¿Y nosotros?; ¿no deberíamos también admirar la maravillosa gracia y sabiduría de Dios al ordenar a este Mediador, el único cualificado para reconciliar a Dios con los hombres y a los hombres con Dios? Y ante la sabiduría de un nacimiento virginal, de modo que el Hijo lleve nuestra propia naturaleza completa pero sin tener la más mínima mota de defecto, ¿no hemos también de caer en admiración y adoración?

Este Hijo encarnado es, verdaderamente, Emanuel, el *árbitro* que Job anhelaba tener pero que no conocía (Job 9:32-33), el árbitro que pone su mano en cada una de las partes enfrentadas, teniendo al mismo tiempo celo por Dios y compasión por los hom-

bres, el árbitro que puede servir como sustituto en representación de los culpables y satisfacer completamente la justicia divina en lugar de ellos.

Es para pensar y maravillarse cómo el *único sabio Dios* resuelve todo este problema por medio de un camino que, lejos de disminuir la gloria del Hijo debido a la encarnación, la exalta todavía más, de modo que recibirá por toda la eternidad una reverente adoración y alabanza por dicha redención, no solamente por parte de los redimidos sino también por parte de los santos ángeles que se unirán a aquellos.

También debemos admirar y adorar al *único sabio Dios* porque, tomando ocasión con el pecado y la caída del hombre, se procura más gloria para sí mismo y deja al propio hombre en un estado más excelente que el de la primera creación. En ella, Dios se dio a conocer y todo lo que hizo fue *bueno en gran manera* (Gn 1:31), aunque la criatura creada en santidad y justicia podía caer en desobediencia. Ahora, Dios se encontraba con el problema del pecado en la propia naturaleza del hombre, con su tendencia a lo malo, lo cual, en principio no era algo apropiado para promover su gloria, sino más bien para deshonrarla.

Pero de nuevo, el *único sabio Dios* hizo uso de esta situación para que su propio nombre fuera mayormente glorificado y su bendito Ser más conocido y engrandecido. Sin el pecado nuestro, no hubiera habido lugar para el despliegue de esta faceta de la bondad y la sabiduría de Dios, de modo que podemos decir que dicho pecado, aunque malo, ha sido bueno para que podamos ver con más claridad al *único sabio Dios*.

Así que, en definitiva, la obra de la salvación y el evangelio que llega a nosotros por la predicación de Jesucristo, tema de la Carta a los Romanos, es maravillosa tanto por el camino y los medios usados por Dios, como por la propia obra en sí. Aquel Cristo que muere siendo hecho *pecado* (2 Co 5:21) llega a ser nuestra

justicia eterna; aquel que descendió a la tumba, nos trae **la vida y la inmortalidad** (2 Ti 1:10). Y esto es tan asombroso para nuestro conocimiento tan limitado que nos maravilla, al mismo tiempo que sirve para salvarnos.

Y así volvemos a comprobar una vez más que los **pensamientos** de Dios están muy por encima de nuestros **pensamientos**, y que sus **caminos** están muy por encima de nuestros **caminos**, tanto como **los cielos** están por encima de **la tierra** (Is 55:8-9). ¿No es maravilloso que la vida eterna pueda proceder de la muerte, que la gloria pueda venir de la afrenta más injusta, que las bendiciones se produzcan por una maldición?

Este es el plan de Dios, el camino trazado por Dios, los designios de Dios, y el mandamiento de Dios, todo lo cual es tan increíble y repugnante para nuestra naturaleza humana corrompida que Dios tuvo que enviar durante siglos a muchos profetas para que, cuando sucediera, fuéramos conducidos a la admiración, la alabanza y la adoración, y eso, tras cambiar también nuestra naturaleza por su gracia en Jesucristo. Por eso, en esta oración el apóstol cita al Mediador, al Señor Jesucristo, en el cual **están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento** (Col 2:3).

La traducción de esta parte final de la oración puede ser tal como la tenemos en nuestras biblias: **Al único sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén**, o también: **Al único sabio Dios, mediante Jesucristo, al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén**. Segúnelijamos una u otra, así es el enfoque que se aprecia; pero ambas son legítimas, porque ambas están en perfecta armonía con otros pasajes de la Escritura. Por una parte, la idea es que nuestra adoración a Dios solo es posible a través de la mediación de Jesucristo. Por otra, la idea es que la sabiduría, el poder y la omnisciencia de Dios se han manifestado en grado máximo en Jesucristo, pues él es **poder de Dios, y sabiduría de Dios** (1 Co 1:24). Como se indica en otro sitio, Cristo es **la**

imagen del Dios invisible (Col 1:15), ***el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia*** (He 1:3).

Y así, llegamos al final del estudio de esta *oración de adoración a Dios*, estudio que no sirve para nada si no somos conducidos a ella una y otra vez. Nadie tiene palabras para explicar todo esto, ni nadie capacidad para entender todo el misterio, ni nadie sentimientos adecuados de gratitud y adoración a Dios por ello. Pero podemos pedir más de su gracia y que su Santo Espíritu nos capacite cada vez más, para gloria del ***único sabio Dios***.

En la oración, el apóstol se ha fijado en el Omnipotente (***al que puede***) y en el Omnisciente Dios (***al único y sabio Dios***); ha prestado atención al pacto eterno (***el mandamiento del Dios eterno***), el cual es el origen de todo este ***misterio***; nos ha indicado que su finalidad es la gloria del propio Dios, (***sea gloria [...] por los siglos de los siglos***), y nos ha mostrado al Mediador, ***Jesucristo***, por el cual se presentan la alabanza y la adoración, y quien es, al mismo tiempo, también digno de dicha adoración.

Y así, siguiendo el ejemplo de Pablo, también nosotros, reconociendo que nuestro esfuerzo es necesario pero que de nada sirve si Dios no da el crecimiento, hemos de incluir en nuestras oraciones los motivos siguientes:

Adorar, exaltar y alabar a Dios por su poder y por su sabiduría, y por su voluntad de confirmarnos, la cual confirmación pedimos con humildad

Pedir por la gloria y para la gloria del ***único sabio Dios***.

Pedir que nos dé capacidad para glorificarlo no solo en la eternidad, sino también ahora en este mundo.

Y pedirla porque Dios es el que nos ha llamado y nos confirma, porque su evangelio ahora se ha revelado por la persona y la obra del Señor Jesucristo, por el Espíritu Santo que lo revela, por su Palabra que nos trae todo el misterio, por incluirnos como beneficiarios en el evangelio, por su sabiduría manifestada en la obra de

Oración de adoración a Dios III

salvación, por su pacto eterno, y por medio de nuestra obediencia al propio Dios.

Al único sabio Dios sea gloria mediante Jesucristo, y por Jesucristo, y al propio Jesucristo, para siempre. Amén.

ORACIÓN POR UN MISMO SENTIR

⁵*Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, ⁶para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* (Romanos 15:5-6).

Vers.

Principios del capítulo 14

- 5** Cada uno debe estar *convencido en su propia mente*.
13 Nadie debe censurar o condenar a los que difieren.
17 Todos debemos ocuparnos de lo esencial.
19 Todos debemos dejar lo que no es de provecho.
20-21 No mostrar orgullo por la libertad ni usarla contra otros.

Principios del capítulo 15

- 1** Aceptar que hay una gran variedad y diversidad entre los santos. Saber e interiorizar que somos llamados a *soportar*. Saber que lo somos a *no agradarnos a nosotros mismos*.
2 Saber que debemos agradar a otros *para edificación*.
3 Debemos seguir el ejemplo de *Cristo*.
4 Tenemos necesidad de *paciencia* y de *consolación*.

Motivos de la oración

- 15:5** Pedir para conocer los prejuicios propios, y poder para vencerlos. Pedir con fervor gracia para exhortar y ayudar a vencer. Pedir sabiduría para discernir el celo no santo. Pedir amor, humildad, y sabiduría para el tiempo y el modo. Pedir para no olvidar ir a Dios antes que al hermano. Pedir paciencia y consolación para ser del *mismo sentir*. Pedir por *un mismo sentir*: no uniformidad, sí armonía y unidad. Pedir para crecer en el *sentir según Cristo Jesús*.
15:6 Pedir a Dios que sea glorificado en nosotros al mostrar amor, paciencia, unidad, concordia y espíritu unánime de adoración. Pedir que la gloria de Dios sea nuestro principal objetivo.

ORACIÓN POR GOZO, PAZ Y ESPERANZA

13 Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo (Romanos 15:13).

Vers.

Principios de la oración

- 13** Deben mirarse los nombres, títulos, y atributos de Dios más en consonancia con las peticiones que se vayan a realizar. Debemos tener siempre presente al *Dios de esperanza*. Oramos bien cuando pedimos que Dios cumpla sus promesas. Debemos creer firmemente que las promesas de Dios son ciertas.

Motivos de la oración

- 13** Hemos de pedir ser llenos *de todo gozo y paz en el creer*. Sabiendo que es algo deseable y alcanzable. Sabiendo que es algo que se nos ordena. Sabiendo que hay grados en esas virtudes. Sabiendo que debemos pedir perdón por no orar, sentir o vivir así. Sabiendo que hemos de hacerlo por nosotros y por los hermanos. Sabiendo que al hacerlo honramos y glorificamos a Dios. Sabiendo que es un privilegio y un deber que nos corresponde. Hemos de pedir por *creer* con más fe. Sabiendo que la fe precede al gozo y la paz. Hemos de pedir por un crecimiento en la *esperanza*. Sabiendo que la fe precede también a la esperanza. Hemos de pedir por la llenura y *el poder del Espíritu Santo*. Sabiendo que se nos ordena ser llenos del Espíritu Santo.

ORACIÓN POR EL DIOS DE PAZ

33 *Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén* (Romanos 15:33).

Vers.

Principios de la oración

Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.

33 Necesitamos esforzarnos por tener y mantener la paz de Dios.

Necesitamos al ***Dios de paz*** mucho más de lo que pensamos.

Necesitamos conocer mucho más al ***Dios de paz***.

Necesitamos mucho más la presencia del ***Dios de paz*** en nosotros, *con* nosotros y *entre* nosotros.

Motivos para la oración

Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.

33 Hemos de hacer nuestra esta oración porque es una necesidad individual de cada cristiano.

Hemos de hacer nuestra esta oración porque es una necesidad colectiva de toda iglesia y de la Iglesia.

Hemos de hacer nuestra esta oración porque luchamos contra nosotros mismos, el mundo y Satanás.

Hemos de hacer nuestra esta oración *porque* y *cuando* estamos sujetos y obedecemos al ***Dios de paz***.

Hemos de hacer nuestra esta oración *porque* y *cuando* estamos luchando por mantener la paz en la iglesia y con todas las personas.

ORACIÓN DE ADORACIÓN A DIOS

25 Y al que puede confirmarnos según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, 26 pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, 27 al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén. (Romanos 16:25-27).

Vers.

Principios de la oración

- 25** Dios es el único *que puede* confirmarnos y, además, quiere hacerlo, aunque a nosotros se nos ordena esforzarnos y orar por ello. El fortalecimiento es en el *evangelio*, bajo su autoridad, siendo *Jesucristo* el centro del mismo, de *la predicación* y de la vida. Hay misterios en el evangelio, unos revelados y otros ocultos.
- 26** La incorporación de los gentiles a la Iglesia era un misterio. La revelación del misterio del evangelio ahora *se ha dado a conocer a todas las gentes* y de forma más completa y perfecta.
- 27** La gloria de Dios es su propio y supremo fin, y debe ser el nuestro. Era necesario un Mediador para el evangelio, y solo uno era posible. Dios es el *único sabio* que merece toda la *gloria*.

Motivos de la oración

- 25-27** Debemos pedir a Dios, conociendo nuestra necesidad, que nos confirme según lo que ha prometido en su Palabra. Debemos orar y esforzarnos por y para la gloria de Dios siempre. Debemos hacerlo por su confirmación de nosotros en el evangelio. Debemos hacerlo por su revelación en nosotros de su evangelio. Debemos hacerlo mediante Jesucristo, y por Jesucristo, y por el Espíritu Santo que lo revela, y por su Palabra que lo trae, y por sus profetas y apóstoles que lo escribieron. Debemos hacerlo por incluirnos en el evangelio, por su sabiduría manifestada en el evangelio, y por su pacto eterno para el evangelio.

ORACIÓN POR UN MISMO SENTIR

⁵*Pero el Dios de la paciencia y de la consolación os dé entre vosotros un mismo sentir según Cristo Jesús, ⁶para que unánimes, a una voz, glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo* (Romanos 15:5-6).

Vers.

Principios del capítulo 14

- 5 Cada uno debe estar *convencido en su propia mente*.
13 Nadie debe censurar o condenar a los que difieren.
17 Todos debemos ocuparnos de lo esencial.
19 Todos debemos dejar lo que no es de provecho.
20-21 No mostrar orgullo por la libertad ni usarla contra otros.

Principios del capítulo 15

- 1 Aceptar que hay una gran variedad y diversidad entre los santos. Saber e interiorizar que somos llamados a *soportar*. Saber que lo somos a *no agradarnos a nosotros mismos*.
2 Saber que debemos agradar a otros *para edificación*.
3 Debemos seguir el ejemplo de *Cristo*.
4 Tenemos necesidad de *paciencia* y de *consolación*.

Motivos de la oración

- 15:5 Pedir para conocer los prejuicios propios, y poder para vencerlos.
Pedir con fervor gracia para exhortar y ayudar a vencer.
Pedir sabiduría para discernir el celo no santo.
Pedir amor, humildad, y sabiduría para el tiempo y el modo.
Pedir para no olvidar ir a Dios antes que al hermano.
Pedir paciencia y consolación para ser del *mismo sentir*.
Pedir por *un mismo sentir*: no uniformidad, sí armonía y unidad.
Pedir para crecer en el *sentir según Cristo Jesús*.
15:6 Pedir a Dios que sea glorificado en nosotros al mostrar amor, paciencia, unidad, concordia y espíritu unánime de adoración.
Pedir que la gloria de Dios sea nuestro principal objetivo.



ORACIÓN POR GOZO, PAZ Y ESPERANZA

13 Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo (Romanos 15:13).

Vers.

Principios de la oración

- 13** Deben mirarse los nombres, títulos, y atributos de Dios más en consonancia con las peticiones que se vayan a realizar. Debemos tener siempre presente al *Dios de esperanza*. Oramos bien cuando pedimos que Dios cumpla sus promesas. Debemos creer firmemente que las promesas de Dios son ciertas.

Motivos de la oración

- 13** Hemos de pedir ser llenos *de todo gozo y paz en el creer*. Sabiendo que es algo deseable y alcanzable. Sabiendo que es algo que se nos ordena. Sabiendo que hay grados en esas virtudes. Sabiendo que debemos pedir perdón por no orar, sentir o vivir así. Sabiendo que hemos de hacerlo por nosotros y por los hermanos. Sabiendo que al hacerlo honramos y glorificamos a Dios. Sabiendo que es un privilegio y un deber que nos corresponde. Hemos de pedir por *creer* con más fe. Sabiendo que la fe precede al gozo y la paz. Hemos de pedir por un crecimiento en la *esperanza*. Sabiendo que la fe precede también a la esperanza. Hemos de pedir por la llenura y *el poder del Espíritu Santo*. Sabiendo que se nos ordena ser llenos del Espíritu Santo.



ORACIÓN POR EL DIOS DE PAZ

33 *Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén* (Romanos 15:33).

Vers. **Principios de la oración**

Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.

33 Necesitamos esforzarnos por tener y mantener la paz de Dios.

Necesitamos al **Dios de paz** mucho más de lo que pensamos.

Necesitamos conocer mucho más al **Dios de paz**.

Necesitamos mucho más la presencia del **Dios de paz** en nosotros, con nosotros y entre nosotros.

Motivos para la oración

Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.

33 Hemos de hacer nuestra esta oración porque es una necesidad individual de cada cristiano.

Hemos de hacer nuestra esta oración porque es una necesidad colectiva de toda iglesia y de la Iglesia.

Hemos de hacer nuestra esta oración porque

luchamos contra nosotros mismos, el mundo y Satanás.

Hemos de hacer nuestra esta oración *porque* y

cuando estamos sujetos y obedecemos al **Dios de paz**.

Hemos de hacer nuestra esta oración *porque* y

cuando estamos luchando por mantener la paz en la iglesia y con todas las personas.



ORACIÓN DE ADORACIÓN A DIOS

25 Y al que puede confirmarnos según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, *26* pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, *27* al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén. (Romanos 16:25-27).

Vers.

Principios de la oración

- 25** Dios es el único *que puede* confirmarnos y, además, quiere hacerlo, aunque a nosotros se nos ordena esforzarnos y orar por ello. El fortalecimiento es en el *evangelio*, bajo su autoridad, siendo *Jesucristo* el centro del mismo, de *la predicación* y de la vida. Hay misterios en el evangelio, unos revelados y otros ocultos.
- 26** La incorporación de los gentiles a la Iglesia era un misterio. La revelación del misterio del evangelio ahora *se ha dado a conocer a todas las gentes* y de forma más completa y perfecta.
- 27** La gloria de Dios es su propio y supremo fin, y debe ser el nuestro. Era necesario un Mediador para el evangelio, y solo uno era posible. Dios es el *único sabio* que merece toda la *gloria*.

Motivos de la oración

- 25-27** Debemos pedir a Dios, conociendo nuestra necesidad, que nos confirme según lo que ha prometido en su Palabra. Debemos orar y esforzarnos por y para la gloria de Dios siempre. Debemos hacerlo por su confirmación de nosotros en el evangelio. Debemos hacerlo por su revelación en nosotros de su evangelio. Debemos hacerlo mediante Jesucristo, y por Jesucristo, y por el Espíritu Santo que lo revela, y por su Palabra que lo trae, y por sus profetas y apóstoles que lo escribieron. Debemos hacerlo por incluirnos en el evangelio, por su sabiduría manifestada en el evangelio, y por su pacto eterno para el evangelio.



